3 1761 09546648 8

A. Reyes Huertas

La Ciénaga

NOVELA

Ediciones Hispanoamericanas.

LA CIÉNAGA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Ratos de ocio (poesías). *Agotada.*
Tristezas (ídem). *Agotada.*
La nostalgia de los dos (ídem). *Agotada.*

NOVELAS

Lo que está en el corazón (novela).... 3,50
La sangre de la raza (ídem)..... 4
Los humildes senderos (ídem)..... 4

EN PRENSA

El lobero (La vida en las Jurdes). Novela.
Blasón de almas (Costumbres extremeñas). Novela.

EN PREPARACION

El castillo interior. Novela.

4574c

ANTONIO REYES HUERTAS

—

LA CIÉNAGA

NOVELA

292215
16. 10. 33

EDICIONES HISPANO-AMERICANAS
MADRID

Imprenta de Antonio Marzo, San Hermenegildo, 32 duplicado.

I

Cuando Alfonso Durán salió del casino, iba triste y desasosegado. Tan baladí, tan fútil, como era todo aquello que le habían dicho sus amigos en tono de broma, traíale, sin embargo, una viva e inexplicable turbación.

Le molestaba que se ocupasen de él, aunque fuera en aquel sentido amigable y discreto de indulgencia y piedad para sus defectos. En el fondo quedaría acaso el sentimiento sincero de un concepto que le humillaba, que le hería, que posaba en su corazón una desesperanzada inquietud...

Como viera desde la plaza que no acababan de salir ellos del casino, no quiso aguardarlos más y siguió hacia la carretera, donde en la Fiesta de Pascua de Navidad se aglomeraba la juventud, desafiando el rigor del frío de la tarde. Había un gentío inmenso que paseaba, estrujándose, en un determinado trozo de carretera. Por un momento distrájole el espectáculo de tantos colores: bordados refajos de estameña, mantones de Manila, pañuelos chinescos, ir y venir de grupos, rebrillo de mil tonos y matices, irisaciones de púrpura, de rosa, de grana

y de amaranto, como el vuelo de una bandada de mariposas.

Abriéndose paso con dificultad, se encaminó hacia donde suponía se hallaban las señoritas del pueblo; pero antes de llegar al sitio, donde unos árboles raquíticos alineaban la carretera, conoció que no estaba en aquel grupo la buscada, la eterna Concha, como él la decía. Contrariado por esto y por el murmullo de la multitud que le mareaba con el ronco rumor de voces, de risas y de apretamientos, y más que nada por la propia destemplanza interior que apetecía la rumia solitaria de las cavilaciones, se apartó de la gente y siguió carretera adelante, vagando al azar ensimismado.

No se dió cuenta de que anochecía ya, y un suave relente recalaba y humedecía las pardas tierras del labrantío que se extendían a uno y otro lado de la carretera. En el cielo sereno, teñido en el poniente de un leve tinte anaranjado, asomaron algunas estrellas pálidas. Allá lejos, en la estación del ferrocarril, oscilaron faroles rojos y verdes que parecían ojos fantásticos entre niebla. Poco a poco, del fondo de las cañadas y de las humedades del cercano río, las corujas acompasaron la dulce voz de sus flautas, y toda la campiña misteriosa pareció arroparse con esa resonancia nocturna que se concertaba en una armonía universal.

Hizo un alto Durán, sintiendo ya en sus manos y en su rostro el áspero principio de la escarcha, y volvió atrás sobre sus pasos. Aun se oía, por el lado

del pueblo, el zumbido lejano de la multitud que iba dispersándose de la fiesta. Por los caminos que afluían a la carretera desembocaban grupos de campesinos que hablaban en alta voz, y cuyas pisadas parecían rezagar un eco de fatiga... Un muchacho le adelantó, cantando en lo alto de un jumento. Detrás una yunta de vacas que arrastraba el arado, cuyo timón iba dejando en el barro, delante de Durán, un rumor quejumbroso y una estela infinita. Por un instante se imaginó entonces el cuitado que esta estela era una ruta, abierta en la tristeza del crepúsculo, para recorrer su propia vida, y él empezó a recordarla con cierta amarga delectación...

¡Veinticinco años sólo y le parecía que había vivido ya siglos! Sus recuerdos arrancaban de cuando tenía apenas dos lustros y empezó a estudiar. Los alegres comienzos, los días risueños de aquella edad estuvieron siempre empañados por sombras de tristezas familiares. Era la sensación de reveses, de agobios, de esfuerzos penosos de su padre para salir a flote, y que contagiaban de desesperanza las ilusiones del estudiante. El plan de estos estudios fué por lo mismo un cálculo aquilatado de economías. Así, cuando le enviaron a la capital de la provincia, su vida de colegial transcurrió entre penurias y privaciones. Los recuerdos del colegio tenían para Durán un sabor ingrato y vergonzoso: comidas falsificadas, ayunos continuados, disciplinas arbitrarias. Tenía la creencia de que, por haber conseguido una rebaja en la pensión reglamentaria, tratábanle

peor que a los demás compañeros; para él el sitio más incómodo en la sala de estudios, frente a aquella ventana sin cristales, por donde se colaba el aire frío de los meses de invierno; aquel rincón del dormitorio, donde respiraba la pestilencia de los retretes cercanos y el vaho cargado de miasmas que exhalaba la ropa sucia, amontonada los sábados. ¡En verdad que él no era peor que los demás para que siempre, en las reprensiones generales, el director le señalase a él, y para que hasta los inspectores hiciesen mofa de sus vestidos aprovechados, de sus libros de segunda mano, de aquel abrigo de paño pardo que era la diversión del colegio entero! Así seis años, entre vejaciones, vergüenzas y roeduras del amor propio, que desarrollaron en él un instinto de reflexión y de paciencia, como frutos anticipados de una prematura vejez.

Luego, a raiz de la muerte del padre, al terminar el bachillerato, se agudizó el problema, ya harto difícil, de sostener el aparente rumbo de la familia. Para poder seguir estudiando, había que enajenar escasas fincas, ya hipotecadas, y el orgullo de estirpe aldeana se sentía herido con ambas humillaciones. No hubo más remedio que arrinconar libros y programas, para pensar en cosas más próximas y tangibles que en el problemático título universitario y en el aun más problemático éxito de unas oposiciones. Había que trabajar, fuese en lo que fuese, y un tío suyo, a falta de otra cosa, le colocó en la capital en la redacción de un periódico, ganando una mi-

seria. Pero esta vez, bien pronto, por fortuna, consiguió Durán un puesto de mayor categoría. Sus ilusiones cambiaron entonces de rumbo, pensando que le habían elegido bien los caminos de su vocación. Le atraía la gloria del aplauso, esa efímera admiración del público por las preciosas bagatelas que él escribía: cuentos amorosos y versos floridos. Cimentó así una fama rápida y volandera, pero su temperamento, amargado por los vencimientos de su vida de estudiante, bien pronto halló en estos triunfos de literato un vacío de recompensas materiales y, como consecuencia, un vacío de bienestar. Espíritu inconstante y vario, como buen poeta, consideró luego el periódico como un potro de tortura, donde iba exprimiendo jugos de su juventud, atormentada siempre por la pobreza y la renunciación. Apareció entonces, como antes en el colegio, el viejo precoz, el hastiado de la misma pena, y soñó con el hábito humilde, adquirido en los dolores de la vida, con cosas sencillas, con escondidas sendas y remansos de paz. Se creyó por esto desgraciado, y sus versos fueron reflejos de una aspiración íntima e insatisfecha, en que cantaba las quietudes campesinas y el viejo y noble vivir patriarcal.

La suerte vino a depararle, sin esperarlo, la realización de estos deseos. Había logrado poseer unas pesetas, que un entusiasta suyo le legó para una edición de sus versos, y dejó el periódico, viniéndose a Villaluz con el alma llena de proyectos y de entusiasmos. Creyó él entonces, con un renacimien-

to de optimismo, que el curso de su porvenir iba a deslizarse tranquilo en la sencillez de las costumbres del pueblo y en la adaptación de su buena voluntad. Con aquel pequeño capital levantaría las hipotecas del patrimonio familiar, podría constituirse la base de un modesto vivir, comprar más tierras, hacerse agricultor, y entre estos estímulos sanos y apacibles dedicarse con tranquilidad al cultivo de sus otras aspiraciones intelectuales de poeta y escritor...

Al llegar aquí Durán experimentó un sentimiento de íntima pesadumbre. ¡No había hecho nada, no había realizado ninguno de sus proyectos! Viviendo inconscientemente, desde que llegó a Villaluz, había visto transcurrir los días con el propósito, nunca ejecutado, de empezar a hacer algo. Un mes así y dos y un año casí, hasta que mermados sus recursos, comprendió por cabos sueltos de las conversaciones, por reticencias y por indicios, que empezaba a rodeársele en el pueblo de una atmósfera, si no completamente hostil, por lo menos desdeñosa y esquiva.

Orgulloso como era Durán en alto grado, irritóse al derivar en esta idea. Del fondo de su espíritu se levantó una protesta viva ante el concepto ajeno, que él adivinaba murmurador, y quiso hallar en su conducta un motivo de justificaciones. Se comparó con los señoritos del pueblo que le daban una idea de pobreza mental y de miseria de espíritu. Seres presuntuosos que paseaban una carga de prosaísmo

y de vanidad; carnes mimadas, montones de órganos en función que vegetaban en Villaluz con una vida de animalejos; levantarse a las diez, ir al casino a hacer tiempo para comer, volver por la tarde al círculo, pasear, digerir, cazar el perdigón y preocuparse con las lanas, con los borregos, con el mal tiempo y las mujeres. Así un año y otro año y toda la vida, siempre invariables, siempre lo mismo, sin más horizontes espirituales que el gañán, las nubes, la oveja, el cerdo y la criada.

—¡Y que esta gente—pensó recordando una frase de Pepe Corcho—que en su vida ha hecho nada útil, sea la encargada de repartir las patentes de laboriosidad, de honradez, de vicio y deshonra de los demás! ¡Y que esta gente murmure de mí!

Un impulso de amor propio levantó otra vez el corazón de Durán en animosidad contra todos. A lo más él había hecho lo que ellos, acaso mucho menos malo que ellos. ¿Por qué entonces la crítica mordía sobre su nombre? ¿Cuál era la medida, el valor diferencial que se aplicaba a las conductas?

Pensó que sólo el dinero y esto le confortó. Contra el dinero se sentía fuerte, acaso por esa idiosincrasia altruísta de los desvalidos de bienes materiales que para vivir necesitan el contrapeso de creer que desprecian lo que no tienen. En el fondo él despreció a algunos ricos del pueblo, en quienes hallaba anchas brechas abiertas a la ridiculez y a la estulticia. Se creía superior, un número entre tan-

tos ceros, un intelectual entre una bandada de mochuelos, como decía Pepe Corcho.

Animado con esto, no quiso pensar más y aligeró el paso, concentrando su atención en lo que veía. Ya la noche se había ensanchado, y por la carretera desierta no se oía un rumor. Ladraban de lejos los perros, y de la hondonada, donde se acostaba Villaluz, ascendía un cálido aliento, una claridad difusa, como un polvillo blanco diluído en la atmósfera. Por un instante se detuvo contemplando el aspecto mortecino de las luces eléctricas, alineadas en el humo que invadía las calles, parecidas a rojas ascuas que se enfriaran. Le dió el pueblo por primera vez una sensación de vida cobarde y resignada. Los pobres acerados parecían tener prendidos entre sus guijos untuosos el olor de las taramas verdes quemadas en las chascarinas, el vaho de matanzas frescas ahumadas en la campana de las chimeneas, todas las nieblas y todas las nubes que habían goteado por las canales musgosas de los tejados, una cálida humedad que entristecía, que ahogaba, que ponía en los pensamientos una sombra de pesar y de angustia...

Las Clarisas tocaron a Maitines, y esta voz de las campanas, dulce, fresca y sencillita, pareció un eco cariñoso en el corazón de Durán. Instintivamente empujó la cancela y penetró en el templo. Y al colocarse de pie junto a una columna, *ella* destacó su silueta arrodillada sobre las losas relucientes del pavimento. Experimentó Durán una sensación inefa-

ble, y la estuvo contemplando largo rato. Pálida, enlutada, trascendía aún más su blancura como un fino aliento de su cuerpo. Sus facciones correctas, su perfil maravilloso, parecían idealizarse en aquella vaga penumbra del recinto. Tenía cierto aire más fino, más hondo, más interesante que nunca, y así como nunca despertaba en Durán dulces sensaciones voluptuosas.

Tosió él y volvió ella la cabeza y miró fijamente: al principio con extrañeza, después con una mirada alegre y penetrante.

A poco, terminada aquella música de pastorelas, ella salió en compañía de otras jóvenes, y reuniéronse todos en la puerta. Empezaron a caminar por las calles, resbaladizas con la humedad del relente. Durán, al lado de Concha, empezó a formular su capítulo de quejas de enamorado. Quería que ella le explicase satisfactoriamente la ausencia en el paseo, su falta de consideraciones hacia él por esto mismo, y el mal humor de la tarde se desahogaba ahora con Concha, haciéndola víctima y motivo de todas sus contrariedades.

Ella se debatía indecisa, y a las preguntas de Durán contestaba con monosílabos, como si pretendiese ocultar algo.

Pero al llegar a la plaza, Durán aseguró con firmeza:

—¡Tú has reñido con tu hermana!

—¿Quién te ha dicho tal cosa?

—Tú misma; no lo niegues. Tu vacilación, tu

misterio, tu aspecto todo, me dicen que has reñido con ella y que has reñido por mí.

Concha entonces, acosada por Durán, contó la verdad. Era la cuestión de siempre: la oposición tenaz de su hermana a aquellas relaciones amorosas. Para evitar que Concha pudiera ir al paseo, su hermana había suscitado una inacabable disputa, y así le quitó el humor para poder arreglarse.

—¡Isabel es una mala bestia!—dijo Durán.

—No, rara nada más—disculpó Concha.

—¡Mala, mala!—sostuvo él—. Te digo que si no fuera mujer yo la hubiese abofeteado... ¿Y por qué ha sido la disputa?

—Por tonterías, por enredos... Te aseguro que si fuera a hacer caso de lo que dicen...

Concha no terminó la frase. Observaba atentamente a Durán, y dijérase que le había asaltado de repente una duda y quería bucear dentro del alma del amante los misterios de la sinceridad. Durán callaba, poseído ahora de un repentino temor que le confundía... Concha, sin embargo, iluminó a poco su rostro con una sonrisa, y despidiéndose de las amigas invitó a Durán a seguir a su casa. Vaciló él un momento e hizo ademán de continuar, pero instantáneamente se arrepintió, y, pretextando un asunto urgente, se despidió de Concha.

Daban entonces las nueve de la noche. La campana del reloj, lenta y cascada, parecía como si se esforzara en dejarse oír a través de la densidad de la villa. Unos mozos que se cruzaron con él iban

canturreando abrazados una canción obscena. Aporrearon una puerta y echaron a correr. Una mujer salió y dijo unas desvergüenzas. Ladró un perro con el estrépito. Villaluz le dió entonces a Durán, camino de su casa, la sensación de un recinto demasiado triste, de una sepultura abierta donde parecía que iba enterrándose su corazón...

II

La estancia era rectangular y a primera vista parecía muy pequeña. Había en ella cierto desorden que se diría estudiado, pues mientras en los estantes se alineaban los libros sin simetría, en la mesa no había un papel que no apisonara cuidadosamente un Discóbolo de bronce. La misma sensación daban los muebles: a uno y otro lado de la mesa, con grandes patas de cabeza de águila, de una antigüedad indiscutible, se mostraban insolentes dos estanterías estrafalarias de distinto color: una librería de tono guinda y un armario de cedro, panzudo y grieteado, por cuyos cristales, como en son de burla, asomaban el lomo dorado costosas encuadernaciones. Y en el medio, delante de la mesa, un verdadero capricho: un facistol primorosamente tallado, en cuyas repisas alternaban con un contraste rabioso dos tarros de botica de la antigua cerámica de Alcora, un pergamino miniado con el más puro gusto caligráfico, y un camafeo de marfil y coral, de finísimo estilo japonés...

En las paredes de la estancia se observaba igualmente esta falta de armonía y de carácter: fotogra-

fías de paisajes, diplomas y premios de Juegos Florales, un reloj de latón esmaltado y copias de las estampas que Isidro y Antonio Carnicero pintaron para la edición de *Don Quijote*.

Gozaba Durán con este anacronismo de cosas y con el desorden del conjunto. Hallaba en ello una *posse* de invulgaridad, un gusto refinado de literato. Aborrecía los despachos amplios y simétricos cuyos muebles en orden y los libros guardados le daban una idea de cosas frías sin alma y sin valor. En esta salita reducida, donde los objetos parecían empujarse unos a otros, hallaba esa cálida intimidad y esa compañía que nos prestan las cosas en el silencio, Y eso que Durán no había decorado aún el saloncillo a su gusto: faltaba que se lo tapizasen y él había pensado en proporcionarse para los tres huecos unas telas de Gobelinos y hacer que los tres geniales pintores de su tierra, Hermoso, Covarsi y Blanco Lon, dibujasen sobre ellos, a la manera de los tapices antiguos, los asuntos de los tres capítulos del poema que tenía planeado: el primero, en la puerta de entrada, cuando los enamorados, henchidos de felicidad, contemplan una puesta de sol y funden sus almas en la vaga poesía del crepúsculo; el segundo, en la ventana del patio, cuando, roto ya el hilo de los sueños, se encuentran de improviso y ambos callan heridos por el mismo pensamiento, y el tercero, en la portada del dormitorio, cuando los enamorados, evocando el pasado, se llaman con el alma en silencio y el orgullo se interpone en-

tre los dos, mientras la felicidad pasa de lejos, cantando triste la divina canción...

Aun así, sin estos detalles que deseaba Durán, se hallaba siempre muy a gusto en su despacho. No le desagradaban, mientras tanto, los rojos terciopelos, orlados de doradas grecas que matizaban de bellos cambiantes la luz de la estancia. Hacían bien con la librería guinda, con la pantalla de pergamino del raro velón de Lucena y con la policromía de los tarros donde tendían sus capas amarillas y azules los retratos de San Damián y San Cosme. Un recinto de arte, un despacho de verdadero literato, como quería Durán. El, cuando regresó a Villaluz, soñaba con él para escribir mucho. Se imaginaba los días de otoño, nublados y blandos, corriendo la mesa hasta la ventana para observar desde allí el patio engalanado de crisantemos. Las tardes lluviosas y horripilantes de invierno, cuando encendiera la chimenea y trabajando sobre las cuartillas viera balancearse los naranjos y rodar por sus hojas los goterones de la lluvia. Los días primaverales, en que el sol llenase de reflejos las miniaturas, las porcelanas, el chagrín policromado de los libros y la luz tomase así tonos morados, halos de naranja, destellos de amatista, color de añiles flotantes sobre la felpa velluda del terciopelo. Soñaba así con hacer muchos versos, con escribir mucho, con sentir intensamente, con saborear en esas horas de hondo y dulce refinamiento espiritual, todas las recónditas sensaciones de su mundo interior.

Aquella noche Durán, inquietado vivamente por la conversación que había sostenido con Concha, buscó por esto mismo, como un refugio, la soledad de su despacho. Dejóse caer sobre el butacón y arrojó fatigado el sombrero sobre una silla. Notó que su frente estaba sudorosa y que un fuego interior afluía a sus mejillas como el vaho de un rescoldo. Se notó destemplado, con un áspero sabor de cosas y de ideas. Echó una ojeada a la mesa y vió abierta aún, como él la había dejado, la novela que estaba leyendo. Probó a distraerse y le danzaban las letras y las líneas, sacando del libro el pensamiento vacío. Acabó por dejarlo, arrojándolo a un extremo de la mesa y cerró los ojos, engolfándose en esa modorra intranquila que produce la abundancia de pensamientos tristes.

Su madre vino a sacarle de este embaimiento, llamándole para cenar. Cogióle del brazo y, como le notase preocupado, suspiró con cierta melancolía que era como una incitación a las confidencias. Cuando se sentaron, humeaba ya en el centro de la mesa la sopera, desprendiendo vapores azulados. Su hermana sirvióle de aquella sustancia y él ocultó el rostro, hundiéndolo en el plato.

—Pero, ¿qué tienes?—preguntó la joven.

—Nada, querida, que está muy rica esta sopa.

—Se ha hecho principalmente para ti, acostumbrado en la capital a las comidas de fonda y tan enemigo de los guisos caseros. ¡Eres muy señorito! —añadió jovial.

Durán forzó la sonrisa, agradeciendo aquella fraternal solicitud y pensó luego con tristeza en la inocente ideología de su hermana. Llamábale señorito a él, que se creía un espíritu demasiado sencillo. Ser señorito llamaba su hermana a vivir como él vivía: obscuramente, resignadamente, siempre con un dolor interior y una vaga zozobra del porvenir. ¡El, que se veía forzado a renunciar a tantas cosas fáciles para otros y a reducir sus gustos a refinamientos mezquinos en verdad! ¡De cuántos goces inefables, de cuántas bellas cosas podría, en cambio, rodear su vida! Con cierta acritud, con cierta sorda irritación, consideró entonces los contrastes de la realidad. Señoritos eran otros, otros que acaso no lo merecían. Tenía razón Pepe Corcho: daba asco mirar que espíritus delicados viviesen tristes, mientras a su alrededor una riqueza densa y opaca pusíese en caricatura los bellos atributos de lo ideal. Durán, como si le tocase a él, suspiró sin poder reprimirse.

—¿Ves cómo te pasa algo?—insistió su hermana.

—Te equivocas—disimuló él, riendo—. Estaba pensando en que es una lástima que no se pueda lucir tu talento de cocinera.,.

—¿Te gusta? Pues poco se conoce. El señor, en vez de este pastel sencillo, quisiera mejor uno de esos platos, bautizados con rimbombantes títulos, como aquel que nos sirvieron cuando me llevaste a Madrid. ¿Te acuerdas? Era un nombre en francés, muy pomposo y muy largo, y resultó que el plato

era de coles con arroz, menos arroz que coles, y muy bastas coles, por cierto...

—Lo cual no fué obstáculo para que repitieras...

—Picardías, hijo mío; tan malo y todo, lo prefería a los platos de carne repasada, a los pescados manidos, a esos pasteles aderezados con los restos de la comida anterior. Desengáñate: para comer a gusto, la cocina de casa.

Marina reía, contrarrestando los leves gestos de protesta que hacía su hermano. Quiso después servirle una cucharada de dulce de uvas, y, como él lo rehusó, la joven se levantó, algo incomodada, y empezó a retirar los platos. La madre miraba en silencio estas displicencias de los dos hermanos, y bisbiseando, como de costumbre, sus rezos, se apartó a un rincón, moviendo con la badila el brasero de copa ya amortiguado. Marina entraba y salía, sacudiendo el mantel y retirando las copas. La modestia a que había venido la casa no permitía tener más de una criada fija, y ésta era vieja e inservible, con sus frecuentes ataques de reuma. Por caridad la tenían, y Marina y su madre arreglábanse, supliéndola en casi todos los quehaceres. Marina cocinaba, cosía, inspeccionaba la limpieza, cuidaba de todos los detalles y de puertas adentro era una hormiguita, en frase de su hermano.

Este, no teniendo humor para la sobremesa, se despidió, encerrándose en su despacho. Otra vez a solas se sintió inmensamente triste. Pensaba en Concha, y se la imaginaba trémula y turbada con

el peso de las dudas sobre su sino. Recordaba sus últimas palabras, que tenían un dejo de incertidumbre y de desaliento, y le parecía sentir aún la influencia de aquella mirada escrutadora que se dijera quería rasgar la envoltura del alma. Esto le irritaba, le hería, le suscitaba movimientos de orgullo y dignidad, imaginándose que era objeto por parte de Concha de una observación no exenta de animosidad y de intereses inconfesables. Pero esta representación de la novia enigmática y emboscada se fué desvaneciendo insensiblemente, y en el pensamiento de Durán quedó sólo la imagen de la Concha dulce, de la Concha triste, de la Concha buena, que llenaba su corazón de glorias y delicias. Tal como la vió en la iglesia, blanca y transparente, con una expresión de suprema idealidad. La revistió entonces Durán de una aureola de poesía y, enternecido, quiso aprovechar este estado sentimental para hacer los versos de amor y de dolor que muchas veces había llevado en su corazón y en sus intenciones.

Bien pronto arrojó, sin embargo, las cuartillas. El sentimiento rebelde vagaba confuso por sus entrañas, escapándose, como nna esencia, a los ahincos de la expresión. Los versos resultaban ruines, artificiosos y llenos de tachaduras; las palabras frías y rebuscadas, denotaban el esfuerzo y la presión.

—¡Dios mío!—se preguntó—. ¿Estaré verdaderamente agotado?

Esta idea le amilanó. Recordaba las disputas que había sostenido muchas veces en el periódico con

Manolo Mirabal, su amigo del alma, que se oponía a los planes campesinos del poeta. Parecía estar aún oyendo sus palabras:

—Desengáñate: en el pueblo no harás nunca nada. No tendrás ambiente, acabarás por engordar, y cuando algún día vengas por aquí, te preguntaremos: ¿Cómo andan tus cerdos? ¿Has esquilado las ovejas?

Sí, efectivamente, se había idiotizado. Desde que llegó, apenas había cogido la pluma, haciendo una vida estúpida, de holganza. ¡Qué lejos estos tiempos de aquellos otros en que la música de un organillo, un pregón callejero, un paseo silencioso, o la mirada furtiva de una mujer cristalizaban después en versos fáciles y sonoros!

Sin embargo, achacó su incapacidad a falta de costumbre. Había que empezar nueva vida. Trabajaría, se impondría un plan de labor, una voluntad firme y constante, y el ejercicio habilitaría otra vez sus facultades para recoger y expresar las emociones del arte.

Esta consideración lisonjeó su vanidad de escritor y pensó en sus proyectos literarios. Vió ya planeada su novela, publicada luego, expuesta más tarde en los escaparates de las librerías, y al calor de las camillas, en estas noches gélidas y familiares de invierno, desfloradas sus páginas por miles y miles de espíritus entusiastas. Animado con esto, rehuyó ya sus propios pensamientos optimistas. Como si fuera a dar salida a aquellas ideas tétricas que antes le po-

seyeron, abrió la ventana y se puso a mirar la noche. La luna parecía que la iba empujando un vientecillo gélido que cortaba como el filo de un cuchillo. El patio recortaba un cuadro de cielo de un azul frío y opaco, y en los ángnlos del jardín los rosales desnudos amontonaban las sombras. Cerró la ventana, destemplado y poseído de ese inconsciente horror a las tinieblas. Apagó la luz, y mientras se acostaba, iba fundiendo su atención en una vieja música que una ronda de mozos desgarraba en la calle...

III

—Isabel—dijo Durán muy serio—, no me gusta quedar bajo el peso de inculpaciones hechas en mi ausencia. Sé que martirizas a Concha por causa mía, y como ignoro los motivos quisiera conocer en qué te fundas para seguir tal conducta.

Isabel le miró con una expresión fría y altanera. Señaló luego con los ojos la presencia de Concha y respondió con un ademán esquivo:

—¡Peor es meneallo!

Concha mientras tanto se había puesto vivamente encarnada. Creía que Durán acababa de cometer una indiscreción, y sus dedos pálidos, bordando nerviosamente, repicoteaban temblando sobre el paño estirado en el bastidor.

—Sí, por cierto—repuso Durán tras una leve pausa—, pero la presencia de Concha no es obstáculo para que a ella misma la hagas confidente de tus secretos. Esto, sin duda, es más noble que decir al interesado frente a frente lo que haya de decirse.

Isabel volvió a clavar sus ojos en Durán, le midió de pies a cabeza, y ahora, con un aire de reto, le contestó:

—¡Nunca creí que fueses tan fresco!

La disputa se hizo ya inevitable. Durán, que había hecho el propósito de guardar una actitud serena, comenzó a descomponerse, e Isabel por su parte se gozaba en lanzarle al rostro todos los conceptos humillantes que de él tenía. Las frases volaban cáusticas, sangrientas, en un pugilato de odios, y Durán iba conociendo por boca de Isabel que un aire de animadversación y de calumnia le envolvía en el pueblo. Isabel, orgullosa, desenfadada, como si tuviera empeño en que alguien más que ellos se enterase, le repetía a grandes voces todo cuanto la maledicencia pública suponía y aseguraba respecto al poeta. Con un gesto arrogante, y poniendo en sus palabras toda la energía de la convicción, Isabel se levantó y le dijo:

—Y por último, ¿quieres que te diga de una vez lo que eres? ¡Un sinvergüenza que estás engañando a mi hermana!

—¡Silencio!—rugió entonces una voz autoritaria—. ¡Esto no es propio de mi casa!

Era don Guillermo, el padre de Concha, que vino de su despacho y entró en la sala. Calló Durán lleno de vergüenza y confusión. Isabel salió, y por un momento en aquel recinto sólo se oyó el golpear del péndulo del reloj y el ritmo agitado de las respiraciones. Don Guillermo, con la cabeza baja y paseando a grandes trancos por la habitación, daba visibles muestras de enojo. Concha callaba también, y no sabía Durán cómo salir de aquella situación

tan violenta. Se imaginaba que la palabra de don Guillermo imponiendo orden había sido pronunciada exclusivamente para él, y que tal dejo de acritud, tal insólita energía significaban más bien un apoyo para Isabel, que podía hablar con esa libertad que inspira la estancia en la propia casa. Concha vino a asperezar entonces más aún aquel hosco silencio, pugnando por contener las lágrimas, y levantándose, al fin, para decir a su padre con un arranque decidido:

—¡Estoy dispuesta a que estas escenas no se repitan y no se repetirán. Yo sabré el modo de poner coto a la tutela odiosa de mi hermana!

Durán entonces, no pudiendo soportar por más tiempo esta situación tirantísima, dió los buenos días y salió. Ya en la calle se sintió más turbado aún. Le ardía el rostro y parecía que a estallar iba su cabeza. Pensando en lo sucedido se encontraba ahora sumamente ridículo, creyendo que se había comportado como un chicuelo. Había estado torpísimo en las contestaciones que diera a Isabel, y conocía que había salido roto y maltrecho de la contienda. ¡El, el intelectual, embarullado, como un badulaque, ante una señorita de pueblo como Isabel!

Se arrepintió entonces de haber provocado la discusión. Para quedar así, hubiera sido mejor seguir sufriendo en silencio las injurias de que le hiciesen blanco a sus espaldas. ¿Y qué fin práctico se proponía al cabo? ¿Hubiera amansado acaso las animosidades de Isabel con unas explicaciones que ten-

drían que empezar como empezaron? Irritóse por esto consigo mismo y no se perdonaba la insigne torpeza de su conducta en el lance.

Con estas impresiones entró destemplado en su casa y rehuyó la presencia de su familia para que no le conociesen nada. En el despacho también se ahogaba. Sobre el tapial del corralillo las palomas arrullando paseaban indiferentes a sus cuitas. Aturdíale aquella algarabía de gorriones que piaban en los naranjos y hasta le irritó el contraste abigarrado con que resaltaban en el facistol las porcelanas y los pergaminos.

Y bien, después de todo, ¿quién tenía razón, Isabel o él? Notaba Durán en el fondo de su vida algo así como una leve costra de podre que una atmósfera pestilente hubiese ido sedimentando día tras día. Mirándose en realidad como era, observaba dentro de su ser un cúmulo de culpas y miserias. Pero en resumen: ¿qué era él, que había hecho él que no lo hubiese aprendido de los demás? ¿Qué mayor abundancia de fragilidades y pecados hallaban en él para hacer resaltar su personalidad sobre la de los otros? Y otra vez el amor propio encontró en su conducta los fáciles argumentos de la disculpa. Creyó que la envidia, la ajena tristeza por la posesión de sus dones había sido la encargada de irle rodeando de aquel ambiente desfavorable, y como no sabía a quién culpar, echóse a pensar cuáles podrían ser sus enemigos. Le vino a la imaginación don Amadeo, el cacique vanidoso de Villa-

luz, qué nunca le tuvo afecto, Frutitos Delgado, el Renegado Vinagre, como le llamaba Pepe Corcho, y que siempre discutió con aires de desprecio sus aptitudes literarias, y al lado de éstos la caterva, la patulea, el montón anónimo de los aduladores del rico, siempre dispuestos a celebrar sus gracias y sus ocurrencias. ¡Asco de casino! Tenía razón Pepe Corcho cuando decía que era un congreso de comadrejas. Del casino habían salido todas las maledicencias, todas las injurias, todos los cuentos que respecto a él tomaban cuerpo en el pueblo. ¡Y eran precisamente sus compañeros de conducta, los mismos partícipes de sus defectos, los encargados de llevar y traer su nombre en alas de la murmuración! Con su instintiva nobleza Durán sintió náuseas repugnantes de aquellas tertulias del casino donde las honras y las famas eran mordidas siempre por vagos de oficio y señoritos desocupados. Ahora se dió cuenta de que se encontraba solo, completamente aislado, y que el pueblo era para él un desierto, donde, sin embargo, no cabía; un lugar donde todo el mundo se apretaba para no dejarle sitio, y que para conquistar este sitio no era ya el Durán que vino a Villaluz con el limpio prestigio de su fuerza espiritual, sino el Durán que querían que fuese, el Durán empequeñecido por los defectos humanos, el Durán vulnerable y deformado que tuvo la osadía de asentar su planta allí donde por tradición sólo podían figurar y valer los poseedores de dehesas y los mandones de los partidos.

Como aprestándose a esta lucha, Durán salió fuera de su despacho, instando a su hermana a que pusiera la mesa. La madre le miraba. picada de curiosidad, viéndole pasear intranquilo y oyendo que contestaba a las preguntas que le hacían con un tono de mal humor, torpemente reprimido.

—Algo le pasa a Alfonso, ¿verdad?—Preguntó la madre en un aparte a Marina.

—Cosas de poetas, madre. Son seres raros, y en estos días de lluvia se ponen inaguantables.

La madre miró por el cristal a la calle, como queriendo cerciorarse de las razones de su hija, y observó las nubes que se distendían en el cielo gris, coronando el campanario de la iglesia.

—¡Este muchacho!—concluyó dejando escéptica su costura.

La comida transcurrió silenciosa. Golosineaba Durán sin probar apenas bocado, y tenía que beber grandes sorbos de agua para poder pasar su poción.

—¿Y para eso tenías tanta prisa? —preguntó Marina.

—Tengo mucho que hacer.

—Sí, irte en seguida al casino. La verdad es que no sé que hacéis allí todos los días, viendo siempre las mismas caras y las mismas cosas... ¡Estáis buenos los hombres!..

Durán guardó silencio ante la reticencia de su hermana. Miraba preocupado, ya a los platos, ya al reloj de la pared, ya por la ventana el aspecto triste de la calle, embarnizada con la suciedad y la lluvia

que caía... De lejos, la torre del convento, una rara torre revestida de azulejos morunos, parecía inclinarse como fatigada de sostener aquella tristeza del cielo. Los tejados tomaban un color negruzco bajo las nubes, y era todo una sensación desabrida, un húmedo sabor de cosas y de ideas...

—¡Mal tiempo para todo!—exclamó con tristeza la madre quedándose pensativa.

Pensó entonces Durán, contagiado de esta pena, que tenía razón, y se imaginó que se quedaba absorta ante la contemplación de dolorosas realidades. Se figuró que adolecía por el temor de las escasas cosechas, por la pesadumbre de tanta carga como gravaba sobre las contadas fincas, no redimidas.

Marina les llamó la atención para que se fijasen en el aspecto de la calle. La llovizna se había convertido en diluvio, y escurrían las canales con un chorro intermitente, limpiando y descarnando los guijos de las aceras. Las gárgolas, atascadas, insuflaban bocanadas de agua, y toda ella corría por el centro de la calle en un caudal turbio y sonoro. Por un instante Durán se distrajo observando tres cosas: un viejo que en la casa de enfrente abrió el postigo y se puso a mirar cómo llovía; una mujer que cruzó, chocleando sobre los baches, bajo un inmenso paraguas azul, y una collera de mulas que pasaban al trote, calle abajo, reluciente el pelo de las ancas, y encima de una de ellas el gañán arropado en una manta esponjada, picando con los talones los ijares de la bestia...

IV

El casino se alzaba en un ángulo de la plaza. Era un caserón antiguo y antiestético, y dominaba una calle tortuosa y llena de rinconadas, con empedrado de guijos y aceras ribeteadas de ladrillos. Precisamente por dominar esta calle estaban muy a gusto en la casona los socios del casino. Desfilaban por allí las procesiones, los coches que hacían el servicio de viajeros a la estación del ferrocarril, la juventud que en los días de fiesta iba a la carretera, y las novedades que en forma de viajantes, cómicos y arrieros llegaban a Villaluz.

Reuníase en los salones del caserón todas las tardes, la sociedad distinguida del pueblo. La gente grave, los virtuosos, los que en frase de Pepe Corcho no bebían ni jugaban, y si jugaban no perdían, recluíanse en el rincón más abrigado, junto a la ventana que mejores vistas tenía. Allí don Amadeo, con su barba puntiaguda y sus gafas de observador; el juez municipal, siempre grave y prosopopéyico, implacable Catón de las tertulias; allí también los menestrales del círculo, la comparsa de escribientes y empleados, cesantes y en ejercicio, siempre en espera de poder ceder sus sillas y sus sonrisas a los

merecimientos de los prohombres. Los más de ellos no tomaban café, y entretenían sus ocios en leer los periódicos y las revistas ilustradas. Cuando más, en alguna tarde en que la destemplanza impedía el paseo, jugaban un tresillo a céntimo chico. Por esto, por sus morigeradas costumbres, por sus hábitos caseros, por sus instintos recatados, llamaba Pepe Corcho a esta tertulia *Los caballeros del Santo Sepulcro*.

La gente del trueno, la juventud y la *bambolla*, como decía en desquite el juez municipal, formaba rancho aparte, inaugurando casi siempre la partida de juego, y frecuentemente escandalizaban con su conducta a los ecuánimes varones del salón ejemplar. Pero alguna vez también la tropa juvenil irrumpía bulliciosa en la apacible tranquilidad del *Santo Sepulcro*, y ocurría esto cuando no se formalizaba partida de juego gordo y los aficionados tenían que recurrir al tresillo o al julepe, o cuando don Pablito, el abogado, sostenía alguna de sus frecuentes discusiones.

Tal sucedía aquella tarde. Don Pablito, jadeante y sudoroso, ronco y congestionado, se debatía con la plebe al servicio de don Amadeo, abogando por los fueros de la justicia distributiva que definió en latín, y la cual justicia, según sus propias palabras, había resultado hecha un pingo en el reparto de campesinos que en las casas pudientes había distribuído el alcalde. No tenía don Pablito pelos en la lengua. Explicó que a él le habían echado cuatro obreros, y no decía que estaba mal, pero no decía

tampoco que estaba bien. Porque otros—él no citaba nombres—tenían doble capital que él y tenían sin embargo la mitad de su carga.

—Y eso—razonó don Pablito—está tan bien hecho como yo me veo los ojos en el cogote. Y si el alcalde al consentir eso hace muy mal, el que consiente que el alcalde consienta lo que consiente hace muchísimo peor. Es decir, que si el alcalde merece, por ejemplo, cinco tiros, aquél por quien el alcalde es alcalde merece cinco mil. ¡A ver qué Belén ahora!

Don Amadeo callaba, asintiendo con la cabeza y con cierta expresión burlona a las razones de don Pablito; pero éste que, a pesar de todo, era listo e ingenioso y amigo de poner las cosas en su lugar, machacaba el asunto, y con mayores voces y más graves denuestos apostrofaba contra las irregularidades del reparto y la desaprensión de los repartidores y los consejeros responsables de éstos. Don Amadeo entonces, algo picado ya, empezó a acariciar su barba señorial, signo este evidente de desagrado, y entendiendo que don Pablito le suponía beneficiado con el reparto, adujo unas cuantas razones para demostrar que él estaba recargado con exceso. Como ecos sucesivos repitieron sus argumentos el juez municipal y la caterva servil, la *guardia genízara*, como decía Pepe Corcho, con tal ahinco, con tal generosa solicitud, que el mismo don Amadeo hubo de refrenar los ímpetus excesivos de su cohorte.

Esto irritó a don Pablito, que arremetió contra ellos con nuevos bríos, irreductible y téntigo como un héroe, agotando ya las resistencias pasivas del auditorio, que poco a poco comenzó a escabullirse buscando los rincones más apartados. Era la única falta de don Pablito, la de no darse nunca por vencido y querer rendir al adversario hasta por cansancio. Con el único que no quería discutir era con Pepe Corcho, y esto porque el cínico con su gracia de brocha gorda no compaginaba con la irreprochable pulcritud y finura del abogado.

Por fortuna entró entonces Durán y Pepe Corcho, que roncaba de intento cuando no estaba en vena de discutir ni terciar, se levantó, refregándose las manos:

—¡Ea!—dijo—, dejadnos ya de latas. ¿Qué, poeta? ¿La ponemos?

—¿Qué dices?

—¡Que si nos pones la banca! Esta tarde hay buena partida y la gente está deseosa...

Durán miró fijamente a Pepe Corcho y soltó una inconveniencia. Como todos le miraran extrañándose con cierta agresividad de puntillos de honra lastimados, Durán se explicó.

El no volvía a jugar en aquel casino, donde todas las intimidades y todas las expansiones salían a la calle.

—¡Ah! ¿Pero te molesta que digan que juegas? —preguntó Pepe Corcho—. ¡Pues ya te has caído! De aquí en adelante, que juegues que no, te pon-

dremos verde. Somos así, y nos da un gusto delicioso el saber que hacemos sufrir al prójimo. ¡Con buena gente te has metido tú! ¡Pero tuya es la culpa!

—Es verdad, porque no debí hacerlo nunca.

—No, no es por eso, sino porque siempre te oimos decir que pierdes. Lo peor que puedes hacer en tu vida es decir que te da mal el juego. Di siempre que ganas, aunque no sea verdad, y puedes estar tranquilo de que, mientras ganes, eres para nosotros una persona decente.

Don Amadeo se echó a reír, y el juez municipal movió su cara de esfinge para celebrar la ocurrencia.

—¿Lo tomáis a broma?—continuó Pepe Corcho—¡Pues es una gran verdad! Oye lo que te digo, poeta: para estos ricos que se las echan de virtuosos no hay otro modo de pensar. Si ganas, juegas por distracción y puedes alternar con ellos. Si pierdes, eres un vicioso y te ponen la marca. Por lo visto te la van a poner, y como lleguen a ello, ya puedes hacer milagros, que no te salva ni la bula de Meco. Y es, fíjate en esto: la medida de la decencia está en relación con lo que se puede necesitar de ellos. Para estos hay dos castas de hombres: los que tienen dehesas y los que no las tienen; los que pueden jugar sin peligro del prójimo, que son ellos, y los que juegan con probabilidades de pedirles algo. Para los primeros todo es disculpable: los excesos, las locuras, las atrocidades, para todo eso tienen

estos ricos el don generoso de una interpretación benévola. Para los segundos tienen la moral inflexible, la ley, la rigidez, la disciplina. Las cosas para ellos no son malas en sí, sino según quien las hace. Yo, por ejemplo, cuando juego, soy un sinvergüenza. Si jugara don Amadeo sería una humorada, que celebrarían como una gracia los genízaros de la guardia. ¡Ay querido! es que yo no tengo para sostener mis vicios y otros sí. En mí preveen el probable sablazo, la fácil petición de cinco duros, y por ese instinto de defensa que hace que se curen en salud, toman posiciones para justificar su negativa. Desengáñate: para estos ricos la integridad de sus bolsillos es el fiel contraste de las virtudes ajenas. Si hoy eres vicioso, como les pidas algo eres vicioso y medio. ¿No es verdad, saboyano?

Llamaba así Pepe Corcho a don Amadeo, por homónimo con el desdichado rey de España, y el político dió muestras de enojarse con la pregunta.

—¡Hombre!—exclamó—; si lo dices por mí, Durán sabe que puede contar conmigo para todo.

—Te creo—respondió Pepe Corcho—. Creélo tú también—advirtió a Durán—; pero si llega el caso y algún día te da la tentación de pedirles algo, ten entendido que los ricos que ves no dan mas que tres cosas: expresiones, silbidos y algún disgusto que otro.

Todos se echaron a reir, y don Amadeo encogióse de hombros, dando a entender que no le importaba gran cosa Pepe Corcho. Este, masticando la

colilla del cigarro empezó a pasear con las manos metidas en los bolsillos de la americana, como si ocultara en ellos la broma fuerte, la frase cáustica, la franqueza brutal de que iba a hacer objeto al primero que le contradijese. Hasta los genízaros callaban, dejando al descubierto a don Amadeo, y don Pablito, sentado casi encima del brasero, meditaba en silencio, moviendo constantemente la ceniza con la badila, alzándose la capa sobre los hombros y mirando por la ventana las nubes negras que amenazaban más lluvia. En voz baja se atrevió luego a quejarse de la escasez de brasas, del mal tiempo y de lo que él llamaba su *pochera*, y se levantó al fin paseando por el salón.

Afortunadamente para la tertulia, Pepe Corcho, convencido de que aquella tarde no había partida de banca, organizó otra de julepe, y se fué a otra sala con los que habían de jugarla. Volvió entonces don Pablito sobre los motivos del reparto, y Durán, que aunque siempre le oía con gusto, todo le irritaba aquella tarde, salió del casino.

Llovía otra vez con una fuerza de catarata. Tuvo que echarse fuera del acerado, donde los canalones, al pasar, tamizaban por el paraguas un polvillo de agua que le humedecía desagradablemente el rostro. Tanta era la furia del viento, y tan grande la intensidad del aguacero que, por no volver al casino, se refugió bajo los soportales del Ayuntamiento.

Rebullía allí un grupo de campesinos, arropados en sus bufandas y encogidos bajo las chaquetas de

paño que sostenían sobre los hombros. Tosían, refregaban los pies sobre el empedrado y exhalaban ese olor acre y repugnante del hambre y de la suciedad juntas. Miraron a Durán algo torvos y rehiciéronse un poco para darle cabida, callando al punto las conversaciones. Durán dió un cigarro a un viejo que sacudía su gorra esponjada sobre una de las pilastras de granito que sostenían las bóvedas, y en tono amistoso le preguntó si se arreglaba aquel conflicto.

El viejo empezó a hablar con un tono de desaliento. Aquello no tenía arreglo. Mientras no hubiera tierra, todo sería cosa de enredar y dar largas al asunto. Los ricos no querían el reparto, lo tragaban a la fuerza, y tan pronto despejaba el sol los despedían, volviendo a lo mismo que antes. Dábanles además una insignificancia: dos pesetas, que en las condiciones en que estaba la vida era como mojar un dedo en el agua. Y además no eran las dos pesetas todos los días, porque alternaban unos con otros, y allí estaban ellos parados y diariamente había que comer.

—¡Y que no haiga tierra con tantas dejesas!

El viejo soltó seguidamente una interjección contra los ricos y se apartó de Durán, corriendo en dirección al grupo que salía del Ayuntamiento. Era una comisión de camaradas que había ido a pedir colocasen a todos, y que presidía el que en el pueblo llamaban *Perlín*. Era éste un joven con aspecto de niño, pálido, delgadito, de ojos infantiles y azu-

les. Con curiosidad preguntaron los que esperaban el resultado de las gestiones, y de la comisión respondieron varias voces:

—¡Lo de siempre! ¡Que ya se verá mañana!

—¿Mañana? ¡Mañana, a por bellotas!—contestaron los otros.

Impuso silencio Perlín, viendo a Durán, y recomendó a los grupos que se retirasen al centro obrero, donde él después diría lo que había de hacerse. Cabizbajos y contrariados los campesinos empezaron a desfilar bajo la lluvia.

Perlín entonces se dirigió a Durán:

—¿Qué te parece a ti todo esto?

Durán no respondió nada, y Perlín algo incomodado volvió a preguntarle:

—¿Temes con tu opinión disgustar a los ricos, o piensas tú como ellos?

Durán entonces cariñosamente cogió del brazo a Perlín y empezó a pasear con él bajo los portales. Había sido camarada suyo durante los cursos del Bachillerato, y le quería con esa solicitud y esa delicadeza que inspira el infortunio. Perlín había suspendido sus tareas de estudiante de Medicina y se había venido al pueblo en busca de una salud perdida que no acababa de recobrar.

—Vamos a ver—le dijo Durán—, ¿para qué haces esto? ¿Qué ganas tú con meterte en estos asuntos?

—¡Yo quiero ser puro!—contestó Perlín con sinceridad.

—¿Y qué es ser puro, Perlín? ¿Ir contra los ricos?

—¡Ser puro es luchar por la justicia! ¡Renovar todo esto que está podrido! ¡España, tierra querida, tierra sagrada, tus campos estarán lozanos cuando flameen sobre los trigos las amapolas!

Los ojos infantiles y azules se animaron con un resplandor de entusiasmo. Invadió un ligero temblor aquel cuerpo desmedrado y raquítico, y su voz, con la imprecación, tomó un acento extraño y solemne:

—¿Qué quieres decir con eso?—,preguntó Durán

—¡Que no será de otra mánera! España la tierra fecunda, no tiene en sus entrañas calor para abrigar a sus hijos. ¡Pero España ha de resucitar! Di, Alfonso, y tú, ¿por qué no eres puro?

—¿Yo? ¿Qué he de hacer yo?

—¡Mucho, si tú quieres! ¡Ayudarnos! Tú y otros como tú estáis sosteniendo a ellos contra nosotros. ¿Qué serían estos ricos sin la clase media? Una clase media que se siente humillada, despreciada, envilecida por los ricos y que, sin embargo, los sostiene con su amistad, con sus servicios y con su honradez. ¡Esclavos seréis siempre entre el menosprecio de los de arriba y el odio de los de abajo! ¿Tú, Alfonso, ¿por qué quieres ser esclavo?

Durán sonrió, aparentando resignarse con lo que decía el estudiante.

—¡Sois todos iguales!—exclamó luego éste—. Ellos y vosotros. Vosotros sentís lo mismo que yo; pero sois cobardes o estáis manchados. ¡Yo quiero ser puro!

—¡Tú odias y quieres ser puro!...

—Sí, los odio, y seré puro por este odio. ¿Merecen otra cosa? ¡Ah, si tú supieras, Alfonso! ¿Ves esto del reparto? ¡Es una vergüenza¡ ¿Sabes lo que hacen con esos campesinos? ¡Humillarlos, denigrarlos, envilecerlos! Les dan un jornal, sí; ¿pero de qué forma? En son de burla mandan a unos que contemplen las nubes. A otros los sientan en las cocinas en los mejores sillones y les mandan que no se muevan de allí para que estén a gusto. Trabajo dicen que no les dan, porque no tienen en qué ocuparlos. Cohiben así a las autoridades y desprestigian la dignidad humana. Pero los pobres, para ellos, no tienen dignidad. Para el hambre no encuentran, ni quieren encontrar una solución justa. Lo que dan creen que lo dan de limosna y la limosna hecha así, a la fuerza, es una cosa que envilece, ¿No te produce a ti todo esto indignación?

—¡A mí esto me produce tristeza!

Perlín, nervioso, se revolvió entonces y le cogió con fuerza de las muñecas.

—¡Es que si a estas horas hubiese un español como tú, que no estuviese triste, yo le escupiría!

Por sus ojos corrió una llamarada de fuego y sus mejillas se colorearon con dos rosas sangrientas.

—¡Pero tú no harás nada!—continuó desalentado Perlín; soltándole las manos—. ¡Tú te pones de parte de ellos! ¡No ganarás nada con defenderlos; pero no evitarás tampoco que venga la justicia que ha de venir!

Dicho esto le volvió la espalda rápidamente y se alejó atravesando la plaza encharcada por la abundancia de tantos baches. Desapareció por la calle tortuosa, encorvado bajo sus hombros, y Durán quedó preocupado con la impresión de aquella extraña y desordenada ideología. Notaba el poeta dentro de su corazón como un vago asentimiento, como una pena honda y pungente, que se le hubiese comunicado en la voz trémula del estudiante.

—¿Será un aprovechado?—se preguntó de repente.

Y casi al mismo tiempo desechó, avergonzado de sí mismo, esta suposición injuriosa. Se le imaginaba ahora tan encendido, tan raro, tan nervioso, que con los ojos llameantes y las manos aceradas retorcía las muñecas y escupía el rostro del español que a la hora presente no estuviese triste...

V

Diariamente, según la antigua costumbre del pueblo en enamorados de cierta distinción, visitaba Alfonso Durán a Concha Mendoza en su propia casa. Iba por las mañanas de once a doce, volvía anochecido hasta la hora de cenar y prolongaba las visitas en los días festivos, en que eran frecuentes las veladas familiares. Recibía Concha a Durán con el agrado de siempre, dijérase que más atenta y cariñosa que antes. Hasta suspendía, al verle entrar, cosa que nunca había hecho, los trabajos de aguja a que se entregaba con excesiva laboriosidad, porque Durán creía que todos estos entretenimientos le robaban parte de la atención de ella, que él reclamaba para sí por entero.

Pero fuera de esto, notaba Durán en aquella casa un algo de violencia y de retraimiento que le cohibía. Isabel, desde que ocurrió la riña, no cruzaba con él la palabra. Mantenía adusta su altivez y siempre que aparecía Durán su rostro se endurecía con un ceño sombrío. Esta seriedad, reveladora de sentimientos profundos, contrastaba con la cariñosa solicitud de que hacía objeto a su hermana Concha.

Mimaba a ésta con afectuosas palabras y delicadas ternuras, cogiéndole a veces la barbilla y abrumándola de besos. Durán, que sorprendía con alguna frecuencia estas expansiones fraternales, parecía romper entonces el encanto de la intimidad, como una sombra extraña que se interpusiera de súbito entre las dos hermanas.

Don Guillermo, el padre de Concha, parecía estar siempre también retraído y desconfiado. El hombre campechano y jovial que recibía antes a Durán con muestras de cortés agrado, había huído de aquella casa para convertirse en un celoso guardián de novios. No los dejaba un momento solos. Sentado a la camilla, en estos largos inviernos, leía constantemente, cual si no tuviese otros deseos, ni otras ocupaciones y, si abandonaba algún rato el libro, era para dialogar con Isabel, quejándose de sus achaques de reuma.

Concha miraba a Durán en el curso de estos incidentes con cierta fijeza, como si quisiera adivinar la impresión que todas estas cosas producían en el ánimo de su novio. Y cuando le veía preocupado, redoblaba su amoroso interés, hasta producir en él cierto estado de lirismo, a cuyos sentimientos se entregaba fácilmente el poeta. Agradecía él esta piadosa intención de la enamorada, la engalanaba con palabras mimosas y con nombres dulces y como expresión adecuada de todos sus conceptos la llamaba *tú*.

Concha reía entonces, intensamente feliz y sin-

tiéndose profundamente querida; pero bien pronto la voz de don Guillermo, o la de Isabel, que parecían escoger de propósito estos estados sentimentales de los novios, rompía la ventura de los idilios con alguna pregunta, o algún suspiro.

Una noche, abstraídos los enamorados, Isabel reclamó la atención de Concha.

—¿Te has enterado—dijo—de lo que hizo anoche Pepe Corcho?

Isabel refirió una de las muchas atrocidades que con frecuencia hacía el cínico. Esta vez le había correspondido ser víctima a su mujer, una pobre señora que intentó una vez más corregirle y a la que Pepe Corcho había atado al pesebre una noche entera en compañía de la burra.

—¡Qué bestia!—exclamó Durán, riéndose sin poder contenerse!

Isabel, desentendiéndose de la interrupción, siguió hablando con Concha:

—¡Hay que ver la vida de martirio que lleva la infeliz desde que se casó! ¡Después que la ha aruinado con sus vicios, que aguante ahora con un animal como ese! Por más que bien se sabía: nunca dejó de ser Pepe Corcho un jugador, borracho y soez; pero ella se cegó acaso con la creencia de que iba a hacerle un hombre de bien y en el pecado lleva la penitencia.

—La verdad es—exclamó Concha—que no sé cómo hay hombres así. ¡Pobres mujeres!

—¡Ah, pues como ese hay muchos!—contestó

Isabel—. ¡Buenos están los hombres hoy! Deja a Pepe Corcho y coge al consorte de la maestra. ¿Y ese? ¿Te parece que no ha sufrido y sufre la mujer de ese?

—Pero en ese matrimonio ya es diferente. Hay quien disculpa a él, y lo que cuentan de ella, si es verdad, no está bien. ¿Te parece a ti correcto que una mujer decente vaya a buscarle a los mismos casinos y le saque, como le sacó un día, cogido de una oreja?

Evocando este lance todos se echaron a reir, y el propio Durán contó de muchas cosas parecidas qne le había referido Pepe Corcho respecto al maestro consorte. El pobre era tan pusilánime y tanto pánico le infundía su mujer, que era cosa de risa verle tirar las cartas y correr a esconderse a los retretes cuando el camarero del casino o algún chusco le decian que su señora preguntaba por él. ¡Ah, pero era más gracioso todavía Nicolás, el sacristán, que abandonaba a lo mejor los menesteres del culto para ir a apuntar a una sota! En una ocasión hubo de terminarse a la mitad una novena, porque al ir a cantar se encontraron sin organista...

Tomaba así ahora la conversación con estas referencias que hacía Durán un sesgo de amena trivialidad que desarrugaba los ceños; pero don Guillermo, enfrascado hasta entonces en su lectura, levantó la cabeza para tomar parte en los comentarios.

Tenía don Guillermo la moral inflexible que co-

rrespondía a un hombre exageradamente metódico, cuyas ideas, como románticas, eran ingenuas y primitivas. Flaco y enjuto, con su perilla lacia, daba la sensacion de un hidalgo que, en pleno siglo XX, hubiese entroncado en la estirpe de Alonso Quijano. Así, tenía un ideario caballeresco y un espíritu rígido en demasía, cuando se trataba de cosas que tocasen a su buen nombre, o al concepto inmaculado de lo que él creyese un deber. Y, sin embargo, tan sencillo, tan morigerado, tan pulcro interior y exteriormente, gozaba de esa autoridad que, sin propósito de ejercerla, trasciende de estos hombres como una cosa natural.

—¡Todo eso—advirtió don Guillerno—no es más que un signo de estos tiempos tan diferentes de los antiguos!

Y explicó el sentido de su frase. El no iba ya a los casinos, porque éstos se habían convertido en un pudridero. ¡Qué juventud aquélla la suya, tan diferente de la actual! En sus tiempos los señoritos parece que tenían una noble emulación de trabajo y honradez. Estudiaban una carrera, viajaban, leían, tenían ciertos estímulos espirituales que les daban prestancia y distinción. En los casinos se discutía de Ciencias, de Letras, de Historia, de Agricultura, de cosas útiles y provechosas. ¡Pero hoy! Los señoritos ricos tenían a gala no estudiar nada, criándose como moruecos, entre gañanes y pastores. Así, ellos no sabían hablar de otra cosa que de perdigones, de toreros y de mujeres. Por no leer no leían ni

los periódicos, y si acaso, acaso, las novelas eróticas, donde encanallaban sus gustos. ¿Quién había visto a un señorito de éstos empeñado en empresas caballerescas? ¡Si por no saber, no sabían lo que es el verdadero señorío para poder pertenecer a él! Ser señoritos creían ellos que era usar un traje bueno a la moda y viajar en primera. Por dentro el pelo intacto de la gañanía. Del fondo del arroyo, de los prostíbulos, de las plazas de toros, habían recogido un léxico de equívocos, de metáforas y frases de baja estofa, con lo que empañaban la clara hermosura de la lengua castellana. Quedaban así los señoritos convertidos en chulos de corbata, en verdaderos patanes, vestidos de ropa fina. ¡Educación! ¿Qué entendían ellos por educación? Saber saludar sin cortarse, decir cuatro frases de rúbrica y nada más. En cambio, ese sentido discreto, ese buen sentido de hacerse agradables en todos los actos de la vida, que es la verdadera educación, que no preguntaran a estos señoritos por él. Hacerse agradables entendían ellos que era tomar todo a broma, todo a chirigota y poner en la vida un sentido frívolo e insustancial. De los problemas nacionales, ¿qué pensaban? De esos pavorosos conflictos modernos, ¿qué concepto tenían? ¡Jóvenes que consumían su ingenio en adivinar en qué se parecía un cepillo a un elefante y en qué se diferenciaba un hombre de un altramuz! ¡Ah; pero, en cambio, estaban iniciados en todos los vicios, en todas las perversidades, en todas las ruines artes de prostituir

mujeres! No sabrían en caso de necesidad ganarse un pan, ni trabajar en nada útil; pero sabían dilapidar en la holganza y en la corrupción aquellos elementos que debieran ser fuente de vida y de progreso, y eran así en sus manos un castigo de Dios y un disolvente social...

Durán sentíase avergonzado. Parecía como si del fondo de aquellas graves razones de don Guillermo se destacase una alusión, dirigida principalmente a sus propios defectos. Y, en realidad, mirándose interiormente, veíase contaminado e impuro. ¡Su vida también se diferenciaba poco de la vida que hacían esos señoritos, que retrataba el padre de Concha!

Isabel, con esa penetración tan honda que tienen las mujeres, miraba ahora en silencio a Durán, como si le desnudase el alma y se la mostrase con sus secretos más íntimos, gozándose en esta humillación que a él le producía.

No pudiendo el poeta soportar la insistencia de estas miradas, temeroso acaso de las intuiciones de Isabel, se levantó, despidiéndose. Siguióle Concha hasta la puerta, y allí la moza, con un tono misterioso, le exigió de repente:

—¡Alfonso! ¡Júrame que tú no me harás sufrir!

Durán, que se vió sorprendido en sus pensamientos, quedó anonadado y preguntó a Concha con cierto sobresalto.

La novia entonces le habló con entera claridad. En el pueblo se tenía de él un concepto desfavora-

ble. Se le pintaba como un holgazán que había arruinado su patrimonio. Todos creían que él no haría nada, que no sería nunca nada, que todos los elementos de la vida puestos en sus manos se derrocharían en el desbordamiento de malos hábitos adquiridos. ¡Hasta en sus mismas relaciones amorosas le suponían móviles interesados, y de aquí nacían la animosidad de Isabel y la incipiente desconfianza de su padre que andaba murrio y decaído!

Durán entonces se acogió, como siempre, a su fatuidad.

—¿Pues sabes lo que yo digo, Concha? ¡Que una sospecha siquiera no es digna de mí!

Y seguidamente se alejó de la puerta con el aire de un dios invulnerable a quien se hubiese ofendido.

Pensó al principio que había cometido una torpeza con haber dejado el periódico para venirse al pueblo. ¡Oh la vida pobre, miserable y cominera de los pueblos! Creyó que siempre, aun con respecto a Concha, había de luchar en Villaluz contra la falta de compresión. En el pueblo no hallaba más que almas herméticas o pequeñitas, almas apocadas y rutinarias. ¿Qué concepto tendrían estas señoritas de pueblo del sentido amplio de la vida? ¡Almas a quienes se enseñaba sólo a rezar, a leer y a escribir sin ortografía y a comentar alrededor de las camillas las menudencias del común vecinal: el vestido de Fulanita, la misa cantada de don Marcos, la enfermedad de doña Dolores, minucias, bagatelas, co-

mentarios, hablillas, bajo el ritmo metódico de un vivir monótono y apocado! No comprendían la vida que no discurriese por estos cauces de la vulgaridad, y así carecían de ese sentido amplio y superior para mirar a otros espíritus, sin preocupaciones y sin prejuicios. Concebían así el amor profundamente ligado a un problema económico y casero. El ideal tomaba la forma del hombre corriente que asegurase el cocido, el abrigo de invierno y la matanza para todo el año. Una vida así, sin emociones, sin ruidos, sin estridencias, ni deseos de aspirar... ¡La esclavitud!—pensó Durán—, ¡la esclavitud ancestral de la clase media, siempre atormentada por la necesidad del ahorro, que había llegado a hacer de su propia miseria una ejecutoria ideal! ¡Había hecho bien él en expresar a Concha la repugnancia que le producía que se le creyese siquiera capaz de empequeñecerse, amoldando su vida a los métodos aldeanos!

Pero, a pesar de esto, no se halló satisfecho. ¿Qué era él, después de todo, para tener tanta soberbia? Al fin y al cabo pensó que en esos caminos que él llamaba trillados, la vida tenía cierto sentido ingenuo, pero noble y heroico. ¿Qué había de ser en realidad la vida? ¿Era la vida superior, la vida excelsa, la que él hacía? Como en un libro abierto, leía ahora en el fondo de su conciencia y se sintió empequeñecido. ¡Allí estaba la marca, la marca que decía Pepe Corcho, pero no como una injuria de la incomprensión ajena, sino como un sello que hubiese

puesto la propia indignidad! ¡El, el intelectual, el que alardeaba de gustos refinados, se encontraba insípido y anodino! A él, como a los señoritos que fustigaba don Guillermo, le envolvía una ola de densa vulgaridad. Y en esta vulgaridad estaba malogrando sus ideas y sus aptitudes, lo que debía ser noble actividad laboriosa y fecunda. ¡Qué ridículos le resultaron entonces sus gestos gallardos, sus pruritos de hombre superior, sus arrogancias ante los conceptos ajenos! ¡Su orgullo! Y ¿a qué venía este orgullo? ¿Qué era al fin y al cabo su orgullo? Comprendió que casi siempre el orgullo no es más que la máscara de la hipocresía. En realidad él era un hipócrita con vanidad de dignidades...

Y de repente, del fondo del alma, nacióle a Durán un deseo vivo y fragante de ennoblecer su vida, haciéndose puro.

VI

Como siempre que Durán experimentaba una contrariedad, le poseyó una ardorosa comezón de poner orden y economía en su vida. Espíritu nervioso, pero a la vez indolente, necesitaba sentir este acicate del amor propio para adquirir bríos y decisiones.

Se aplicaba ahora con ímpetu a la ejecución de numerosos proyectos, y hallaba en estas actividades un hondo placer que estimulaba más aún la fiebre de trabajo que le invadía. Madrugaba mucho, y al calor de la chimenea de su despacho discurría sobre las dos empresas literarias que traía entre manos: el poema, nunca acabado, y la novela recién planeada. Hallaba gratas estas horas de meditación en la vaga penumbra de la estancia, en cuyas paredes oscilaba el temblor dorado de las llamas, iluminando con vivos reflejos los raros dibujos de las porcelanas. Después, cuando con la iniciación del día recogíanse en los rincones las sombras, abría de par en par la ventana y contemplaba el aspecto del patio, blanquecino y humoso con los vapores del rocío. Respiraba a plenos pulmones la fresca fragancia matinal y saturábase de luz, de aire y de silencio.

Trazaba entonces con los dedos en el paño de los cristales el nombre de Concha, y ésta era la señal para empezar sus trabajos.

Pero era en ellos desordenado. Queriendo realizar todo a la vez, comenzaba a producir estrofas, y de pronto dejaba los versos para escribir un capítulo de la novela, o bien interrumpía ésta para volver sobre el poema, y acabar al fin por no adelantar gran cosa en ninguno de sus intentos.

Al principio esta indisciplina de sus facultades no influyó nada en la prosecución de las tareas. No iba ahora al casino. Por las tardes paseaba en la soledad de los campos, donde el aire, poblado ya de un tenue aroma de fecundidad, iniciaba el barrunto de la primavera. Tomaba Durán las lindes de las hojas, entre habares en flor e inmensas hazas de trigo. Llegaba a veces hasta las dehesas, revestidas ya de pompa precoz. Subía a las montañas y desde allí contemplaba el panorama de la mies y el pueblo lejano, que con sus tejados rojos, iluminados por el sol, parecía dormir en una quietud de égloga, de santa y serena paz.

Notaba Durán en estos paseos que el campo hacía sencillos y apacibles sus sentimientos, y que sus ideas brotaban con cierto perfume de bondad. Casi se hallaba entonces feliz, sin inquietudes ni deseos, tal como si el alma se fundiera en la serenidad del cielo y en la transparencia del aire. Volvía así a su casa, tonificado con ese reposo interior, que es el equilibrio de la firme salud.

Con estas impresiones que traía continuaba al anochecer los capítulos de su novela, pero ocurría con frecuencia que una idea súbita, una imagen poética, una frase sonora, le recordaban el poema e interrumpía entonces el trabajo por donde empezó, para preferir los versos, y cuando, por no satisfacerse con ellos, volvía a la novela, ya las sensaciones de campo, de cielo y de humana vida se le habían evaporado, o las encontraba por lo menos débiles y borrosas...

Este mismo desorden de su actividad trájole a la postre cierto cansancio. Como viese que no adelantaba gran cosa, pasados algunos días, la misma fatiga comenzó a poner tedio y laxitud en sus tareas. Acabó al fin por aburrirse, y para justificar su inercia intelectual dióse a pensar y creer que más que la realización de sus proyectos literarios le urgía el cuidado de otros asuntos.

Eran éstos de orden económico, y que ahora de súbito empezaron a preocuparle. Echando cuentas, vió que no había sido previsor, y que los recursos que había traído a Villaluz estaban casi agotados. Las hipotecas seguían pesando sobre las fincas, las pobres tierras, esquilmadas por las continuas cosechas y la usura. ¡Y cómo andaba la hacienda! Se le pasaban los meses sin vigilarla, dejando a cuidados extraños la administración y desarrollo de los negocios. La pequeña granjería, cada vez más en decadencia, apenas sufragaba los gastos del arrendamiento de la dehesa, de los pastores y de los piensos que exigían los malos otoños.

Miró el porvenir Durán y se sintió descorazonado. Había que pagar en agosto vencimientos de intereses, y prometían un año malo los míseros labrantines del terruño. ¡Podía él, en cambio, haber hecho tanto! ¡Lástima de dinero, malgastado en bagatelas, en frivolidades, en la vida pródiga del casino, donde había malogrado su bienestar y su tranquilidad!

¡Y lo peor era que aquello no tenía remedio! Entráronle por esto unas zozobras tan grandes y tal afán de cálculos, que en verificarlos consumía largas horas. Con el ímpetu de su carácter, quiso aplicarse entonces por entero al cuidado de sus intereses, y pensó disciplinar su voluntad, su esfuerzo y su deber para conseguirlo. Así comenzó por madrugar con el gañán, con poner atención a las labores que hacían, con abrir libretas a los pastores para tomarles cuentas, cosa que hasta entonces no había hecho.

Su madre y su hermana veían con satisfacción esta repentina diligencia del poeta, aunque dudaban mucho de la duración de sus propósitos, dado su carácter y su modo de ser, tan señorito, como decía Marina.

Así sucedió. La sobreexcitación de negocios acabó también por convertirse en fatiga y languidez, hasta llegar a ese estado abúlico de no querer preocuparse de nada, de dejar sosegado el pensamiento, confiando al azar el éxito de los cálculos.

El aburrimiento le hizo volver al casino. Al principio con intención de dignificar con su conducta lo

pasado; pero al fin cayó en las culpas que él mismo se reprendía, venciendo con harta frecuencia la moderación de sus propósitos y sintiendo luego en el alma el escozor del remordimiento, y como un contraste el vano prurito de considerarse invulnerable y único.

Por lo demás notaba que en la tertulia del Santo Sepulcro había para él comentarios y reticencias cada día menos velados. Pepe Corcho tomábale algunas veces como blanco de sus crudezas, y los genízaros le daban bromas de poco gusto. Desquitábase él, haciendo gala de su ingenio y de los sentimientos hostiles que para casi todos guardaba por esto mismo.

Con el que mejor convivía era con don Pablito, que cada día aumentaba sus diatribas contra los nada prósperos sucesos que desde no hacía mucho tiempo acaecían en el pueblo. Ligábalos don Pablito a prenotandos de la política, y de ella los hacía derivar como consecuencia lógica y necesaria.

Traían estos sucesos soliviantadas a las gentes. Los ricos, acostumbrados desde tiempo inmemorial a la vida muelle y biendichosa de una paz patriarcal, veían con espanto cómo los campesinos empezaban a organizarse frente a ellos. Diariamente había un conflicto. Hoy era el paro forzoso, mañana el aumento de jornal, al otro día la manifestación agresiva, al otro el mítin revolucionario contra la carestía de las subsistencias.

Actualmente era la huelga planteada por los pas-

tores. La amenaza de dejar abandonados los rebaños, si no se accedía a las peticiones hechas por sus custodios, había traído tal desasosiego a los granjeros, que con caras largas y temerosas calculaban las consecuencias gravísimas que un suceso de tal índole pudiera acarrearlos. No se hablaba en el casino de otra cosa. Los campesinos habían hecho causa común con los ganaderos, y capitaneados por Perlín, habian ido de majada en majada animándolos a la resistencia.

La cosa era seria. Se daba importancia sobre todo al hecho de no respetar estos grupos a la Guardia civil que les salió al paso. Preocupados todos, auguraban tristes presagios para el porvenir. Luego, los mismos propietarios, tal vez para dar la impresión optimista a los demás, se esforzaban en demostrar que no ocurriría nada, cosa a que asentía siempre don Amadeo. Pero volvían los comentarios, y al fin la sinceridad se derramaba en frases de ira y desesperación. Unos culpaban de demasiado blanda a la fuerza pública que no hizo una sarracina, otros culpaban al gobernador de la provincia, que no había concentrado más Guardia civil, con lo que hubiera bastado para infundir respetos, y todos convenían en que la cosa era muy grave, que los tiempos se iban poniendo imposibles y que era necesaria una política de mucho palo y mucha autoridad para no dejarse echar encima a la patulea.

Todos se quejaban de lo mismo, de blandura y cobardía por parte de los Poderes públicos. ¡Como

que de seguir la cosa así, dijo don Amadeo, que no tenía cuenta poseer ovejas! ¡Casi sería mejor entregárselas a los pastores para que ellos las disfrutasen!

Don Pablito se levantó de la caja del brasero y fué a colocarse delante de don Amadeo.

—¿Y qué les dais?—preguntó—, ¿qué les dais a los pastores?

—¡Un dinerall—dijo Pepe Corcho ponderando—. Según éstos, una oveja no les renta a ellos más que cuatro o cinco pesetas: pongamos cinco, pongamos diez. Les libran, si son mayorales, veinte ovejas; si son zagales, diez y seis. Y suponiendo que rentan lo mismo las ovejas, tenemos de la piara cuarenta duros. Siete fanegas de trigo a cuatro duros, veintiocho, que con cuarenta de antes, son sesenta y ocho. Y aceite y pan y vinagre. Es decir, que un pastor no puede comer más que migas o gazpacho y queso del día que le dan de aprisco. Y con una peseta escasa entre soldada y piara, o aunque sean dos, tienen que mantener al resto de la familia. ¡Yo me hago cruces! ¿Cómo vivirán esos campesinos?, me pregunto.

Don Pablito asintió esta vez y echó cuentas. Un pan rubio valía cincuenta céntimos, un pan blanco, sesenta. Calculaba él un matrimonio con sólo dos hijos. Tres panes rubios, 1,50; una medida de aceite, veinte céntimos; una libra de patatas, veinte céntimos; ganaba un jornalero dos pesetas, y sólo en pan, aceite y patatas, gastaba 1,90. Quedaban diez céntimos. ¿Y calzado, y ropas, y luz, y lumbre, y

jabón, y tantas otras cosas necesarias? ¿Y el día que no se ganaba el jornal? ¿Pero cómo vivía esta gente?

Diego el Completo, un labrador acomodado, dió una palmada en el hombro de don Amadeo:

—Diga usted, don Amadeo, usted que dice que es tan cristiano y reza tanto. ¿Cuando se acuesta usted por la noche satisfecho y con tanto de sobra y con su despensa llena de jamones y de cosas buenas, duerme usted tranquilo pensando que hay muchos hombres que medio año no comen más que pan y aceite y el otro medio año ayunan, porque no tienen jornal?

Don Amadeo dió un resoplido y levantóse del sillón. —¡Vete a los demonios!—dijo al Completo.

¡Ni que él tuviese la culpa de los males del pueblo que eran generales en todos los pueblos, ni él fuese el causante de los paros forzosos! La culpa era de los gobiernos a quienes incumbían estos problemas y que no se preocupaban de nada. ¡Que hiciesen carreteras y obras públicas donde colocar a la gente! ¡Menuda carga tenían los propietarios encima! Ellos al quite de todo. A ellos los repartos de obreros, a ellos las socaliñas para cualquier necesidad. La petición del cura, la limosna al emigrante, el chocolate a la parturienta. ¿Sabía nadie lo que se iba en estas cosas?

—Y lo principal que te dejas—añadió Pepe Corcho—. Los céntimos de los sábados. Cincuenta y dos semanas a cien perras chicas para cada dos po-

bres una, son al año cincuenta y dos duros. Cincuenta y dos soles que en papel del Estado al tipo de cotización son, aproximadamente, quinientas pesetas. Quinientas pesetas que al cuatro por ciento son quinientas veinte. Quinientas veinte que dejando la renta y a un interés compuesto en veinte años son un capital. ¡Un capital que podía emplearse en comprar otra dehesa y que sin duda no has comprado ya por causa de esos pobres!

Don Amadeo tuvo que forzar la sonrisa:

—Si te parece poco, abierto tienes el camino.

—¿Para qué? ¿Para dar limosnas? Renuncio al honor de que me tengan que agradecer esas esplendideces. Además, me parece que ha sido a ti a quien he oído que la limosna fomenta la holgazanería. Esos pordioseros piden luego por gusto. Pero sobre todo la limosna, ¿para qué? ¿Para qué tomarse el trabajo de darlo poco a poco, con tanto fastidio y tanto mareo, cuando podía hacerse de un modo mucho más rápido? Todos los pobres se acababan el día que se dijera: ¡cada pan con su trabajo y cada peseta con su dueño!...

¡Era para matar a Pepe Corcho! Don Amadeo soltó un taco y vió que los genízaros se debatían con don Pablito acerca de la acción que en el malestar de los pueblos debían ejercer los gobiernos. El abogado decía que había que empezar por abajo, por los cimientos, para edificar sobre seguro. La guardia caía sobre él con una algarabía de gallinero.

Movió la cabeza el político, animando a sus huestes y don Pablito se revolvió contra él.

—¿Pero qué son los gobiernos, hijo? ¿Quién apoya a esos gobiernos? Pues los que dan desde abajo el empujón con que se mueve el engranaje de arriba. Lo que es Zutanito aquí, pongo por caso —él no citaba nombre—, es en Madrid el presidente del Consejo de ministros. Zutanito no se preocupa aquí mas que de una cosa: de seguir mandando contra viento y marea para que los conservadores no entren en el Ayuntamiento. El presidente no se preocupa en Madrid más que de lo mismo: de que no se sienten en el banco azul. Y los gobernadores, los subsecretarios, las mayorias encasilladas le dicen al presidente que lo hace muy bien. Lo mismo que hacen aquí con Zutanito—y no hago alusiones—el secretario del Ayuntamiento, el empleado de consumos, el municipal y el escribiente... Yo no sé si lo creerán así, pero lo dicen. Lo que si sé es que el presidente y Zutanito, a fuerza de oírlo, acaso llegan a creérselo, y en vez de retirarse a hacer penitencia, que es lo menos que debían hacer, siguen erre que erre sacrificándose por el prójimo...

Don Amadeo acarició su barba y no contestó. Mezclóse con los genízaros que, engrandecidos con la atención que venía a prestarles el prohombre, le hacían míl preguntas y observaciones para demostrar que hacían mal los que defendían a los revoltosos.

—Por lo que toca a los pastores—sentenció don

Amadeo—, la cosa puede arreglarse. ¡Qué le vamos a hacer! No es cosa de por peseta más o menos dejar sin comer a tantos padres de familia...

Eructó como para dar a estas generosidades mayor solemnidad.

—Pero en lo que respecta a los campesinos—añadió—yo no le veo solución. El fondo del problema está en que Villaluz tiene más personal del que buenamente puede sostener. Es una población que debiera tener cinco mil habitantes y tiene quince mil. Y claro, no hay solución.

—¿Que no hay solución? ¡Y muy sencilla! Para que los cinco mil que no necesitan de vosotros puedan vivir a gusto, se matan los otros diez mil que sobran. ¡Imbéciles! ¿Por qué no se suicidarán ellos? Vamos a ver, ¿qué gusto le sacan a una vida perra y arrastrada, cuando se podían morir con la satisfacción de veros contentos, gordos y lucidos?

Era Pepe Corcho. En un rincón, con la botella de coñac delante, iniciaba aquella grosera y regocijada verbosidad de la embriaguez, a que habitualmente se entregaba a aquellas horas.

Don Amadeo se volvió, esta vez indulgente y en tono amistoso:

—Déjate de bromas y discute una vez en serio. Quiero decir que la solución que ellos piden no hay posibilidad de ponerla en práctica. Ocurre, además, que estos diez mil obreros de Villaluz no saben trabajar más que en el campo y no hay campo para todos...

—¡Que sí, hombre, que tienes razón! Cuando yo me pregunto quién tiene la culpa de que esos obreros no sepan trabajar mas que en las faenas del campo, el sentido común me dice que ellos, y sólo ellos. Ellos tienen la culpa de haber nacido en un pueblo donde la inmensa mayoría del término son dehesas. Ellos tienen la culpa de que estas dehesas no se labren y que el dinero que rentan estas dehesas no se emplee en otras cosas que en comprar nuevas dehesas, donde entrar un arado es como arrancar una muela al propietario. Ellos tienen la culpa de que en el pueblo no haya una fábrica, pudiendo haber tantas, de que exportéis lanas en bruto, teniendo tanta agua; de que exportéis las pieles para traer curtidos, de que vendáis las grasas para comprar jabón. Y esta gente que cuando se la ha empleado no ha hecho otra cosa que hacer toriles en las dehesas, esquilar ovejas, coger aceituna, sembrar y segar, tiene la culpa de no haber aprendido otra cosa. Se me ocurre que alguno de ellos ha debido aprender el chino, en previsión de que puedan ocuparle en dar lecciones a domicilio y no roerse los codos de hambre. ¡Vaya una ocurrencia no saber más que el arache caracha! ¿No comprenden ellos mismos que así sobran brazos y bajan los jornales? Ellos piden tierra. Los que tienen tierra ni la labran, ni la dan para que otros la labren. ¡Pues que se fastidien! ¡Ay saboyano! Debieravenir una especie de ángel exterminador, como aquel que cayó a los egipcíos, que hiciese una señal en vuestras puertas,

como a las de los hebreos, para respetarlas, y en una mañana todos esos campesinos amanecieran decapitados. ¡Qué a gusto entonces!, ¿verdad? Con vuestras ovejitas, con vuestros graneros, con vuestro papel del Estado. ¿Eh? ¿Te gusta el programa o no te gusta?

Don Amadeo le mandó a la porra, con aplauso del juez municipal, que descompuso con una mueca solemne la impasibilidad majestuosa de su rostro. Extendió las dos manos protectoras y sentenciosas: ¡con Pepe Corcho no se podía discutir en serio! ¡A él le podían ir los campesinos con sus exigencias!

—¿Pero tú crees que la razón y el sentido común todos los escalfan como tú en algunas de tus sentencias? ¡Y a lo menos creerás tú que las ideas se escachiporran!

—¿Que no se escachiporran? ¡Que hubiera venido más Guardia civil a ver si esos grupos iban como han ido a las majadas!

—¡Pues claro que hubieran ido! ¡Y lo peor es que acaso la Guardia civil fuera delante de ellos para darles más fuerza! ¡Y, además, eso es lo que faltaba, que encima les apalearan!

—¡No se hacía nada de más!

—¡Vamos, tú los degollarías!

—¡A algunos, sí! Los haría entrar en vereda. ¡Pues qué he de hacer sino cumplir con los deberes de mi autoridad!

Pepe Corcho se levantó como tocado por un resorte.

—¡Chiquillo! ¿Qué has dicho? ¿Tu autoridad? ¡Aquí—añadió, señalando a don Amadeo—no hay más que el dios del Olimpo! ¡Vosotros sois unos simples parias que vais haciendo la rueda al pavo real!

Ahuecó la voz y abultó el vientre imitando la figura y por un momento se vió al juez municipal teñirse de un livor tan siniestro y agresivo, que todos temieron un escándalo.

Recomendó calma don Amadeo, y por primera vez en toda la tarde se acercó a Durán. Escuchaba éste la discusión como distraído. Se aburría. Por el pensamiento del poeta vagaba la consideración de la esterilidad de aquellas disputas. ¿A qué discutir tanto, si de las polémicas no brotaba el deseo íntimo de hacer noble y fecunda la verdad? ¿Es que en aquellas discusiones querían los hombres hacer luz para reformar su vida y hacerse buenos? ¡Palabras, nada más que palabras y un prurito en todos de justificar los propios actos!

—Vamos a ver—dijo adulador don Amadeo a Durán—, usted que es hombre de buen criterio, va a darme su parecer sobre mis opiniones...

Y explicó a Durán éstas. En el fondo había algo de verdad en lo que decía Pepe Corcho, pero la causa principal de todo, la idea madre, la génesis, era la mala educación del pueblo. Todo se arreglaría si inculcasen a los campesinos buenas ideas.

Durán se encogió de hombros, como significando uaa duda, y el político se sorprendió:

—¿Pero usted no lo cree así?

—Yo—repuso Durán—soy pesimista. Había que aclarar primero qué ideas son las buenas. Pero así y todo, los hombres hacen lo que quieren de sus ideas: o no se acuerdan de ellas, o las amoldan a una cómoda interpretación. En España hay un problema de gobierno y los que gobiernan dicen que tienen buenas ideas. En los pueblos hay un problema de administración y los que administran también tienen buenas ideas. Como ve usted, el problema es de voluntad, de querer hacer, de comprender con sinceridad el sentido del bien...

Don Amadeo dudó a su vez. Esas razones eran altas metafísicas especulativas, vaguedades y recetas que servían para todo. El iba a lo que se tocaba, a lo que diera resultados prácticos e inmediatos para sostener el equilibrio social. Porque no era ya la cuestión de jornales, ni de huelgas, ni de peseta más o menos, era que ya se quería subvertir todo el principio de autoridad, el respeto a las leyes y el sostenimiento del orden...

—¿Pero qué es el orden?—replicó Durán—. Porque usted no sale de un círculo vicioso. Había que aclarar también antes qué es eso del orden. Mire usted un ejemplo vivo: Va usted a un pueblo y pregunta: —¿Quién es el jefe de este pueblo? —¡Don Fulano! —¿Y qué ha hecho don Fulano para ser el jefe? ¿Se distingue por su talento? ¿Brilla por su virtud? ¿Ha hecho alguna hazaña heroica? —¡Ah, no, señor! —Pero entonces, ¿qué ha hecho don Fu-

lano? —¡Nada! —¿Pero en el pueblo no hay personas más capacitadas que don Fulano? —Sí, señor, pero don Fulano tiene mucho dinero y mucha gente a su servicio y nadie puede con don Fulano. —Bueno, y don Fulano, al mandar, ¿se ha propuesto un fin generoso? ¿Ha ido con el fin de desvelarse y sacrificarse? ¿De tomar sobre sí la carga abrumadora de trabajos, de deberes y de responsabilidades? —¡Ca, no, señor!, don Fulano al querer mandar, no lleva otros fines que satisfacer una vanidad y hacer invulnerables sus intereses. —¿Y cómo gobierna don Fulano? —Nombra un alcalde que es un testaferro y él manda desde la barrera. El interviene en la justicia, en los empleos, en las elecciones, en los repartos. Las funciones públicas son menesteres subalternos de su voluntad. El es el amo, en una palabra. Por lo demás, don Fulano ni mata a nadie, ni roba a nadie, lo más que hace es ocultar al Estado dos mil fanegas de tierra y amillarar cien ovejas de las cien mil que tiene. Pues bien, don Amadeo, si a ese don Fulano le pregunta usted qué es el orden, dirá que el seguir así, sin que nadie turbe su hegemonía. Pues eche usted ahora una ojeada y verá que, salvo rarísimas excepciones, en cada pueblo de España tenemos el mismo caso. A eso llaman mantener el orden. Y yo le pregunto a usted ahora: ¿Es esto el orden? ¿Vale la pena sostener esto? Porque yo no sé qué bolcheviquismo es peor, si el que está organizado desde arriba, o el que se levanta y protesta desde abajo.

Don Amadeo volvió a acariciar su barba, desilusionado.

—¡Caramba!—dijo—. ¡No creí que fuese usted tan demoledor!

Durán hizo un gesto de indiferencia y salió del casino.

Desde aquel día, observó el poeta que don Amadeo, siempre que podía, le hurtaba el cortés saludo.

VII

Con la cabeza entre las manos, los codos sobre la mesa, triste, silencioso, exangüe y como aplastado por un peso insoportable, Durán meditaba sobre la honda, la terrible humillación que había evitado a tiempo la carta de Concha.

Al fin se levantó tambaleándose y, ansioso de respirar, abrió la ventana del patio. El cielo de la noche daba una sensación fría, con un color fulvo, de acero, donde parpadeaban algunas estrellas con un fulgor mortecino. Corría un aire suave, pero de nieve, que estremecía las copas de los naranjos. Recortada en el cuadro de luz que emergía del despacho, se dibujaba en el piso del patio la sombra de Durán con formas negras y extrañas. Tocaba los troncos de los árboles donde semejaba recostarse y se encogía y alargaba con las oscilaciones de la lámpara eléctrica que la fresca ventolina balanceaba sobre la mesa...

Sonrió ferozmente... La propia dignidad, herida en lo que más dolía, golpeaba con ímpetu su corazón, levantándole soberbias arrogancias. Por un momento paladeó su propia derrota con un gesto de cruel vanidad.

—¡Está bien!—exclamó mentalmente.

Se sentía ahora, de pronto, como más fuerte y remozado.

—¡Yo soy, yo!—volvió a exclamar en un arranque de íntimo orgullo.

Y se dió a imaginar cuál había de ser su conducta en el porvenir. Porque él, en su actitud de héroe incomprendido, no admitía para lo sucesivo otra manera de comportarse que el ejercicio de una altiva indiferencia y el piadoso desdén que su superioridad pusiese sobre las pequeñeces ajenas. ¡Libre ahora en realidad! ¡A seguir su ruta excelsa de elegido y predestinado!...

Pero en seguida le invadió otra vez una ola de desaliento.

¿Y todo eso con qué fin? ¿Cuál había de ser el término de sus anhelos y el estímulo de sus aspiraciones? Esa libertad significaba la pérdida de Concha, y el recuerdo de Concha tenía ahora para él una dulzura nostálgica, atrayente e irresistible. Sentía su alma totalmente empapada del amor de esta mujer y ni, aun como cosa posible, podía imaginar en el rumbo de su vida futura un olvido manso y silencioso... Todo le hablaría de ella: los días de sol, las noches invernales, los lugares románticos del pueblo, los dulces caminos solitarios que había recorrido tantas veces con ella. ¡Cómo había de recordar el eco querido! ¡Cómo había de echar de menos el concierto de su propia vida en la atonía estéril de su nueva infelicidad! ¡Paz, música,

canciones, alegría fecunda del amor, ¿habría nada de esto sin Concha?

Algo así como un aire que se colaba de pronto en el despacho le hizo volver la cabeza rápidamente.

Perlín, encorvado delante de él, sonreía en silencio, mirándole con cierta lástima.

—¡Bien podías avisar!—exclamó Durán con agrio mal humor.

—¿Te has asustado?—preguntó Perlín—. ¡No tendrías nunca miedo si estuvieses a bien con tu propia conciencia! ¡Alfonso, ha llegado tu hora! ¡Resucita!

—¿Pero qué dices?

—Lo sé todo—continuó Perlín—. Es público ya que el padre de Concha ha dado por terminadas tus relaciones. Yo vengo a felicitarte por ello.

Durán, lleno de ira, miró a Perlín amenazador.

—Serénate—le recomendó el estudiante—. Concha no te convenía a ti. Tú no eres tampoco para ninguna mujer. Los sucesos se han encadenado para que quedes libre y seas puro, siguiendo tu vocación. ¡Véngate!

—¡Véngate! ¡Sé puro! ¡Tu vocación! ¿Pero te quieres explicar de una vez?

Perlín cogió de la mano a Durán y por la ventana abierta le llevó al patio con aire sigiloso.

—¿Ves esta tierra?—le dijo—. ¡Ella ha de ser tu prometida! ¡Sagrada es y es madre! ¿No la sientes? ¡Habla y se queja! —Y Perlín se arrodilló, besando

el suelo con efusión—. ¡Tierra bendita, madre triste, yo sí que entiendo el dolor de tus entrañas!

Por sus ojos corrían abundantes lágrimas y sonaba su voz cavernosa, llena de temblores. Durán no sabía qué pensar de esta rara ideología de Perlín que, sin comprenderla, le impresionaba muy hondamente.

—¡Pero tú, triste madre!...

No terminó la frase el estudiante, porque un golpe de tos, que le hinchó el rostro, ahogó de pronto sus palabras. Jadeante y extenuado, Perlín se llevó las manos a la frente.

—¡Vamos dentro!—exclamó, viéndole así Durán—. ¿No tienes frío?

—¡Yo siempre tengo frío!—respondió, fúnebre, Perlín—. Lo sé también y hace tiempo que lo presentía. ¡La muerte me ronda! ¿Pero qué más da?

Sus ojos azules, mientras decía esto y entraba en el despacho, se empañaron con un velo sombrío.

Durán pensó:

—¡Sientes el pavor del más allá!

—No lo niego—contestó, adivinándolo, Perlín—. Y no sé explicarte lo que siento. ¡Pensar que no sé dónde he de hundirme y que aquí, en el mundo, ha de seguir todo igual! ¡Que vendrán los días buenos, llenos de sol y estarán los campos floridos y se divertirán las gentes, mientras yo esté pudriéndome¡ Y cuando pienso esto, ¿lo oyes?, todo me importa nada, nada me interesa y a todo tengo rencor...

—¡Pobre!—volvió a pensar Durán.

—¿Pero qué más da, al fin y al cabo, hoy que mañana?—reanudó Perlín—. ¡Tú también has de morir, Alfonso! Es el consuelo que queda: saber con certeza que más tarde o más temprano todos habéis de hacerme compañía en el silencio. Después de todo, ¿qué es mejor: morir o vivir? ¡La muerte guarda el secreto de la felicidad!

—¿Pero y después?

—¡Después! ¿Crees tú que después?...

La duda y el misterio se posaron en los ojos de los dos jóvenes.

—Escucha—dijo Durán—: Yo creo que si todo el dolor de la Humanidad es estéril es un crimen que nos hagan nacer. ¡Luchar tanto, sufrir tanto, afanarse tanto para tener delante sólo interrogaciones! ¡Anhelar tantas bellas cosas para saber que nunca jamás las alcanzaremos y que todo el estímulo de la vida no tiene por delante más que la certeza de la enfermedad y el dolor y como respuesta última una negación o un enigma! Es horrible, ¿verdad? He ahí una razón que lleva mis pensamientos hacia la cruz...

La conversación tomaba un giro demasiado serio. Perlín, encogiéndose de hombros y como despreocupándose, preguntó a Durán:

—¿Te decides por fin?

—¿Pero a qué?

—¡A venirte conmigo! ¡A ser puro! ¡A resucitar esta tierra nuestra!

—Y dime: si todo es así como tú dices, ¿para qué esa lucha? ¿Qué me importa a mí todo sino yo mismo? ¿Para qué esa pureza? ¿Qué adelanto con aumentar mis sufrimientos, mis contrariedades y mis fatigas? Si todo acaba como tú crees, ni tú, ni tu pureza ni todos tus campesinos me importan nada. ¡Todos estáis fuera de mí!

Perlín apoyó sus manos en los hombros de Durán.

—Atiende—le dijo—. ¿Has penetrado alguna vez dentro de ti mismo? ¿No has notado que esa vida tuya te la niegan otros? ¿Qué debes tú a esta sociedad sino dolores, incomprensiones e injurias? Tú habrás pensado muchas veces en tu corazón que tienes condiciones para ser lo que son otros. ¿Por qué no lo eres? ¿No te ha avergonzado alguna vez la inferioridad en que te colocan respecto a otros que valen mucho menos tú? Pues bien; yo te digo ahora: ¿qué te importa a ti todo eso que, no sólo no está contigo, sino que está contra t i? Si vives por ti sólo, ¡lucha y rebélate!

Durán sonrió escéptico, sin comprender claramente el alcance de las palabras de su amigo. Este volvió a adoptar el tono sigiloso con que antes le llevó al patio, y con los ojos iluminados le explicó:

—Dime, Alfonso: aunque todo esto se destruya, ¿qué se pierde? ¿Pierdes tu paz, tu espíritu y tu perfección? ¿Se pierde la justicia? ¿Se pierde algún bien positivo? ¡No se pierden más que los privile-

gios absurdos de una casta! Se pierden sólo las aberraciones que ha creado en el mundo la ley del dinero. El dinero de ellos está contra ti. Su dinero es el que te sale al paso en todas tus aspiraciones. Te hace inferior, te incapacita, te humilla, te vilipendia. ¿Por qué defiendes tú entonces esa ley del dinero? Ese dínero, ¿va a ser para ti? ¿Hacen ellos acaso buen uso de él? ¿No has visto que son ellos los que te odian, los que te calumnian, los que por todos los medios procuran anularte para que no seas como ellos? ¡Odialos, Alfonso! El odio siquiera hará que te respeten y que te teman. ¡Paga en la misma moneda! ¡Ellos sí que saben vivir! ¡Como lobos rabiosos defienden ellos sus preeminencias. sus privilegios, sus prerrogativas de ricos! ¡Como a lobo rabioso hay que acorralar al dinero en sus cubiles con el mismo odio! ¡Tierra querida, ya que el odio de los ricos te hizo maldita, que sea el odio de los tristes lo que te purifique!

Se sintieron pasos y Perlín calló, mirando a la puerta con recelo. Marina apareció, trayendo con su presencia un aroma de alegría y de juventud.

—¿Cómo tenéis esa ventana abierta con el frío que hace? Veníos allí, a la sala, y cenaremos ya. Perlín es de confianza.

Su voz cristalina templó la tensión nerviosa de los dos jóvenes, que la siguieron en silencio por el cuerpo de casa. Perlín atendía con interés a los movimientos de Marina, que hizo resbalar la camilla y extendió el mantel. El ruido de platos, el

tintineo de copas, y de cucharas parecían ahuyentar el eco de las anteriores estridencias del estudiante y dejar en su ánimo una grata sensación de tranquilidad familiar. Admiraba Perlín el busto erguido y arrogante de la joven, sus formas llenas de gracia y la rara sencillez con que iba vistiendo la mesa. Sobre el limpio mantel se desvaían los tonos granates del vino y el color, ligeramente azulado, del agua fina y transparente.

—¿Quieres cenar con nosotros, Perlín?—preguntó Marina.

El rostro, anteriormente demudado del estudiante, serenóse con una sonrisa de gratitud y en sus ojos azules vagó una expresión de leve dulzura.

Repentinamente, sin embargo, volvió a arrugar el ceño, dió un suspiro y se despidió.

Lo comprendió Durán:

—He ahí—se dijo—un hombre que odia todo y que, sin embargo, amaría a Marina.

Pensó que nunca podría sacar nada en claro de lo que hablaba con él. En realidad, ¿cuáles eran las ideas de Perlín? ¿Qué quería con aquellas exaltaciones súbitas y aquellos sentimientos terribles, tan llenos de pasión y de sinceridad? No obstante notaba Durán que aquella incoherente y extraña ideología de su amigo le producía siempre una viva inquietud.

—Está cada vez peor, ¿no es verdad?—preguntó Marina, coincidiendo con el pensamiento sobre Perlín.

Durán asintió con la cabeza y se sintió abrumado de cierta pena.

—¿Y por qué tendrá siempre ese humor tan raro? —continuó Marina—. Dicen que es anarquista y que siempre está predicando contra los ricos.

—¡Todo cuanto haga acaso sea poco!—replicó Durán.

—¿Pero tú también eres de esos? ¿Por qué te parece bien lo que él hace?

Durán se extrañó de sí mismo más que de las preguntas de su hermana... Se le ocurrió preguntar:

—¿Cómo debemos pagar el mal que nos hacen?

—¡Con bien!—respondió Marina.

Durán dudó:

—¿Y si el bien sirve para doblar nuestro mal?

Marina sonrió indecisa:

—¡Se paga con doble bien!

Su hermano movió la cabeza:

—¿Y dónde está el bien? ¿Qué es el bien? ¿Está en nosotros mismos? Tiene razón entonces Perlín cuando dice que hay que destruir todo para vivir nuestra propia vida, que se ve impedida por los demás. ¿Está el bien en los demás? Yo te pregunto entonces: ¿qué hay que hacer para encontrar ese bien? Yo no lo he conocido nunca: ni cuando fuí bueno, ni cuando fuí malo. Yo no he hallado en el mundo mas que dos cosas buenas: madre y tú...

—¿Y Concha, no?—preguntó de repente Marina.

¡Concha! Se le iluminó de pronto el alma a Durán y una tristeza inmensa le subió a los ojos.

—¡Concha también! Pero Concha... Concha la he perdido! ¿No lo sabes?

Y Durán se echó a llorar como un chiquillo.

VIII

Perlín tomaba en serio las ocurrencias de Durán y se enardecía, como siempre que se inquietaban sus raras ideas sociales. Caminaban los dos, cogidos amigablemente del brazo, atravesando las calles del pueblo, llenas de sombra y de rumor. No se habían encendido aún las luces eléctricas y, a juzgar por la hora, se temía fuese aquello uno de los frecuentes apagones de la fábrica.

Perlín explicaba a su amigo extrañas teorías que iba a desarrollar el conferenciante que habían traído de Madrid los campesinos. Exponía una solución radical del problema de la tierra y, combatiendo el régimen de propiedad, fustigaba, como siempre, la conducta de los ricos del pueblo. Durán, sin interesarse gran cosa por las lucubraciones de Perlín, le contradecía bromeando, como si se gozara en avivar aquella noche la irritabilidad del estudiante. Ya, viendo que los nervios de Perlín se desbocaban, procuró desviar la conversación hacia temas más agradables.

Había salido en tanto la luna y en las esquinas de las calles que iban atravesando empezaron a for-

marse corros de mozos y de mozas, que bailaban alegres al son de las guitarras. En las ruedas había cánciones juveniles, coplas amorosas, aquellas tonadillas melancólicas de los antiguos cantares. Voces de niñas que dialogaban a coro los terribles tormentos de *Delgadina* y las sencillas ternezas de las princesas enamoradas. Música dulce, balbuciente y sentimental, que envolvía a Villaluz en un aire de ingenuidad primitiva.

Perlín, viendo bailar a los mozos, destapó de repente la caja de sus truenos. Se irritaba contra ellos, porque, indiferentes a los problemas del mundo, no acudían a las conferencias del propagandista. Durán reía y Perlín, más enardecido con esto, enfurecíase con su amigo.

—Tú debieras aprender música—le dijo jovial Durán—. Nada hay como ella para amansar los sentimientos. Si todos tuviéramos veinte años y una novia no había en el mundo problemas sociales. ¿No has tenido tú nunca novia, Perlín?

Soportaba el estudiante con mal humor estas trivialidades del poeta. Este notaba aquella noche por una rara contradicción que un regocijo inexplicable borbotaba trémulo en su alma y que tenía ganas de reír, de charlar, de juntarse al coro de los chiquillos y cantar con ellos el romance de *Blanca Flor*.

—Ven, Perlín, vamos a pasear esta parte del pueblo...

Tiraba de él suavemente, venciendo la débil re-

sistencia del estudiante, que alegaba la proximidad de la hora de las conferencias. Durán, desentendiéndose, le hacía el panegírico de Villaluz, del aspecto que tenían aquellas calles, llenas de rinconadas, con ventanas salientes y rejas de florida forja. En la semipenumbra de la iluminación lunar, por las puertas semientornadas salían resplandores débiles del interior de las cocinas, con el humo picante de las chorabascas y los tocones de retama.

—Olor a pastorela, ¿verdad? — preguntó Durán—. Mira, ¿quieres que te haga, a estilo de Don Quijote, la pintura de la edad de oro de Villaluz? Imagínate aquel pueblo, en la paz de los campos, en un anochecer de invierno. Los caminos llenos de grupos y de cantares. ¡Una fiesta en aquel pueblo! Veías los hombres vestidos de calzas y calañés y las mujeres con aquellos refajos de lino, curada la hilambre en casa y tejida en aquel telar que tenía la tía Petra la *Urdiera*. ¿Te acuerdas? Nos asomábamos de chicos a la ventana y cantábamos el *teje, teje,* al compás de aquellos hilos que se cruzaban. ¡Una noche, en familia, al calor de la lumbre! Yo recuerdo siempre una cocina de la madre de una criada que nosotros tuvimos: una cocina que tenía llares en la chimenea, una tarima de castaño, unas esteras colgadas y entre las esteras y la pared asomaban los rabos de las cucharas de cuerno. ¿Te acuerdas de entonces, Perlín? Por este tiempo vendían de noche los borregos y por la mañana temprano los medio-cuartillos de leche. ¿Y

qué música, eh? *¡Quién me compra medio cuar... tillo de leche... a!* ¿Bonita, verdad? Parecía el principio de: *Esta noche no es noche...* ¡Ya no la cantan en la rueda! Y Durán, evocándola, se puso a cantar:

—Esta noche no es noche,
señor alcalde,
de quitar a los mozos
que ronden tarde.
¡Abrela,
morena, la ventana;
ciérrala,
morenita del alma!

—Dime, Perlín, ¿no es esto mucho más bonito que ir ahora al centro a oír las tonterías que diga un señor, que dicen ha sido zapatero, tiene barbas hirsutas y calva vulgar?

—¡Es un sabio!—ponderó enfático Perlín.

—¿Un sabio?—dudó Durán—. Tal vez, pero yo no puedo hacerme a tomar en serio a un zapatero que arrima sus zapatos para meterse a predicar, como el jefe de los cuáqueros. Me acuerdo del tío Cruces, cuando le cantábamos:

¡Zapatero,
vinculero,
remendón!

No terminó Durán, porque la hilaridad que le acometió de improviso irritó a Perlín sobremanera.

Desembocaban entonces en la plazoleta del Convento de las Clarisas. El efecto de luz que ofrecía

la torrre, dando la luna sobre los azulejos que la revestían y el aire de misterio que rodeaba a esta iglesia en la vaga claridad de la noche, entusiasmaron a Durán.

—¿Quieres que entremos?—preguntó de improviso.

—¿Yo?—respondió huraño Perlín—. ¿Para qué?

Quedó silencioso y triste, y dijérase que sus ojos vagaban suspensos en alguna visión lejana y dulce.

—¡Los ricos—rompió luego animándose—no creen en nada. La religión es para ellos un criado más. La consideran para su servicio y piensan que Cristo no vino al mundo más que para redimir a ellos y aumentar su capital. Yo no puedo amoldarme como tú. A mí me crispa que, en vez de mansedumbre, el clero no predique la viril indignación... Pero el clero ha de vivir de la limosna de un estado de ricos y de la piedad de una grey de ricos. ¡Todos somos esclavos del dinero! Por lo demás, la idea que tienen los ricos de Cristo es que hay que protegerlo, porque así conviene a su propiedad. ¡Creen que le hacen un favor, porque van a la iglesia!.

—¡Eres atroz!—exclamó riéndose Durán.

Temeroso de las exaltaciones de su amigo, guardó, de propósito, silencio, viéndole sonreír también callado y olvidadizo. Siguieron paseando por las calles, alborozadas con las jotas pespunteadas en las bandurrias. De todas las plazoletas venía el eco de coplas femeniles y el dejo lastimero y saudoso

de las tonadas de la gañanía, que cantaban los mozos ronderos.

Llegaron al centro y Perlín empujó la puerta. Una bocanada de aire cálido y sofocante los repelió al entrar en el amplio salón, que llenaba ya por completo la multitud de campesinos. Había un murmullo denso y ensordecedor en que las voces se apagaban unas a otras. Los campesinos discutían, gesticulaban y, a gritos, llamábanse a través del humo del tabaco. Saltaban algunos por encima de los bancos y, al caer, proferían interjecciones que celebraban los demás con grandes risotadas.

Este conjunto espeso, abigarrado, lleno de vapor de cuerpos y gases de carburo, contrarió grandemente a Durán, que se sentía de pronto decepcionado.

—¿Qué me importa a mí todo esto?—se preguntó al quedarse solo, viendo que Perlín le abandonaba entre la multitud, yéndose al escenario para hacer luego la presentación del conferenciante.

Con esta idea empezó a hallar desagradable todo lo que veía: los tipos, las caras, el lugar y el motivo de aquellas conferencias. Se imaginó que el hombre aquel, calvo y ordinario, que iba a ilustrar a los campesinos, echaría mano de los tópicos manidos de la cuestión social. Expondría lo mismo que él había leído en los libros y, al igual que Perlín, partiría de hechos aislados para tronar contra los ricos. De principios, de ideas, de teorías científicas, ¿qué iban a entender aquellos campesinos que ape-

nas sabían deletrear la cartilla? Sin poder evitarlo, recordaba la grotesca figura del tío Cruces, calvo también como el conferenciante, y pensó que al ir allí a escuchar aquel hombre, estaba haciendo el ridículo.

No le fué posible sustraerse ya a esto, y Durán salió del salón a la calle .Respiró como libre, cuando le dió en el rostro el aire de la noche teñido de luna.

Se sentía ahora, sin embargo, inquieto y destemplado en aquel buen humor que tuvo antes. En silencio meditaba sobre las terribles ideas que conmovían al mundo y habían llegado a los rincones más apartados de la tierra. No veía con claridad entre tantos sentimientos contradictorios que turbaban sus propias ideas. Pensaba en las noticias que la Prensa publicaba respecto a Rusia y en la manera cómo funcionaban las organizaciones de aquel país lejano y misterioso.

—¿Y el corazón?—se le preguntó—. ¿Qué se hace del corazón?

Sin saber por qué, sentía él una viva inquietud. Se imaginaba que tal vez muy pronto podía ocurrir en España una cosa parecida a lo de Rusia. El aire de la revolución soplaba a grandes bocanadas sobre las tierras españolas. El problema agrario andaluz y el problema extremeño se agigantaban cada día más pavorosos. En Barcelona caían diariamente asesinados varios patronos. La revolución se tocaba, se respiraba ya en todas partes.

—¿Cuál será lo mejor—se volvió a preguntar—esto o lo que venga?

Concibió Durán hecha la mudanza. Se vió trabajando en el campo, en los talleres, o en las fábricas, como aquellos campesinos que él había visto en el centro, de barbas ásperas y carnes prietas, que eructaban, no se lavaban nunca y hacían gala de la tosquedad y de las palabrotas.

—¿Será verdad lo de Rusia?

Instintivamente pensó entonces en Concha con una celosa intranquilidad. ¡Concha la blanca, la fina, la distinguida, podía pertenecer a uno cualquiera de estos campesinos sucios e ignorantes, de sentimientos rudimentarios!

Ya no pudo, aunque quiso, meditar serenamente sobre las teorias de Perlín, acerca de las ideas morales. ¿Es que no habría principios inmutables, ni intuiciones naturales del entendimiento? ¿Nada era verdad? ¿Nada era eterno? Todos los sentimientos del hombre, ¿eran producto de las ideas económicas?

Fuera como fuera, Durán se rebelaba a admitir un nuevo concepto del amor. Se le quejaba algo muy recóndito y muy suyo, que tenía para él el aspecto de una belleza ideal.

Ya le pareció todo el sistema comunista de Perlín un panteísmo monstruoso en que se apagaban las lumbres fragantes de la poesía. La poesía era Concha y Concha era la ilusión, la vida, la música eterna del eterno amor y este amor era exclusivo de su corazón.

Durán miró entonces al cielo. Le parecía que la noche estrellada y serena alentaba estos pensamientos. Pensó que aquel mundo, lleno de luces misteriosas, le hablaba de aquella vida inmortal y pura de sus anhelos. Sintió por esto mismo en su corazón un alivio, una ligereza, una falta de peso como si le naciesen alas invisibles y volase por aquella transparencia al encuentro de los luceros.

Otra vez se volvió a sentir optimista. En la lejanía de su porvenir habían de llegar noches como éstas, perfumadas y solemnes, en que los himnos de la tierra acompañaran el divino cántico de su felicidad. ¡Esta era su verdad! La verdad del amor de Concha, revelado por ella misma en el ansia de sus dolores! ¡Cartas que habían venido, miradas que se comprendieron, voces y llamamientos del espíritu, que no pudieron acallar los esfuerzos de los hombres... Durán apretó contra sí mismo su corazón, embriagado de un doloroso placer que le sabía a deleite de penas gloriosas...

Sonó el reloj y se dió cuenta de que estaba frente al convento. Tocó aquella campanita dulce y sencilla que semejaba la voz de un angelillo.

Durán cerró los ojos e idealmente besó la imagen de Concha. Y le pareció que este contacto voluptuoso dejaba en su alma una fragancia pura, un anhelo de inmortalidad, que, como una esencia, se evaporaba sutilmente hacia el cielo azul.

IX

—¿Quién ha inventado el medio de vencer al amor?—se preguntaba Durán con íntimo orgullo.

Releía la carta de Concha y por adelantado saboreaba la emoción de la próxima entrevista.

Todo parecía participar de su regocijo: los rosales del patio que se habían revestido de hojas, las madreselvas que tapizaban de verde las paredes y los pelargonios de los arriates que mostraban ya sus racimos de flores ensangrentadas. ¡Qué hermosura de tonos tenían aquellas frondas húmedas que se amontonaban delante de la ventana del despacho! Hasta el cuerpo de casa semejaba tener un aire especial. Dijérase que era una casa nueva, adornada con las palmeras que ya había puesto en los maceteros Marina y que hasta los muebles, limpios y relucientes, estaban dotados de un alegre sentido de comprensión...

Marina, trajinando, cantaba una de esas viejas tonadas de la tierra, cuya vaga melancolía era una dulzura grata y melodiosa. La veía su hermano hundir los brazos, blancos y finos, en el cubo de agua fresca que chorreaba sobre las flores. Después, con

el halda llena de trigo, Marina atravesó el patio y desde la puerta del corral se puso a llamar mimosamente a las palomas:

—¡Zuras, zuritas, zuras!...

Durán, con todas estas emociones agradables que experimentaba, empezó a escribir, contestando a Concha. Su carta iba transpirando un optimismo juvenil y un entusiasmo desbordado. Hablaba a Concha en poeta. Todo el romanticismo de su corazón se derramaba en las líneas como un aroma que fuese a ungir de agradecimiento a la elegida. Sabía él que estas palabras cálidas, este sentimentalismo y estas exaltaciones prendían en el alma de ella el fuego del ideal y que por esto era amado con una ilusión única e incomparable.

Con todo este lírico desbordamiento de sus ansias, hacía Durán a Concha la historia de sus proyectos, que él imaginaba realizados ya gloriosamente, para triunfo y descanso de los dos. No mentía entonces Durán. Creía él firmemente en el claro destino de su porvenir y en el feliz término de sus empresas. Y, al figurárselas realizadas, hacía a Concha el esbozo de aquella vida. Hablaba a la novia de las horas que habían de transcurrir en la plena posesión del idilio y le llamaba la atención sobre los pequeños detalles que habían de matizarlo: el diálogo íntimo en las noches transparentes del verano, sentados al patio entre las madreselvas; las sobremesas de invierno, en las noches de trúbila y de ventisca, al calor apacible de la chimenea; aque-

llas temporadas en la casa de campo junto al bosque de chopos, por la ribera, llena de sauces, de rosales silvestres y de zarzamoras; las horas que predice antes el silencio para leer juntos los libros favoritos y los versos inspirados; el sabor que habían de tener entonces la música predilecta, la fragancia de las rosas desmayadas en los vasos de las consolas, las miradas intuitivas y el beso de dos almas que ha callado el amor...

Terminó la carta y, lleno de satisfacción, púsose a trabajar sobre su novela. Fluían los pensamientos limpios, fáciles y serenos, describiendo con entusiasmo cuanto de bello e interesante hallaba en las costumbres de su tierra, a la que amaba con el apego de un campesino.

Cuando acabó de escribir, ya su hermana le instaba a que saliese del despacho para poder hacer la limpieza. Como siempre, Marina se hizo cruces del desorden en que todo se hallaba. Con afectado enojo riñó a su hermano, por el descuido incorregible en recoger los libros y papeles y por la costumbre de tirar fuera del cenicero las puntas de los cigarros.

—¿Pero qué sacarán estos hombres con llenarse la boca de humo apestoso y abrasarse los pulmones?

En su papel de mujer de casa, mientras relataba a media voz, Marina abrió de par en par la ventana, ordenó las sillas, puso cada cosa en su sitio y de abajo a arriba hizo ondear las cortinas con fuer-

tes sacudimientos. Empezó luego a quitar la ceniza de la mesa con el plumero. El sobre cerrado, dirigido a Concha, le llamó la atención, y en presencia de Durán, que la observaba desde el patio, lo alzó sorprendida a la altura de sus ojos.

—¿Te extraña?—le preguntó Durán riendo.

Marina se encogió de hombros con cierto aire de picardía.

—¡Que te crees tú eso! Por mucho que tú madrugues te he tomado siempre la delantera. ¡Eres tú muy niño todavía para ocultarme a mí tus secretos!

Como Durán hiciese un gesto de duda, Marina soltó el sobre con indiferencia y se puso a cantar:

—Piensan los enamorados.
piensan y no piensan bien...

De pronto se interrumpió Marina y preguntó a su hermano:

—¿Y estas paces, son paces enteras o paces a medias?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que si sois vosotros dos solos, o es también cosa de los demás?

—¿Y qué me importa a mí de los demás?

Marina comprendió el alcance de las palabras de su hermano y exclamó con gravedad:

—¡Pues eso no está bien!

—¿Por qué?

—¡Qué sé yo! Pero no está bien. Si madre y yo no quisiéramos a Concha, ¿se casaría Concha contigo?

—El caso varía. Una mujer no puede hacer lo que un hombre.

—¡Pero un hombre sí lo que una mujer!

Marina vió el ceño que ensombreció el semblante de Durán y varió de tono:

—En fin, eso es cosa de opiniones y Concha te quiere, que es lo principal.

A continuación se puso a hacer el elogio de Concha, con acentos tan sinceros, con frases tan afectuosas, que Durán perdonó a su hermana la incomodidad que antes le produjeron sus palabras.

—¡Concha—terminó Marina—tiene más corazón que tú!

—¿Por qué?

—¡Porque sí! Porque las mujeres queremos más que los hombres y somos mejores que vosotros!

Riéronse los dos hermanos y terminó el anterior incidente con apacibilidad. Marina se entregó de nuevo a sus tareas y fuése canturreando por el zaguán. Durán siguió libando en sus pensamientos y se abstrajo en ese voluptuoso silencio de los ensueños.

El vuelo de las palomas sobre sus hombros le despertó, y acordóse que tenía que hacer que llegase en seguida la carta a manos de Concha para saber con certeza que acudirían a la cita.

Volvió a la hora de comer, y apenas acabó los postres. No tenía paciencia para esperar, y adelantándose a la hora, salió carretera adelante hacia las viñas.

En la tarde invernal, clara y espléndida, eran los caminos una procesión de mozas con los cántaros hacia las fuentes. La modesta burguesía, metódica y familiar, se desparramaba ya en el campo raso, buscando con los niños el aislamiento de las peñas diseminadas. En las siembras que iban quedando atrás, cuadrillas de zachadores y escardadoras avanzaban, encorvados en fila, cantando a coro por los surcos tupidos de follaje.

Núñez de la Enramada topó con Durán en un recodo de la carretera. Vigilaba desde allí un grupo de trabajadores que le barbechaban un predio y explicó a Durán, que se había apartado de ellos a echar un cigarro a solas, porque él fumaba de lo fino y no era cosa de vaciar la petaca, no teniendo tabaco basto. Preguntó a Durán dónde caminaba, por qué había salido tan temprano, por qué no iba ahora al casino y por qué no se quedaba allí con él. De paso le preguntó también quiénes eran unas mocitas que bailaban junto a la fuente y él, a su vez, hizo saber a Durán que dos bultos negros que desde una peña miraban el baile con interés de artistas eran el notario y Manolo Mena.

Seguía preguntando Núñez de la Enramada, y Durán, aburrido de aquella charla insustancial, pretextó, para que no le acompañase, que tenía un asunto en la estación, y despidióse. Torció, sin embargo, a poco, apartándose de la carretera, y echó a andar por las dehesas, avizorando desde los cerros la salida de Villaluz.

Su atención de observador cansóse también, y como le aburría la soledad, vagó al azar, queriendo distraerse en la contemplación del panorama: los rieles del ferrocarril rebrillaban a lo lejos, bruñidos por el sol; las tablas de los molinos, de un apagado color de cielo, semejaban espejos movibles, y en la cumbre de las montañas una leve neblina se difumaba como un aliento de la tierra.

Volvió atrás, mareándose, y como viera de improviso a Perlín a la solana de un peñasco, experimentó una leve contrariedad, queriendo luego rehuir su encuentro; pero el estudiante, incorporándose, le hizo ademanes para que se acercara, y Durán no pudo esquivar el compromiso. Tomaba Perlín el sol, embutido en su abrigo, y con la punta del bastón había trazado en la arena húmeda extrañas figuras geométricas, aforismos y sentencias de un significado absurdo. Leyólos Durán con cierta inquietud, sin entender el significado de aquellos jeroglíficos, y Perlín invitó a su amigo para que se sentara.

Perlín empezó a hablar. Aquella tarde, lejos de sentir las nerviosas sacudidas de su destemplanza, hablaba a Durán con un tono dulce y lastimero. No discurría sobre problemas sociales. Llamaba la atención de su amigo para que observara la poesía de la tarde, en que no se movía una leve ráfaga. Y la triste belleza de una copla, lejana y desconocida, que llenaba de saudades la pastoría...

Durán sacó su reloj. Era ya tarde, y se disculpó

con Perlín al igual que con Núñez de la Enramada. Perlín hizo un gesto de resignación, y a Durán le pareció ver que al estudiante se le llenaban los ojos de lágrimas... Se alejó, sin embargo, presuroso.

—¡Qué egoísta soy!—se reprendió luego, conmovido hondamente por aquella pena silenciosa de Perlín.

Pero esta impresión, que roció de nobleza su espíritu, se evaporó bien pronto, viendo venir en su dirección un grupo de jóvenes, entre las que distinguió a Concha. Se hizo así, sólo con seguir, el encontradizo, y fué una emoción inexplicable el verse tan sencillamente al lado de la elegida, a quien las amigas colocaron en la punta.

Sus palabras cruzáronse al principio temblorosas y entrecortadas. Hacía poco más de un mes que se había roto el hilo dorado de sus vidas, y les parecía que habían vivido ya siglos. Durán encontraba algo raro en Concha, que le impresionaba agradablemente. Concha era bella, no con esa belleza provocativa y temible de las estampas, sino más bien con la hermosura de un conjunto concertado y armónico. Los tonos oscuros a que daba Concha su preferencia los había trocado esta tarde por los colores verde y heliotropo de su traje irreprochable. Tenía así ahora para Durán una belleza nueva y desusada, una gracia de fiesta y de renovación.

Quedamente, con voz dulce y empañada de cierto rubor, Concha expresaba a Durán la satisfacción que le producía este instante, tanto tiempo anhela-

do. Tenía su acento un dejo dolorido por el sello que había impreso en sus ilusiones la contrariedad, pero le renovaba las antiguas promesas y le animaba a sostener seguras las esperanzas. Ella había hecho el propósito de luchar firme y constante contra todo y contra todos. Durán, oyéndola, saboreaba ese inefable placer de saberse amado con un amor ideal. Mirando a Concha más pálida, más fina y delgada que antes, como si aquella esplendidez juvenil se hubiese ajado dulcemente por él, sintió cierto remordimiento, una leve desgarradura de piedad y de delicadeza, y empezó a acariciarle las penas con sus palabras.

Ella entonces pareció como protestar de que él la compadeciese. Dijérase que quería convencerle de que en este dolor y en estas renunciaciones hallaba ella precisamente el orgullo de su propio valer. Tenía su voz ahora una entereza varonil, una fuerza dominadora y extraña que subyugaba al poeta.

No sabía él qué admirar más: si aquella ternura, aquel espíritu tan hondamente delicado y femenino, o este carácter irrevocable, este temple tan sutil, todo eso que daba a Concha una doble personalidad atrayente y sugestiva.

Pensando esto, le invadió otra vez un íntimo remordimiento. Comparó él su floja voluntad, sus miserias, su vida neblinosa y endeble con esta juventud amorosa que se le ofrecía, y se encontró tan pequeño, tan ruin y despreciable, que el corazón sintió un espolazo de vergüenza...

Su alma subió entonces a sus labios, y se derramó en una total sinceridad. Toda su vida iba fluyendo ahora en sus palabras, clara y transparente, como el raudal de una fuentecilla. Sus secretos más íntimos, hasta las reminiscencias de las culpas más leves, se descubrían en una confesión de humildades, con la congoja y al mismo tiempo con la convicción de no merecer un amor tan grande. Pero puso en sus palabras el alma entera: ¡sentía ahora un deseo subidísimo de ser bueno, de ser puro, de bañar su espíritu en aguas cristalinas y hacer su corazón fuerte y niño como el de Concha!

—Concha, ¿verdad? ¿Verdad que sí?

Ella sonreía, como agradeciendo aquella ternura tan blanda y tan mimosa.

—¡Lo que tú quieras! ¡Lo que tú digas!—repetía él. Mándame, Concha. ¿Qué quieres que yo haga para igualarme a ti?

—¡Soñar!—le dijo ella.

—Soñar, ¿cómo?

—Soñar en poeta, para vivir en poeta. ¡Todo el que sueña así se hace bueno!...

Callaron los dos, observando el cuchicheo indiscreto de las amigas, y se sumieron ambos a la vez en la rumia interna y sosegada de aquel silencio preñado de elocuencia y de conceptos. Sin hablar se comprendían, como si las almas trascendiesen fuera de los cuerpos y en la serenidad del espacio se hablasen con el lenguaje inteligente y mudo de la eternidad.

Las voces extrañas sacáronlos de este ensimismamiento. Había que emprender el regreso, porque el sol había traspuesto ya, y un aire húmedo y frío oteaba por las cañadas.

Al desembocar en la carretera, hubieron de separarse. Siguieron las jóvenes entonando a coro una romanza linda, en que la voz de Concha se destacaba sentida y trémula. Durán quedó rezagado, contemplando a solas la majestad del crepúsculo, que se poblaba de sombras y resonancias. Sonaba de lejos el bullicio geórgico de los corderos, encerrándose en los rediles. Dos cazadores hablaban en la noche, discutiendo las proezas de los perdigones. Una voz infantil entonó un romance de pastorela:

—Estando en la mía choza
labrando la mi cayada...
por lo alto de la Sierra
vi venir una lobada...
Venían echando suertes
por ver a quién le tocaba...

¡Dulce y teligioso anochecer, preñado de músicas, de estrellas y de amores! Dos campanillos de vacas sonaban carretera adelante, con un balanceo tardo y perezoso. Un aire de la tierra a compás, tan triste, tan melódico, tan suave, que parecía una canción de cuna. Y otra vez la música del romance:

—Deja, loba, a esa borrega,
si quieres salir librada,
que tengo siete cachorros
y una perra trujillana...

Durán sintió una majestad interior, que era un equilibrio reposado y misterioso. Se vió entonces grande como nunca, y como nunca sintió en el alma tanta serenidad. Tal como si la naturaleza entera se le revelase de pronto, y el encanto de la campiña y las luces de las estrellas fuesen testigos de lo que él sentía...

X

Y otra vez le poseyó la fiebre del arte y el cuidado de sus negocios. Diligente y activo, se aplicó nuevamente a las tareas literarias y a la vigilancia de las explotaciones agrícolas.

Escogió de propósito aquel tempero, áspero y crudo, y madrugó aquel día, venciendo sus resistencias.

Cuando salió al campo, barría la ventolina unas nubes que avanzaban por el Poniente. Rastreaban las sombras sobre las hierbas de la dehesa que atravesaba, y el terreno se dominaba con dificultad, empañados los ojos por aquel aire tan molesto.

Percibía Durán la fragancia del follaje, sacudido al paso del caballo; una fragancia fresca, empapada de rocío, y en la que parecían humedecerse todas las sensaciones. Desvanecido todo y como aletargado en la vaga claridad naciente, alentaban los campos bajo un silencio temeroso...

Aterido de frío, se apeó Durán de la cabalgadura, y cogiéndola de las bridas, empezó a caminar por la senda. Sus pasos rechinaban sobre la arena, y los cascos del caballo golpeaban en ella como sobre peñas huecas, dejando detrás un ruido bronco y

acompasado. Esta monotonía hizo áspera la soledad de Durán, y echóse otra vez fuera del sendero.

Semejaba ahora una sombra que se deslizase sin ruido sobre la hierba. No se sentía otro rumor que el de los alientos y el del blando contacto del césped, que tenía una suavidad de terciopelo.

Y avanzaba poco la claridad. Las nubes oscuras se iban alejando empujadas por el Gállego; pero una bruma incipiente extendía sus tules a medida que se iba precisando el contorno de los objetos. Claridad densa, de tonos grises, que ponía una gradación entre la mole negra de las tierras entumecidas y los jirones blanquecinos que se desgarraban en las crestas de las montañas.

Apesaróse Durán de haber escogido este día, que parecía oprimirle con aquella envoltura de gasas que iban tomando más consistencia y en cuya vaguedad se dormían ahora las auras. Presintió que esta cerrazón se convertiría en lluvia y volvió a montar, calculando que estaba aún lejos de su majada.

No se equivocó en sus pronósticos. La bruma hízose más cargada y acuosa, y en hilillos tenues descendió a poco, fina y fresca, mansa y silenciosa; lluvia de calabobos, que empapaba las ropas y las tierras.

Contagiaba esta angustia del día los pensamientos de Durán. Era una impresión indefinible la que le producía esta campiña, arropada en un manto de vapores que parecían poner una barrera a los ojos

y al espíritu. ¡Y aquella soledad tan grande, como si se atravesara un desierto y la vida hubiese huído de aquella tierra inhospitalaria! Tan sólo una vez cruzóse con un hombre, envuelto en un capote de hule y que arreaba a un jumento cargado de jara verde y olorosa.

Espoleando al caballo, cortó Durán por la trocha de los barbechos, sintiendo mucha más soledad aún en esta tierra desnuda en que las lindes de las heredades ponían coto a las expansiones del pensamiento. A los cascos del caballo se adhería la corteza, hecha barro, de los surcos, trayendo ese olor extenso y característico de la arcilla mojada. Todo quieto, todo triste, todo muerto, en una gris monotonía de nieblas y de tierras dormidas. Sólo alguna vez el ladrido lejano de algún mastín, el eco fugitivo de alguna esquila o el chillido lastimero de las aguanieves como ausente compañía de la soledad.

Tanta era la insistencia de la lluvia que, al llegar al río, vióse precisado a refugiarse en el molino. La molinera, rorreando un niño, atizaba el rescoldo y le ofreció un taburete en el rincón. El molinero se acercó con su sombrero blanco, y, agasajándole cortés, arrimó los leños a la tiznera, púsolos sobre el morillo y trajo un manojo de aulagas que prendieron llama. Rodaba en tanto una piedra, bronca y monótona, y retemblaba el molino entero con un borbollar de aguas subterráneas. Pidió luego licencia el molinero, y fuese a picar la otra piedra, suspendida del espeque. La molinera, joven y rolliza,

mostró un seno blanco y redondo, amamantando al niño, y como Durán la mirase, desvió su atención hablándole de aquel tiempo, impropio para salir de casa.

El molinero dió de lejos su parecer; en los días malos era cuando había que visitar las majadas, en poder de pastores que sabían un sinfín de triquiñuelas para robar a los amos. No había uno bueno, en opinión del molinero.

—¡Cualquiá les ajusta las cuentas! ¿Verdá, usté?

A continuación relató un cúmulo de fechorías de algunos de ellos.

—¿Usté no sabe cuál es el estudio más largo? ¡El del pastor! ¡Ese estudio no se acaba nunca!

Durán, sin prestar gran atención, asentía a todo con la cabeza. Se distraía viendo cómo las llamas lamían suavemente los tueros de encina, como un cincel mágico que los pulimentase. Por el ventanillo miraba la presa, llena de pómporas, y los patos domésticos que hundían la cabeza en el agua y se sostenían después sobre sus patas, agitando las alas con voluptuosidad.

—¡Señal de que va a llover mucho!—exclamó notándolo también el molinero.

Durán se dió a pensar en raras imaginaciones. Se hallaba muy a gusto en aquel molino, todo blanco de harina, y en el que se respiraba un vivo olor de gluten. Allí fuera, en el huertecillo, había una higuera y un azufaifo. Las gallinas picoteaban bajo la enramada de jara. Una cabra, un borriquillo man-

cado y el estruendo agradable del rodillo, salpicando de espuma las barrancas verdes del cauce.

—¿Por qué no hacer todas las vidas humildes? —se preguntó Durán.

Pensaba que él acaso hubiera sido con gusto un molinero así, en compañía de Concha. Sería grato entretenerse en picar las piedras, levantar el badil, echar el grano en la tolva, maquilar en el arcón las mochilas y cocer allí mismo al rescoldo aquel pan rubio y tierno que él había visto comer a los pastores.

Volviendo en sí mismo, se levantó para marchar. El molinero le tuvo el caballo y se despidió Durán dirigiéndose a la majada.

Extrañó la ausencia del mastín. En el redil, las ovejas, ya levantadas, le vieron llegar con ojos mansos y extraños, donde se dijera expresaban al mismo tiempo el temor y la curiosidad. Balaron luego, al pasar junto a ellas, y los corderos se pegaron con bullicio al vientre de las madres...

Ató Durán el caballo y penetró en el chozo, llamando a los pastores. A la escasa claridad que entraba por la puerta, no percibió más que un montón informe que no sabía si era de cosas o personas. Olía el chozo a humo, a viandas pobres, a sebo, a aceite, a vaho de cuerpos que parecía estar prendido entre las mantas revueltas. Desagradablemente impresionado, permaneció de pie, evitando los contactos de todo aquello.

Llamó desde dentro con grandes voces, supo

niendo se hallaban cerca de la majada los pastores. Nadie sin embargo le contestó, y Durán no percibió otra cosa que el lento rumor de la llovizna que otra vez empezaba y el resbalar de las gotas por la capa de bálago que cubría el chozo.

Todavía, en esta incertidumbre de cosas, Durán pensó un momento con lástima en la vida mísera de sus pastores. Se imaginó en ellos la angustia de estos días tristísimos que ponían en el espíritu un frío pungente y doloroso. ¡La deformidad de aquellos cuerpos que se acostumbraban a calzar ásperas abarcas, a dormir sobre troncos de encina, que hacían menos duros una capa de juncos y una piel de carnero, a respirar este aire confinado del chozo y a pasar un día y otro día, ausentes de la higiene y del refrigerio saludable del agua clara! ¡Y a esto había llamado él en sus versos el vivir patriarcal!

De pronto, sin embargo, se acordó de lo que había dicho el molinero, y empezó a observar cuidadosamente el chozo. Junto a las yacigas vacías, sobre un haz de tomillos, se oreaban dos pieles de cordero y, por las manchas aun frescas de sangre, conoció Durán que habían sido desollados recientemente. Levantó el haz: debajo tenían los pastores dos morrales llenos de paja, pero con ella estaba mezclada en gran cantidad harina. La harina de cebada que él daba para la perruna del mastín.

—¡Bien!—exclamó Durán—. ¡He aquí por qué el *Carón* está siempre flaco y las burras de ellos gordas y lucidas!

Con el pie topó unos barreños llenos de leche, y con la cabeza dió en el techo del chozo contra una ristra de cuajos, que, al moverse, despidieron un olor fuerte y agrio de caseína. Y en el zurrón del mayoral una libreta de mugriento forro, y en ella, torpemente trazados con lápiz, estos apuntes: *Borregos: Pedro el carnicero, 2; el tío Cochito, 5; debe toda bia medio duro i una perra gorda. Fué el 7 de enero.*

Calculó Durán por las fechas y comprendió que estos siete corderos correspondían a las siete bajas que él había pasado en cuenta como muertos, y para lo cual el mayoral había presentado las siete pelliquinas con la carne. ¿Pero cómo se las había arreglado para exhibir las pruebas? ¿Qué serie de amaños se traía el mayoral con aquella gente de la libreta?

El anterior sentimiento de misericordia que tuvo para los pastores se desvaneció bien pronto, considerando que, como decía el molinero, no había hallado un hombre cabal.

—¡Todos son iguales!—exclamó con desaliento.

Se puso a meditar todo lo que su madre y su hermana, más conocedoras de estas gentes, le advertían respecto a los pastores. Los cambios que hacían, las pérdidas intencionadas, la rapacidad insaciable de que daban muestras. Eran egoístas, ladinos, desconfiados, bajo aquella corteza de aparente sencillez. Rendían el menor esfuerzo posible, y esto de mala gana, poniendo en el trabajo un sello de innoble esterilidad...

Recordó entonces Durán las teorías sociales de Perlín, y pensó cuál pudiera ser el porvenir de la tierra en manos de estas gentes. Si el propio provecho, si el egoísmo del propio bien no estimulaba a los pobres a producir lealmente, ¿qué sería en el estado comunista? Dudaba Durán de las coacciones externas, como dudaba asímismo de la eficacia de una persuasión general para el cumplimiento de los deberes. Todo eso de sentimientos humanitarios y consideraciones del bien universal le parecían ahora artificios hueros, convencionalismos, palabras sin calor de sinceridad.

Se imaginó que Perlín estaba oyendo estas interrogaciones y le salía al paso:

—¿Sabes por qué trabajan así? ¡Porque no se les da lo justo! ¡Porque así padecen hambres y dolores e infamias!

—¡Bien!—contestaba mentalmente Durán—¿Y los que no están así?

Don Amadeo había leído un día en el casino un artículo referente a los mineros de Asturias, con motivo de una huelga. Esos mineros ganaban salarios de treinta, de cuarenta, de cincuenta pesetas diarias. Mineros que viajaban en primera y se lavaban las manos con Champaña en los hoteles de Oviedo. ¡Y decían los patronos que trabajaban mal, que producían sin interés y sin economía!

—Dime, Perlín—proseguía Durán—. ¡Puede decir que está mal un obrero que trabaja siete horas, de las que dos son de paradas, y gana diez duros

diarios? ¿Qué quiere entonces? ¿Están mejor acaso un maestro de escuela, un médico, o un abogado que han consumido antes un caudal de energías intelectuales? Un maestro de escuela no gana más de un duro y no se declara en huelga. Yo no gano lo que esos mineros, trabajo más y tengo paciencia. ¿Qué hay de diferencia entre ellos y yo? Dime: esta gente, que no estará mejor con un cambio de cosas, ¿no será posible que robe también su trabajo y su nobleza a la sociedad?

Durán, volviendo a sus asuntos propios, se encogió de hombros como preguntándose por qué se preocupaba él de estas controversias. Los pastores no acudían, la lluvia continuaba, y por la puerta del chozo veía Durán cómo el agua castigaba a las ovejas, que rumiaban pacientemente con la cabeza baja y los ijares hundidos, contestando de vez en vez al balido de las crías que golpeaban con el hocico las flácidas ubres agotadas. Se aburría, se fastidiaba, sentía como un tósigo la pestilencia del chozo y el miasma cenagoso del aprisco.

Por fin oyó toser y vió venir de frente a los pastores. Se acercaban los dos, apoyándose en sus cayados y sosteniendo una conversación animada y retozona. Ya, cerca de la majada, extrañaron la presencia del caballo y, comprendiendo, sujetaron al mastín, dirigiéndose al chozo. Se agazaparon para entrar, y Durán notó que de repente se había llenado el aire de un agrio olor de vino.

—¡Buenos días!—les dijo—. ¡Así es como se guardan las ovejas, ¿eh?

El mayoral, sin responder palabra, empezó a sonreír con una expresión grotesca, y señaló en silencio al compañero. Este, sonriendo también, procuró poner cierta serenidad en sus palabras:

—¡No se enfade el mi amo! ¡Qué caramba! Un día es un día y en toos los oficios se juma! ¡Gajes que uno tiene!, ¿sabe usté? ¡Los pastores de don Amadeo, que nos convidaron a cenar! ¡Eso es! a cenar, y nos comprometieron, ¿verdá tú? ¡Vamos, Goro, dispierta y habla, que no estás múo!

El mayoral seguía callado, sin dejar de sonreír con aquella expresión estúpida.

—¿Os convidaron ellos o los convidasteis vosotros? ¿Qué significan estos dos pellejos, frescos todavía? ¡La caldereta!, ¿verdad?

—¡No se enfade el mi amo! ¡Por una pisá no se hace verea!—siguió el compañero—¡Dos borregos más o menos! ¡Usté tiene muchos! Pero tú, mayoral, ¿te has quedao lelo?

El mayoral soltó una carcajada:

—¡Yo soy honrao y a mí naide me ajinchona! ¡Que venga si no, que tengo yo dos duros pa gastármelos con los amigos! ¿Verdá, señorito? ¡Yo le convido a usté a lo que usté quiera! ¿Dónde está el vino?

Siguió hablando el mayoral de un modo incoherente, como un loco, como un idiota. Y de pronto, sin saber por qué, echóse a llorar y se puso de ro-

dillas delante de Durán. Le acometieron entonces unas fuertes convulsiones, y dando media vuelta, cayó de lado sobre las mantas, echando el vino con un jadear de bestia, como un ser en quien eran un vilipendio la inteligencia y la libertad.

Durán no pudo resistir más tiempo la repugnancia de estas escenas, y apresuradamente salió del chozo, temiendo no ser dueño de sus nervios. Sentía deseos de abofetearlos, de escupirlos, de darlos con el pie en las bocas sucias y grasientas que rezumaban el hartazgo y la brutalidad.

Recogió su caballo y huyó de la majada, profundamente descorazonado. ¿Y esta era la gente del porvenir? ¿Y para estos hombres se reñían batallas, se deponían valores culturales y exprimían su cerebro los economistas?

Le invadió un inmenso pesimismo. La naturaleza, bajo el cielo plomizo, anegándose en vapores, parecía temblar con una sensación de miedo y orfandad, como si esperase también inquieta y dolorida las incertidumbres del porvenir.

Le extrañó a Durán por esto la psicología del caballo que, indiferente a todo, cuando sintió flojas las riendas, bajó la cabeza y se puso a pacer tranquilamente la hierba lustrosa y perfumada.

—¡Come, noble bruto!—dijo Durán acariciándole con la voz—. ¡Tú si que trabajas con lealtad! ¡Tú haces bien lo que sabes, tú no robas, ni te emborrachas, y, sin embargo, no pides reformas sociales!..

XI

Desde aquel día convencióse Durán de que su madre y su hermana llevaban razón cuando discutiendo con él acerca del concepto que tenía de la vida práctica, motejábanle de inexperto y cándido. Le descorazonaba tener que convencerse de que los hombres abandonados a sus propios impulsos fuesen malos, desleales, ambiciosos y egoístas. Estrechó por esto la vigilancia de las gentes que tenía a su servicio, y dió muestras de una excesiva fiscalización.

Preguntábale la madre siempre que regresaba del campo por el estado de las cosechas en afán de noticias halagüeñas, y él con intención piadosa fomentaba a la pobre madre sus ilusiones, ponderando los augurios de una buena recolección.

A solas, sin embargo, pensaba con amargura en el estado precario de su casa. La agricultura, como ellos la llevaban, resultaba a la postre ruinosa, aun con buenos años. Las escasas tierras que tenían en propiedad figuraban con un valor nominal muy crecido en relación con el tanto por ciento de su producción. Tierras que rendían un dos, un tres

por ciento a lo sumo del capital asignado. Para labrar estas tierras y pagar el arrendamiento de la dehesa hubo que hipotecarlas, tomando dinero al ocho por ciento de interés. Los hierros, las yuntas, los aperos, la mano de obra, costaban un dineral, y todo esto se adelantaba positivamente para fiar el éxito a las eventualidades de un clima seco y al azar de las plagas, que, como una maldición, pesaban sobre la tierra. Las leguminosas languidecían arruinadas por la oruga, por el pulgón y los caracoles.

Sobre las gramíneas se cernía el azote terrible de la langosta. Y por si fuera poco, los gobiernos con sus leyes de tasas venían a enriquecer a harineros, industriales y exportadores a costa del empobrecimiento de los que, labrando los campos, eran nervio, sostén y fuente de vida de la nación...

—¿Cómo poder salir adelante?—se preguntaba amilanado Durán.

Echaba cuentas y aquilataba los cálculos, y no había medio posible de saldar aquellos créditos usurarios, que comían con ellos a la mesa en frase de su madre.

Todas estas desesperanzas, estos decaimientos, este estado doloroso de incertidumbres y congojas del poeta, vinieron a aumentarse con las nuevas adversidades que ahora hacían más tristes y difíciles sus relaciones amorosas.

En casa de Concha se habían enterado de la correspondencia y entrevistas que tenían los dos y, decididos a evitarlas, vigilaban ahora a la moza con

un celo exagerado. Hacía esto que las cartas, que antes eran frecuentes, escaseasen, y que radicalmente se suprimiesen los paseos. La vida de Concha estaba así mediatizada por la desconfianza inquisidora de Isabel, a cuya fina perspicacia no pasaban desapercibidos los detalles más nimios de la pasión rebelde de su hermana.

Don Guillermo, por su parte, rindiendo culto a lo que él creía deberes paternales, se mantenía rígido y abroquelado en sus decisiones. No discutía con Concha, ni aludía siquiera a los empeños tercos de la hija; pero, enterado por Isabel de todo, con su silencio adusto, con su exagerada seriedad y su prurito de hombre irreprensible, la mantenía como retraída y apartada de su intimidad y de sus expansiones.

Durán adolecía con todo esto, sintiendo en el fondo de su alma la picadura de la humillación. Hallaba en el mantenimiento de estas relaciones amorosas algo vergonzoso y denigrante para él. Se le figuraba que el amor de Concha tenía así un carácter de generosidad y de compasión, mientras que el suyo aparecía con un significado suplicante y pedigüeño. Se veía por esto colocado en un plano inferior, como si el amor suyo viviese pendiente de las mercedes de Concha, sin derechos correlativos a exigir. Y esto que él veía, juzgándose a sí mismo, suponía que lógicamente lo verían también los demás, y que ante el concepto ajeno aparecería en una situación poco airosa, poco delicada, con un

sentido de innoble violencia, juzgándole seguramente como a un ratero que tomaba a la fuerza lo que de buen grado no pudo conseguir.

Siempre que meditaba esto, experimentaba Durán algo parecido a un vago deseo de que las cosas hubiesen ocurrido por parte de Concha de otro modo. Creía que casi hubiese sido mejor que Concha, obediente a los mandatos de su familia, le despreciase también, dándole así ocasión para adoptar gallardas actitudes. ¡Hubiera paseado entonces su orgullo, su propia estimación con la altivez de un espíritu invulnerable! ¡Hubiera destrozado su corazón, pero le acompañaría ese gesto que sella y marca la estirpe de los hombres geniales!

En casa de Durán mantenían una reserva discreta. Tan sólo una vez la madre y Marina suscitaron juntas con él la conversación de sus amores. La madre, previendo las contrariedades del porvenir, y con intención de evitar los dolores presentes, le aconsejó con un tono de vago desaliento. Tal vez se sentía orgullosa de que contra todo y contra todos el hijo adorado fuese objeto del amor encendido de una mujer; pero al mismo tiempo sentía como en sí propia los golpes, los tropiezos, las desgarraduras del hijo en la aspereza sangrante de aquel camino.

Marina, por el contrario, se mostró animosa, pero no en el sentido de alimentar en su hermano el aguardo de mejores días, sino en la esperanza de que aquello había de terminar por una resolución digna de él. Si se disgustaba con su hermano, era

porque le veía excesivamente enamorado, y no era tan orgulloso como ella quisiera. Alma gemela a la del poeta en el prurito de los propios valores, le sobrepujaba en arranques de propia estimación.

Habló Marina expresando el concepto mezquino que tenía de los hombres que se llevaban las mujeres a la fuerza, y, aunque muy discretamente hacía la salvedad de Durán, citaba los casos ocurridos en Villaluz. Aparecían así todos aquellos hombres con un sentido bastardo, denso y vulgarote. Pintábalos Marina pendientes de la dote de la mujer y de la benevolencia de los suegros. Ellas resaltaban como heroínas, superiores siempre, y como oscureciendo la endeble psicología de sus maridos. ¡Los hombres debían volar más alto si es que querían merecer la consideración de espíritus distinguidos!

—¡Si fuera yo!...—exclamó altiva Marina.

No terminó la frase; pero dijérase que en vez de sentirse, como su madre, agradecida por la actitud de Concha, quería incitar a su hermano a la renunciación.

Durán, que vió la coincidencia ajena con el criterio íntimo de sus vanidades, no pudo reprimir aquel día los acicates del amor propio. Así, por sus heridas dejó escapar los llamaretazos del odio que sentía contra el mal que le habían hecho. Tronó contra Isabel, contra don Guillermo, contra todos los que habían contribuído a su humillación, y enfurecido empezó a quejarse hasta de la conducta de Concha,

que de vez en cuando se dejaba salpicar por la miseria de los prejuicios y de las dudas.

Marina entonces, por una rara contradicción, comenzó a aplacarle, defendiendo a la enamorada y recomendando al poeta tonos de humildad y de paciencia, pero en el fondo veía con placer estos hervores soberbios de su hermano. Con su fino tacto prosiguió luego, animándole a la resignación, a que diese de lado a los obstáculos que las ajenas incomprensiones le amontonaban en el camino, y, como su madre, acabó poniendo en estos amores una generosa lástima.

Durán, irritado entonces más aún al ver sus vanidades compadecidas, salió de la sala y encerróse en su despacho. Creía ahora que era llegado el caso para las resoluciones radicales. Concha pesaba en su vida como un sello humillante que hubiesen puesto en su dignidad, como un lastre que le impidiera tender sus alas a la altura. ¡El, como aquellos otros que llevarían en sus triunfos casamenteros el recuerdo de la repulsa y la afrenta de una posesión forzada!

Se puso a escribir rápidamente, sin saber en realidad qué le iba dictando aquel orgullo espoleado. La cafetera, hirviendo, rebosó un borbollón de espuma, que cayó sobre el papel atormentado de la carta, y tiró con rabia la pluma, vaciando el café en la taza. Empezó a saborearlo, dando algún reposo a sus sentimientos... En el patio cantó el canario bajo la copa de un naranjo la escala de su flauta. Dos

palomas arrullaban hinchadas sobre el alero del tejado, y por entre el enrejado, que había sustituído a la pared frontera del patio, se veía en el huerto la vereda bordeada de rosales y de amapolas rizadas, los cuadros de forraje, los canteros de lechugas y los frutales ya brotados, con una lluvia de flores blancas. Serenóse su espíritu y vió que la tarde era buena y suave.

—¿Y para qué?—se preguntó Durán—. ¿No es eso una barbaridad? ¿Qué culpa tiene Concha de la conducta de los demás? ¿Es que un hombre ha de renunciar al amor de una mujer, porque otros que no son ella se opongan? ¿Es digno, es decoroso en un hombre abandonar a una mujer, porque le es fiel contra la voluntad de todos?

Rechazó su semejanza con los otros de Villaluz. El renunciaba a todo lo que no fuese única y exclusivamente Concha. Renunciaba, desde luego, a Isabel, que le producía un sentimiento de odio irreconciliable. Renunciaba a don Guillermo, que le daba ahora la impresión de un espíritu rutinario, de una momia rígida y acartonada en ranciedad casera...

Pero aquello no podía continuar así. Era necesario dar una solución al problema fuese como fuese. Y Durán, de pronto, creyó encontrarse con lo imprevisto.

¿Qué hacer? ¿Casarse? ¿Y cómo? Para casarse tenía sólo dos caminos: o el arrebato de la pasión o los medios legales que el Código habilitaba para los

mayores. A lo primero había que renunciar, desde luego, por innoble e indecoroso. Lo segundo, sí, era una solución; ¿pero cómo afrontar ahora, de pronto, un paso semejante en las circunstancias que le rodeaban? Veía su vida sin cimientos de seguridad. Su pobreza era harto elocuente en el día para fiar en ella las incertidumbres del mañana. El conjunto de deberes prácticos surgía ante él con un aspecto poco tranquilizador. ¡Unas tierras míseras que no eran tampoco sólo suyas y una casa llena de créditos como único patrimonio seguro! Sin más que esto y los medios de su arte, preveía una existencia aventurera y bohemia, que no tenía como esperanzas más que otra suma de probabilidades. ¿Cómo arriesgar así la vida, las ilusiones y los ensueños de una mujer?

Marina entró en esto en el despacho, y como vió a su hermano tan triste, se apoyó en uno de sus hombros y le preguntó cariñosamente:

—¿Para qué te empeñas en sufrir, Alfonso?

Se irguió él, algo incomodado, creyendo adivinar la intención de su hermana, y contestó:

—Ve ahí, por el capricho de tener disgustos...

Marina se dolió con la contestación...

—Puedes agradecer o no que te aconseje—replicó—, pero yo te digo que para vivir así, una de dos: pasar el vado o la puente: o romper con Concha, o casarte cuanto antes con ella.

—Casarme, dices, ¿pero cómo?

—¿Y a mí me lo preguntas? Eso debes tú resol-

verlo como hombre que eres. Además supongo que no os habréis puesto en relaciones para pasar el rato.

Durán comprendió que su hermana decía verdad; pero lejos de asentir se revolvió contra ella:

—¡Entre todos acabaréis por volverme loco!

Marina le miró con cierta misericordia, y separándose de su hermano púsose a contemplar por la ventana el patio.

—¿Por qué te enfadas conmigo?—le preguntó luego afectuosa.

Durán tuvo que sonreír haciéndose él la misma pregunta, y besó la mano de su hermana.

—¿Estás ya contenta?—le preguntó apacible.

Marina le devolvió el beso y siguió mirando el patio pensativa. Durán volvió un instante sobre sus ideas, sintiéndose ahora poseído de un inmenso aplanamiento de espíritu. Por primera vez notó en su vida la cobardía de sí mismo y la envidia de la riqueza. Una envidia empapada de odio, de acritud y de agresividad. ¿Por qué no era él rico? ¿Qué habían hecho los ricos más que él para serlo?

—¿Terminas pronto tu novela?—preguntó de improviso Marina.

—¿Y para qué me sirven a mí mis novelas?

—¿Ahora salimos con esas? ¡Poco entusiasmado que estabas! ¡Escribir!

—¡Vanidad pueril! ¡Me voy aburriendo de todo! ¡Estoy convencido de que en el mundo no hay nada más que el dinero!

—Según—dijo Marina—. No todo está en el dinero. Te he oído decir a ti mismo que lo poco que vale para Dios el dinero se aprecia viendo a quién se lo da.

—Sí; pero ellos gozan y se divierten, mientras tú te fastidias.

—O aumentan más sus cuidados. No sé dónde he leído que un rey buscaba la camisa de un hombre feliz. Y cuando encontraron al hombre feliz vieron que éste no tenía camisa.

Durán, obstinado en sus ideas anteriores, se desentendió de Marina.

—Escucha—le dijo luego—, ¿sabes tú responderme a esto? ¿Por qué Fulano, pongo por ejemplo, que es un analfabeto, tiene coche y yo no?

Marina se echó a reír con sinceridad.

—¡Toma!—contestó—, porque él es rico y tú no lo eres.

—Y dime, ¿por qué es rico Fulano y yo no lo soy? Contéstame también: ¿quién merecería mejor esa riqueza, él o yo?

Marina respondió:

—¡Tú!

—Y entonces, ¿por qué a él le han hecho rico y no a mí, que lo merezco mejor?

Volvió a reír Marina con ingenuidad:

—¿Y ahora te enteras que el mundo está así?

Tan sencillamente dijo Marina una gran verdad, y desarmó las interrogaciones de su hermano. Luego, como queriendo disipar el triste sabor de resig-

nación que dejaba el diálogo, sonriente le estimuló:

—Trabaja tú y sé bueno y no te preocupes de los demás.

Trajeron estas palabras una ráfaga de aliento y esperanza, y Durán comprendió que esta vez también decía Marina verdad. Interpretó que así su hermana reconocía que el mundo no era como debía ser. Conoció por esto que, al menos en la región serena del pensamiento, las injusticias sociales ponían más de relieve la fealdad del mundo. Y que esta misma fealdad era precisamente el tributo de subordinación inconsciente que lo bajo, lo grosero y lo material pagaban a la belleza y al espíritu.

XII

Atravesaban en silencio junto a la carretera la extensión interminable de la dehesa. Excepto el pago de viñas y el kilómetro escaso del labrantio era todo un egido despoblado y raso que se dilataba en suaves ondulaciones.

—¡Che! ¡Banderilleros!

Era la voz de Pepe Corcho, que asomando la cabeza tras de una peña, agitaba, llamándolos, el sombrero.

Perlín y Durán, apartándose entonces de la vereda, se encaminaron hacia donde los llamaban. Con Pepe Corcho estaba don Pablito, y muy próximos a ellos, en grupo aparte, don Amadeo, Frutitos Delgado y don Leandro Rojo discutían en tono misterioso e interesante con un joven forastero, de negra y atildada vestimenta que, a juzgar por las señales, no debía decir cosas agradables, pues don Amadeo acariciaba insistentemente su barba pomposa y señorial.

Pepe Corcho pidió al poeta un cigarro. Los había llamado para eso y para no aburrirse con don Pablito que, dolido íntimamente de la desconsideración

de los otros, por haberle dejado solo con Pepe Corcho, callaba ahora por un raro contraste, y paseando alrededor de la peña descargaba en silencio su evidente preocupación.

—¡Junta de rabadanes!—dijo Pepe Corcho, señalando a los del grupo, que arremolinaban las cabezas en torno del forastero.

No se percibían más que retazos sueltos de la conversación. Hablaba el joven de ley, y las palabras problema y vergüenza nacional retumbaron por una vez en los labios de don Amadeo. Oyeron Pepe Corcho y sus acompañantes que el joven forastero, alzando ya el tono de su voz, hacía un capítulo de cargos y explicaba las consecuencias funestas que pudieran acarrear en breve plazo determinadas actitudes. Pero volvió luego a recatar sus palabras y, como antes, se percibían incoherentes las voces de «propietarios», «pasiones acumuladas año tras año», «pueblos hartos y desesperados de clamar», y, finalmente y ya de un modo claro, el concepto de que los que por su posición y su cultura estaban en la cumbre de la sociedad tenían el deber, más principalmente que otros, de dar ejemplo, de cumplir las leyes y dejar la sensación de que su propiedad, que tanto defendían, no era un atentado a la vida de los demás.

—Hablan de langostos—insinuó inteligente Pepe Corcho—. ¡Pero trabajo le mando yo al ingeniero si es que quiere convencerlos!

Durán sonrió y siguió espiando la conversación

del otro grupo. El asunto, a juzgar ya por los indicios entraba en vías de concordia, pues don Amadeo, sonriente ahora, asentía con la cabeza a cuanto diciendo iba otra vez el forastero, y extendiendo sus manos paraba en seco las interrupciones o reparos que a hacer fueran los otros interlocutores.

—Corre de mi cuenta—le oyeron decir—, y yo le doy mi palabra de que lo que usted diga se hace.

Se levantaron entonces acercándose lentamente hacia la peña. Hablaban ahora de explotaciones agrícolas, de métodos de cultivo y de experiencias tradicionales. Preguntaba el forastero a Frutitos Delgado detalles acerca del sistema que aplicaban en Villaluz a la industria ganadera y propugnaba los adelantos científicos y el régimen de la estabulación.

Reuniéronse entonces los dos grupos, y con los saludos de rigor la conversación interrumpióse un momento, sobreviniendo un silencio que se dijera en todos el temor de volver sobre anteriores temas desagradables.

—¿Decía usted del ganado?—preguntó entonces Frutitos Delgado.

—Que tienen ustedes la ganadería como en tiempos de Noé. ¿Por qué no construyen establos? ¿Por qué no siembran estas vegas tan ricas en elementos fértil en vez de dejarlas abandonadas a pastizal, llenas de juncos y de mastranzos? ¡Es lástima que las hayan dejado adquirir ese grado de acidez!

Don Amadeo eructó:

—En eso sí que no estoy conforme, señor ingeniero. Ustedes estudian en los libros y nosotros en la misma tierra. Somos más prácticos que ustedes, no le quepa duda. ¡Y ahí que no es nada roturar nuestras tierras! Eche usted jornales, y yuntas, y simientes, y abonos. ¡El caos! Y con la gentecilla que hay que tener al servicio! Vamos, que le digo a usted que no tiene cuenta. No se ría usted. Hoy, de la forma que se están poniendo las cosas, no es negocio ser propietario de tierras con lo que ellas valen. ¿Ve usted? Esta es el *Pajonal.* Pues me ha costado sesenta mil duros! Aquella de la vía allá *La Retamosa*, setenta y dos mil duros. Aquella que linda más allá, *La Pizarrera,* que valió casi dos millones.

—¡Caramba! ¡Tiene usted aquí junto una enormidad!—ponderó el ingeniero.

—¡Bah! ¡Un piquillo!—contestó halagado y sonriente don Amadeo.

—¿Cuatro mil fanegas?

—Por escritura seis mil cuatrocientas; pero, en realidad tienen setecientas fanegas más.

Pepe Corcho se levantó:

—Precisamente, un momento antes de llegar tú estábamos aquí ajustándote la cuenta. Setecientas fanegas ocultas, a un tipo de contribución de un catorce por ciento sobre el líquido imponible de diez pesetas, son novecientas ochenta pesetas que te ahorras todos los años. En veinte años que hace que las tienes son diez y nueve mil seiscientas pese-

tas que no has pagado al Estado, que con ese dinero podía haber mejorado su hacienda, sus obras públicas o la cultura de sus ciudadanos. Perlín decía que te preguntara si esas diez y nueve mil seiscientas pesetas crees tú que son legítimamente tuyas, y Durán decía si tú opinas que esto es el orden que hay que sostener.

Don Amadeo volvió a eructar, acarició su barba, quedóse fijamente mirando a Pepe Corcho y acabó por barrenarse la sien, echándolo a broma:

—¡Buen caporal estás hecho!...

Perlín reía en silencio gozándose de la situación ridícula en que había quedado don Amadeo, y con sus miradas parecía sostener lo dicho por Pepe Corcho y desafiar a la vez las iras reconcentradas del político. Durán dió muestras de desagrado. No gustaba de aquella grosera ironía del cínico que a fuerza de ser brutal no producía el efecto deseado.

—¿Quieres que nos vayamos?—preguntó a Perlín.

Se encogió de hombros el estudiante y asintió después, levantándose de la peña. Despidiéronse, saliendo a poco a la carretera, y Perlín, ya sólos, preguntó:

—Te disgusta Pepe Corcho, ¿no es verdad?

—Es que adivino en él sólo la intención de mortificar. Pepe Corcho no corrige. El bien y el mal tienen para él el mismo sentido. Prefiero a don Pablito, que da de firme...

—¡Don Pablito es una malva!—dijo Perlín con

cierto desdén—. Todo lo que él dice no son más que cataplasmas. ¿Ves tú Pepe Corcho? ¡Yo diría más!

—¿Más todavía?

—¡Mucho más! Si agotaras diez volúmenes de un diccionario de epítetos y toda la vida te llevaras diciéndoles cosas feas, no habrías hecho más que empezar.

—Eres especial—exclamó el poeta riéndose—; pero tú no eres como Pepe Corcho. Por eso has de tener algún disgusto serio.

—¡Bah! Tú eres también un espíritu pusilánime y te asusta el vuelo de una mosca. Por lo demás, la cosa no dejaría de tener sus antecedentes. ¿Te has fijado alguna vez en la piara de cerdos? Se revuelcan en el cieno y respirando la pestilencia del fango se hallan tan a gusto. Cuando se restalla el látigo para sacarlos de allí, gruñen, se dan colmilladas y se revuelven contra los porqueros.

—No se redimirá el mundo por el látigo si no lleva en sí mismo el principio de la redención—exclamó sentencioso Durán.

—¡Rusia se ha redimido!—afirmó Perlín.

—¿Lo crees tú? ¿Crees tú en la justicia de los *Soviets?*

—¡Yo creo en los *Soviets!*

Calló Durán, sonriendo con cierta lástima. De propósito huía las probables disputas con Perlín, cuyos sentimientos empezaban a hervir con las contradicciones. Se aburría también con este tema invariable de las cuestiones sociales.

Llegaban entonces junto a la ribera, a la huerta del estudiante, y Durán quiso penetrar en ella para conocerla. Llamaron en una puerta enrejada con listones de chopo y a poco vino el hortelano, un hombre ya entrado en años, con un pañuelo atado a la cabeza, en forma de gorro, y ojillos redondos y verdosos. Aplacó al perro y empezó a caminar guiándolos por entre los cuadros de la huerta.

Toda en vega, llana como la palma de la mano, era una hermosa finca, tapiada con cantos de granito y bordeada de chopos y álamos por la parte de la ribera. Abundaban los frutales y se adivinaba el subsuelo jugoso y fértil de aluvión. Observaba, sin embargo, Durán que todo se hallaba en descuido. Los troncos de los árboles estaban cariados por el muérdago y los hongos parasitarios. Alguno que otro mostraba sus vástagos terminales descortezados y secos como sarmientos arrugados. Y en el suelo, entre las plantaciones de legumbres, las matas de malvas y de vallico ahogaban pomposas la escasa vegetación útil.

Sentáronse bajo el emparrado de la casa, y Durán, sintiendo bella y apacible la tarde, entregóse a agradables imaginaciones geórgicas.

—Se conoce que vienes poco por aquí, Perlín—exclamó al notar el silencio de su amigo.

—¡Phs! Mi tía es la que cuida de todo esto. Desde que murió mi madre, ella se encargó de todo lo mío, y yo, para poder ser puro, no quiero nada ni pido nada.

Haces mal—contestó Durán—, porque tú serías un espíritu franciscano. El contacto con la tierra hace a los hombres pacíficos. Yo haría de aquí una delicia. Una casita limpia y soleada. Aquí, en esta vega sembraría alfalfa, forrajes, un poquito de todo. Ahí, en la ribera, tendría un bosque de álamos negros y muchos animales: vacas, terneros, gallinas, pavos, palomas. Cultivaría yo mismo la tierra. ¡Qué placer, coger uno mismo los frutos, podar los árboles, echar de comer a las aves y ordeñar uno mismo las vacas, acariciándoles el testuz y llamándolas por sus nombres! Créeme: cuando pienso que pueda venir el bolcheviquismo, me acuerdo de mi casa, de mis palomas, del huertecito que tenemos lleno de rosales y de alelíes... Yo acabaría de una vez con estas luchas salvajes, dando a todos los hombres un huertecito y un sentido humilde del amor y de la poesía...

Perlín se quedó mirándole pensativo y se levantó. El hortelano canturreaba sobre el brocal de la alberca, mientras balanceaba su cuerpo venciendo la inercia del cigüeñal. Dióles unas alcachofas y desnudándolas volvieron a salir a la carretera, donde, sin querer, se unieron con el notario y sus acompañantes que regresaban del paseo.

El notario pidió el parecer de Durán. Con guiños picarescos sostenía que eran más perfectas las pantorrillas de la Felipa, la hija del aperador de don Amadeo, que las de todas las otras mozas a quienes había sorprendido lavando en la ribera. Núñez de

la Enramada soltó la risa y contó a Durán cómo habían ido de peña en peña, agazapándose como conejos, en espía de los femeninos semidesnudos descuidados. Reía con la risa cándida y regocijada del niño que acabá de cometer una travesura.

—¿Conque usted es quien corrompe a estos menores?—preguntó Durán, bromista, al notario.

—Nada de eso, querido. Yo soy ya pájaro viejo, a quien no queda más que el *cuchichí*. A la edad de éstos yo no sabía más que deletrear. Ellos, en cambio, leen de corrido.

Sin embargo, el notario era quien llevaba la voz cantante. Hombre de gran ingenio, y vivo y listo como él solo, sostenía el interés del tema con anécdotas y chascarrillos que regociban a Durán y embobaban a los jóvenes que con los ojos dormidos en el deseo se apiñaban a los lados para oírle mejor. Perlín, por el contrario, callaba como distraído y sólo cuando el notario, detrás de una frase propia, abría la boca y refregaba con el pulgar las yemas de los otros dedos, signo este de alguna agudeza o de alguna hipérbole, el estudiante se permitía alargar el índice y el meñique, como diciendo: ¡lagarto, lagarto!

La conversación hubo de pararse en seco. Toparon de improviso con don Guillermo y con la propia Concha, que se rozó con Durán, sorprendiendo su carcajada y tal vez la última picardía del notario. Núñez de la Enramada, después de esto, empezó a celebrar este lance con la misma risa ingenua que

acaso inspiró a Marcial el epígrama de Egnacio. Perlín tiró de repente del brazo a Durán y le retuvo despidiendo a los demás. Con aire sigiloso le apartó a un lado de la carretera y clavándole los ojos, le dijo:

—¿Sabes lo que te digo? Que tú eres como todos, y como a los demás te escupo y te desprecio...

Y le volvió la espalda, magnífico, orgulloso, con el porte gallardo de un dios vencedor.

Durán quedó de pronto aturdido. ¿Qué le había pasado a Perlín? ¿Sería verdad que estaba loco como decían todos en el casino?

Y lo más raro fué que Durán, sin saber por qué, se halló pequeño e insignificante. No sabía lo que le pasaba... A lo lejos, camino de la estación del ferrocarril, se borraban las siluetas de don Guillermo y de Concha... Tal vez iban de viaje... Tal parecía que la novia se distanciaba como huyendo de él... El tren que llega y arranca luego y va desapareciendo, dejando en la soledad el destello fugitivo de un farol rojo que da la sensación de un alma errante que se despide... La pobre estación desierta que queda como abandonada en medio de los campos... Durán recordó la impresión que había experimentado un día que iba de viaje. Un día frío y lluvioso en una estación que parecía muerta. Un peatón, pobre, calzado con alpargatas, que cargó un saco y cruzó solo el andén, una campanilla y una trompeta, y un tren que, al arrancar, parecía decir-

le que la noción de la vida era indefinible como la de esos pueblos tristes y desconocidos...

Y Durán sintió de súbito tal congoja de espíritu que hubiera dado su vida por poder llorar...

XIII

Desde el campo oyó Durán las campanas. Tenía de frente las verdes siembras ondulantes. A un lado, la estepa extremeña cubierta de morados lirios y de acerones ya entallecidos que ponían un tono como de sangre fresca en que se hubiera empapado toda la dehesa. El cielo era de un azul intenso y el aire ligero y diáfano. Y en las barrancas floridas de algamulas, en las lindes de los caminos, y en el cielo, y en el aire había tal gozo de salud, tal fragancia de primavera, tal renovación de vida y energía, que la naturaleza entera, temblando de alborozo, parecía responder al bullicio de las campanas: —¡Cristo ha resucitado!

Lleno de júbilo saludaba Durán a los campesinos que hallaba a su paso. Montados en los jumentos, espoleábanlos con los talones como empujados por una alegría irresistible...

—¡Cristo ha resucitado!

Repetía Durán como otro muchacho el saludo de la Pascua a los niños que entre los trigos buscaban arvejones y espárragos. Sintióse profundamente optimista y se le figuraba que todo el mundo estaba

también poseído del mismo regocijo. Respiraba a plenos pulmones la fresca brisa que a ratos aleteaba en sus oídos y bebía el aroma sano de la campiña. Dijera él que sobre las siembras de albillas una bandada de mariposas movía sus alas con voluptuosidad. Igual que mariposas volaban juveniles sus pensamientos y por la vida interior remozada, jugosa y trémula, corría como por los campos una alegre resurrección.

Tendióse como un chiquillo al borde del camino, gozándose con la frescura aterciopelada del trébol que acariciaba su rostro. Así permaneció largo rato, mirando al cielo como de puras aguas y oyendo el canto de las golondrinas que cruzaban rasantes el sendero.

El eco de lejanas músicas le hizo después incorporarse. Por la carretera avanzaban los primeros carros dispuestos para la fiesta de la Pascua. Sonaban collares de cascabeles y las bandurrias y las guitarras pespunteaban la algarabía de cánticos de mozuelas.

Se levantó contagiado de música. Tomando las lindes atravesó la hoja apagando de paso el canto de los grillos que se taponaban en sus agujeros. Penetró después en el pago de viñas, viendo en toda la naturaleza una hermosura opulenta y pródiga de yemas brotadas, de arbustos nevados de flor, de aguas de regatos murmurantes. Sobre la blancura amarillenta de la arena, las matas de ramarillos abrían sus botones de fuego como una salpicadura de gotas de oro.

Por fin salió a las praderas rasas del posido. Otra vez allí, hundiendo sus pies en la blanda atepa de las cañadas, sentía deseos de tenderse sobre la alfombra blanca de las margaritas. Aquí, como en la hoja, como en las viñas, en esta dehesa que parecía vestida de púrpura y de naranja, y por cuyos cerros corría ya la canción festera de la juventud, sintió Durán por sus venas la renaciente animación del día.

Llegaban carros entoldados y revestidos de banderines y con los carros grupos de jinetes que corrían los mulos lujosamente enjaezados. Cada grupo que al pie de los carros se formaba, era un baile caprichoso y confuso. Las jotas melodiosas, los romances picarescos, el fresco reír de mozas peripuestas, contagiaban a Durán que sentía deseos de brincar y de unir su voz a los coros bulliciosos de la multitud.

—¡Cristo ha resucitado!—volvió a clamar saludando a un desconocido que le miró extrañamente y le correspondió con cierta frialdad.

No reparó Durán en etiquetas, y casi corriendo llegó hasta el río, buscando la discreta soledad de sus frondas. Tendióse junto a un atarfe y con cierta impaciencia esperó la hora de la cita. No quería pensar en nada que turbase aquella impresión magnífica de su alma. Por la parte baja que seguía el declive del río, las manchas de gualdas y de lirios tenían vivas irisaciones, tal como si el sol y el aire hiciesen flamear los jirones de una bandera. Entre los mimbres y juncos del río, una fragancia húmeda

y picante de mejoranas y poleos, excitaba los sentidos de Durán que contemplaba la lejania del camino, queriendo adivinar a Concha en cada voz que cantaba. Acabó por cansarse de esta escucha afanosa y se abstrajo mirando el cielo donde unas nubecillas incipientes simulaban deshilacharse como vellones de algodón.

Al fin, sin que él lo esperase, sintió detrás la risa inconfundible de Concha. Rápido se incorporó y la estuvo contemplando de lejos entre el grupo de sus amigas. A poco la vió avanzar, esbelta y gentil, bajo el dosel de blondas de su roja sombrilla que semejaba una amapola sostenida en alto por las auras. Llegó casi hasta donde estaba él. Concha, al principio, pareció sorprenderse de aquel encuentro, e instintivamente miró para atrás, como temiendo la compañía, pero reponiéndose le saludó con voz firme:

—¡Cristo ha resucitado!

—¡Cristo ha resucitado!

Ella misma le alargó su mano y le decidió a salir a campo raso a la plenitud de la fiesta. Las amigas, en tanto, habían empezado a tejer una danza y avanzaron cantándola hacia los vericuetos del río hasta perderse por ellos. Concha y Durán, siguiéndolas, volvieron hasta la orilla y allí ella recogió su falda y acomodóse sobre la hierba.

A solas ahora, veía Durán a Concha como fatigada y encendida por la emoción. La sombrilla, aun abierta, tamizaba sobre su rostro la luz del sol, como un halo rosado y transparente. Quiso ella hablar

primero y su voz, antes resuelta y serena, se tiñó ahora de un tono opaco y tembloroso que le impedía articular claras las palabras. Tuvo él que romper con una cálida efusión que se desbordaba:

—¡Mi Concha! ¡Mi pobre Concha!

Y Durán le cogió las manos acariciándolas. Sentía ahora el poeta una afectuosa ternura, una pena fragante y delicada, algo así como un deseo vehemente y dulcísimo de llorar de placer y de felicidad. Tanta adoración, tan inefable sentimiento trascendía del alma de Durán que a Concha se le saltaron las lágrimas.

Sentíase trastornado por este abandono generoso de la adorada, por este amor que sabía a grandeza y a deleite... Dijérase que el alma resplandecía de gloria ante la felicidad que reflejaba el rostro de la enamorada. Todas las penas, todas las contrariedades de aquel amor se trocaban ahora para Durán en fuente de goces y en estímulo de esperanzas. Se le redoblaban los ímpetus de sus primeras ilusiones y el brío indomable de su juventud. Tenía ahora una visión clara y alegre del porvenir y lleno de seguridad repetía a Concha sus proyectos, sus esperanzas de triunfo, sus anhelos de aquella vida futura del amor...

Pero pronto Durán se levantó. Una sombra súbita empañó la claridad de sus pensamientos y su rostro adquirió una expresión hosca y fría...

—¡Júrame Concha!—demandó—, ¿me quieres de verdad?

El rostro de la enamorada se nubló con cierto gesto de dignidad herida de improviso.

—¿Mi vida misma no te convence?—le respondió.

Quedóse él mirándola fijamente y la seguridad de ella desarmó las acometividades que él preparaba.

—¡Sí!—exclamó—. ¡Este amor nuestro es algo fatal e irremediable!

Y empezó a fluir el raudal de la sinceridad. Las dudas que como una niebla velaban de vez en cuando las esperanzas del porvenir. La incomprensión y la miseria ajenas, saliéndoles siempre al paso y cómo imbuído por todo esto, por su orgullo, por su amor propio íntimamente lastimado, quiso romper con ella, olvidarla, arrancarse del alma todas las espinas punzantes de la pasión.

Ella, llenos los ojos de lágrimas, le tendió las manos. Temblaba de gloria y de delicia.

—¡Me gustas así!—exclamó radiante—. Yo te quiero fuerte, digno y poeta de ti mismo. ¡Ay, Alfonso, si tú tuvieses voluntad como tienes corazón!

Adoptando un tono grave y afectuoso le sentó a su lado. Quería ella que la floja voluntad de él no retardase el fruto de los sacrificios y del dolor que aquel amor les costaba. Para eso tenía él el don del trabajo y aquella confianza en el propio valer. Quería que siguiera siendo orgulloso, que el amor propio espoleara el ánimo indeciso y voluble para triunfar sobre todos.

Concha hablaba con ese dejo de protección maternal que tienen las mujeres para todos los hom-

bres y, aunque a veces le reprendía, sometíase Durán con agrado a esta especie de autoridad educadora.

—¿Y el premio?—preguntó sonriente adivinando la respuesta.

—¿El premio? ¡Yo!

Lo dijo Concha con tal seguridad que parecía desafiar hasta las dudas. Esta respuesta envolvía a la vez tal concepto de propia estimación y de personal valer, que se impuso a Durán sin dejarle lugar a las restricciones.

—¡Bien!—dijo él—. ¡Vales mucho más que yo!

No se sentía entonces ni humillado ni empequeñecido por Concha, que se ofrecía ella misma como premio a los esfuerzos, a las actividades y a toda la grandeza posible del soñador.

Lleno de humildad empezó a besar las manos de Concha.

—¿Qué haces?—preguntó ella alarmada.

—No temas. ¡Me siento ahora yo!—contestó él con solemnidad—. Ahora te digo que yo soy yo como tú eres tú...

Cual si dejara tiempo para que Concha comprendiese el significado de sus palabras, Durán hurtó a los dulces ojos los suyos y los fijó en el río. La corriente se trenzaba por entre las piedras con un murmurio suave. A los pies de ellos formaba un remanso y el aire rizaba la superficie flotando en tanto sobre las ondas la luz del sol con reflejos vivísimos. De la orilla subía el vaho sutil y excitante de húmedas hierbas mentoladas.

Durán hundió sus manos en la transparencia del agua. Sonriendo luego se salpicó repetidas veces el rostro experimentando una grata sensación con aquella frescura. Sentía deseos de algo así como de purificar también su alma bañándola por entero en aguas cristalinas.

—¿Sabes, Concha? ¡Ahora te digo que quiero ser ese yo! ¿Y tú?

Entornó ella los ojos y le sonrió inmensa en el silencio.

Enardecido el poeta empezó a bendecir los cielos, los campos y las aguas, testigos de aquella renovación interior que le engrandecía. Ella, suspensa, muda, embobada en la música de las palabras, no sabía más que callar, callar excelsa con esa intuición augusta del silencio.

Como un chiquillo volvió a besar locamente los pálidos dedos ensortijados que rehuían esquivos y dulces la desbordada ternura. Luego de los tepes húmedos empezó a arrancar briznas de hierba, gualdas y margaritas que arrojó al regazo trémulo de la enamorada. Saltando llegó otra vez a la corriente y hundiendo sus manos en las linfas se bañó los ojos.

—¿Ves, Concha? ¡Puro para mirarte! ¡Yo soy yo! ¿Y tú?

Bebió después de las aguas, sintiendo el refrigerio tonificante de su gracia. Luego llenó el hueco de sus manos y se dirigió a Concha salpicándola:

—¡En tus ojos, en tu boca, en tu frente, en tu regazo que espera el amor!

—¡Loco, loco!—exclamó ella riéndose y levantándose.

Sentían próximos los ecos y las risas de las otras jóvenes. Concha miró para atrás y se acercó a Durán. Temblaba radiante y ruborosa a la vez, como para decir algo, y, sin que él lo esperase, de repente, le besó los labios:

—¡Cristo ha resucitado!

Y echó a correr, esbelta, ligera, gentil, perdiéndose por entre las matas del río hacia el grupo de las amigas, que otra vez salían a la pradera saltando y brincando. Durán quedó como embriagado de gloria y de delicia, como si un perfume suavísimo e incomparable le penetrase hasta la medula del alma y la marease, durmiéndola en un sueño indefinible. Tanta era su felicidad que cayó de rodillas limpiándose las lágrimas.

¡Qué bien le sonaban después las músicas, las canciones, el hervor de la fiesta a campo raso! Los antiguos romances vibraban melodiosos con las lentas caída de una vieja dulzura. Era el cántico del eterno amor, triste o dichoso, llorando al son de la flauta las congojas del alma, o danzando en las cuerdas sonoras el alborozo de besos y caricias.

En todos sitios hallaba amigos espontáneos, campesinos y labradores que le invitaban a probar los sabrosos fritos, ofreciéndole de paso las botas repletas de vino; mozas que bailaban como incitándole,

risas, piropos, una alegre fraternidad en todos los corazones. Por un momento pensó en lo fácil que es hacer a un pueblo feliz. He allí un pueblo que con una guitarra, un trozo de carne y un garlo de vino, poblaba los campos de paz, de música y de juventud.

¡Todo podía ser bueno en la vida! El cielo, las tierras, las almas y los amores.

Y en esto se acercó el tren silbando. Símbolo del poder, de la fuerza y de la majestad, hizo retemblar las tierras y aturdió las colinas con el estrépito de su herraje, cantando con sus silbatos un himno jubiloso al trabajo y a la vida. Y Durán, al borde del desmonte, viéndole pasar, sin saber lo que hacía, se quitó el sombrero, cogió un puñado de tierra, lo besó palpitante y lo arrojó al tren gritando:

—¡Cristo ha resucitado!

XIV

Perlín, sin embargo, volvió a casa de Durán. Recibióle el poeta como si nada hubiese pasado entre ellos, y el estudiante, no sabiendo de qué modo franquear aquella sima abierta en sus relaciones desde la última entrevista, le sonrió olvidadizo:

—Aunque no eres como yo, quiero que seas como yo.

El mismo acercó una silla a la mesa, y apoderándose de las cuartillas que había escrito Durán, empezó a leerlas sin gran interés.

—¡Bah!—exclamó al poco rato—. Nada de esta obra vuestra quedará como útil. Quedará sólo el pensamiento de los que lo consagraron al dolor de los hombres. ¡Esto es lo que vale, esto!

Sacó, mientras así decía, un libro encuadernado en roja pasta con extraños dibujos sobre la portada.

—¡La revolución de la gran Rusia! He aquí cómo un pueblo, al que se creía muerto entre las garras de los zares, ha sabido redimirse. Verás.

—¡No!—extendió la mano Durán rehusando la lectura—. Estoy ya hastiado de todas esas controversias. No creo tampoco en la redención de Rusia,

ni menos en que aquí sea necesario hacer una cosa igual.

—¡Esto está peor que Rusia!—afirmó Perlín.—¿Quién de los españoles, quitando unos cuantos, puede decir que se encuentra satisfecho en su patria?

Durán hizo un gesto de cansancio como rehuyendo la probable discusión; pero Perlín comenzó a hacer cargos contra el estado de cosas en España, y principalmente contra los ricos. Aunque Durán daba muestras de indiferencia, Perlín hízole un relato de los conflictos locales. Trajo a colación la langosta, y con un sentido hiperbólico iba haciendo una historia de los subterfugios, de las tranquillas, de las malas artes que, según él, ponían en juego los terratenientes para no cumplir con la ley. Unos hacían con que mataban, permaneciendo sordos al dolor desesperado de la tierra. Otros apelaban a los recursos, a los expedientes, a las engañifas. La política tendía su manto encubridor sobre las culpas y los delitos. No se hacía efectiva una multa. Y en tanto, los gérmenes avivados invadían los campos, que se llenaban de zozobra y de temblor.

—¡Ah, pero como yo pueda—exclamó—, este año las pagarán todas juntas!

Perlín al decir esto rió con una risa feroz, con un gesto de lobo hambriento que ventea la presa, y Durán le reprendió.

—¡Déjalos que rabien—respondió el estudiante—, que se atormenten, que paguen algo de lo mucho que deben! ¡Ah, si yo pudiera hacer viriles a esos

campesinos! ¡Pero mis campesinos son también unos mandrias!—terminó con desaliento.

Quedó un momento indeciso, y de repente se levantó cogiendo a Durán de los brazos.

—¡Yo te conjuro, Alfonso, a que, como yo, los maldigas! ¡Que sus rebaños los coma la peste, que sus siembras se hagan estériles, y ellos, como tú y como yo, se vean esclavos del dinero cuando no lo tengan!

Tenía al decir esto un acento solemne y sibilítico, y, como otras veces, un fuego maligno rafagueó en los ojos dormidos y azules.

Durán procuró serenarle.

—¿Para qué eres así, Perlín? ¿En realidad eres tú como dices?

—Yo soy puro y todo esto me indigna.

Durán optó por echar todo a broma, y respondió a Perlín:

—Si en mí consistiera, te haría desde luego autócrata para que gobernaras a tu antojo y capricho. ¡Qué cosas habíamos de ver! Apostaba a que tu primera medida de gobierno era desposeer a los ricos de todo lo que tienen, como han hecho los *Soviets*.

—Y bien, ¿crees tú que sería una injusticia? El programa de los *Soviets* ha sido robar lo robado. ¿Crees tú que gran parte de esa inmensa propiedad no es un robo? Sabes tú cómo se ha formado? ¿Sabes cómo se ha ido acumulando? Si se hiciera una revisión de fortunas, ¿cuántos podrían decir esto es legítimamente mío? Yo te pudiera decir de

bienes de propios del Concejo que han pasado a manos de particulares sin haber pagado éstos más que el depósito de la fianza. De dehesas del Estado que se han ido comiendo los caciques para agrandar sus heredades. De casas que tienen veinte mil cabezas de ganado y no tienen amillaradas más que dos mil. ¿No es esto verdad? Pues, dime: el que oculta su riqueza al Estado para pagar menos tributos, mientras tú pagas los tuyos, ¿qué hace sino robar al Estado? ¿Sabes tú a cuánto puede ascender esa serie de acumulaciones y ahorros hechos a expensas de los demás? ¿Es que robar no es más que entrar con violencia en la propiedad ajena? Y he ahí la ley vuestra, la ley de vosotros que os llamáis cristianos, que colma de honores al que supo hacer una millonada hurtándose a los deberes de la ciudadanía y al concepto distributivo de la justicia. Sinceramente, Alfonso, ¿crees que no es ya la hora de acabar con esto?

La ira había puesto en el rostro pálido de Perlín dos rosas sangrientas. Le acometió un golpe de tos, y extenuado se dejó caer sobre la silla, apretándose las sienes.

Con una voz profundamente desolada, exclamó golpeándose el pecho:

—¡Lo que siento es que esto se va!

—Serénate—le aconsejó el poeta—. ¿Por qué te gozas en hallar motivos para esos ardimientos que te hacen daño?

—¡Lo que ha de suceder es irremediable!—contestó, fúnebre, Perlín—. Yo no lo veré—añadió con

tristeza—; pero tengo la esperanza que ha de venir un mundo mejor. ¿No lo crees tú?

—Yo—respondió Durán—no creo en los hombres. ¿Sabes en lo único que yo creo? En el amor. ¿Y tú, Perlín, crees en el amor?

—¡Yo creo en el odio!

—No me refiero a eso. Te hablo del amor ese que tú decías antes, al leer mis cuartillas, que no servía para nada. Y es lo único bello que tienen los hombres, amigo mío. ¡Ah!—añadió, riendo—, ¿ves tú que te crees un espíritu fuerte? Pues tú harías un marido modelo, no te quepa duda. Tú, que alardeas de incrédulo, que has roto el prestigio de todas las religiones, llegarías tal vez a rezar el rosario con tu mujer. ¿Por qué no buscas una novia y pruebas?

Perlín soltó la carcajada.

—Sí, ríete; pero convendrás conmigo en que, hoy por hoy, es lo más bonito del mundo. Imagínate tú enamorado: una mujer guapa que se mira en ti, y el amor mutuo que florece en ensueños, en ilusiones, en nuevas vidas que tupen las frondas de tus sentimientos. Haz tú lo que digo, y te convencerás.

El rostro de Perlín, que había ido adquiriendo una expresión apacible, se nubló de repente.

—¡Yo ya tengo mi desposada!—dijo sombrío.

—¿Quién?

—¿Qué te importa ni para qué quieres saberlo?—contestó desabrido—. Déjame a mí seguir mi destino. Mi destino es odiar, maldecir, y...

No terminó la frase, porque Marina, apareciendo en la puerta del despacho, les interrumpió graciosamente enojada:

—Pero, ¿queréis decirme qué hacéis aquí tanto tiempo encerrados y rompiéndoos siempre la cabeza con tantas discusiones? ¡Largo de aquí a gozar de este día tan bueno y alegre! ¿A ti, Perlín, no te gusta el sol?

Señalaba Marina por la ventana del patio el cielo espléndido y radiante. Entrába en el despacho una oleada de sol, y un manojo de rayos se reflejaba en la vitrina del centro, iluminando las letras miniadas de un Códice antiguo. Las cortinas ondeaban ligeramente, y creyérase que la luz, cabalgando en las alas del aire, ponía en la finura del terciopelo un vago estremecimiento. Salieron los tres, y sentáronse en el patio. Los naranjos, cuajados de azahar, exhalaban un perfume intenso y penetrante. Se habían revestido de pompa las madreselvas, y una variedad de rosas lucían abiertas en los arreates. Y había en todo el patio tal efluvio de aromas, de frescura y de salud, que Durán exclamó con satisfacción:

—¡En verdad que es hermoso vivir!

Perlín tosió, y mirando a Marina, murmuró bruscamente:

—¡Todo es triste en la vida!

Durán comprendió que había cometido una indiscreción, y, avergonzado, miró también a Marina. Esta, adivinando la turbación de su hermano, procuró ahuyentar los pensamientos tristes.

—Alfonso, ¿por qué no nos lees ahora un capítulo de tu novela?

—¿Quieres?—dijo Durán a Perlín.

—¡Yo no! Ya te he dicho que eso no sirve para nada. Vosotros, los literatos, llenáis solo un menester vulgar: distraer el aburrimiento de los ricos...

—¡Jesús y en qué sutilezas os entráis! Estaba por decir que son más agradables mis palomas—dijo Marina.

Y con voz mimosa se puso a llamarlas:

—¡Zuras, zuritas, zuras!

Durán explicó a Perlín:

—No me cambio por los pensadores. ¿Cres tú que no es útil poner un poco de ideal en el prosaísmo de la vida? La vida sin los poetas sería insoportable. ¡Imagínate si todo fuera topar a cada paso con los discursos de tus maestros y los eructos de don Amadeo! Hay que descubrir lo que también la vida tenga de bello, y esa es nuestra misión. ¿No has encontrado tú nunca algo bello en la vida?

Perlín, inconscientemente, volvió sus ojos a Marina. El sol, dando de lleno sobre el rostro de la joven, ponía en su piel una transparencia de fruta lozana. Sonreía ella, dichosa, viendo volar las palomas, y sus claros ojos creyérase que vagaban como suspensos en algún hilo de ilusión.

Ella misma rompió el encanto de aquel silencio.

—¡Miren las bribonzuelas—dijo—, y no quieren venir! ¿No me conocéis ya? ¿O es que tenéis miedo

de Perlín? Si Perlín es muy bueno y os quiere también... ¡Vamos, zuritas, zuras!

Perlín, nervioso, se levantó.

—¡A un hombre como yo—rompió—que le digan que la vida es bella! ¡Que ha venido la primavera y florece en los campos y en los corazones! ¿Y qué es eso sino mi dolor? ¿Sabes lo que te digo, Alfonso? ¡Que tienes razón! ¿Qué me importa a mí la vida ni la justicia de los demás? ¿Qué me importa a mí que el mundo se salve, si todo el mundo no ha de salvarme a mí?

Se había teñido su rostro de tal palidez, y tan triste hablaba, que a Marina se le saltaron las lágrimas.

—¡Si yo supiera!—exclamó luego, pensativo. —¿Pero qué ha de venir detrás? ¿Lo sabes tú, Marina? Vosotras, las mujeres, sois más puras que los hombres. Yo te pregunto: ¿qué viene después de la muerte?

—¡La vida!—contestó sencillamente Marina.

—¿Y cómo es esa vida, Alfonso?

Durán, preocupado, preguntó a su vez:

—¿Qué crees tú?

Perlín, tembloroso, se revolvió.

—¿Veis, veis? Me llenáis de dudas, de vacilaciones, de incertidumbres, de misterios y de tristezas, y cuando os pregunto, me contestáis con otra interrogación. ¡Todos sois malos, todos sois crueles para mí y a todos os odio!

Y salió de prisa, encorvado, conteniendo la tos y dejando tras sí el eco de sus pasos fatigosos. Entre

Marina y Durán se interpuso un silencio embarazoso y triste. Sintió el poeta entonces por Perlín una conmiseración y una lástima tales, que parecía que su propia alma quería derramarse en amor sobre la pobre vida. Mentalmente reprendió a Marina, porque era bella. La juventud y la gracia de su hermana se le figuraban ahora, sin conocer por qué, una especie de reto a las ansias desvalidas del estudiante. Se reprochó él también a sí mismo por haberse encontrado feliz ante el infortunio. ¡Pobre Perlín! Durán tenía deseos de llamarlo, de besar sus manos, de pedirle perdón hasta que llorase... Y acariciando estos sentimientos, halló Durán después una majestad tan noble, una claridad tan dulce, que creyó que un resplandor eterno inundaba ahora de pureza su espíritu.

XV

—¿A que no sabes quién ha venido a buscarte? —preguntó Marina a Durán apenas se sentaron a comer.

—¿Quién?

—¡Enrique Cabrera! Ha regresado esta mañana y te espera en el casino a la hora del café.

Durán experimentó con esta noticia una impresión inexplicable. En vez de alegría, sintió algo así como un íntimo desencanto con la llegada del amigo del alma. Tal vez esto venía a romper el indiferentismo en que transcurría su vida, huérfana de afectos leales, y el hábito de sus sentimientos se rebelaba a modificar los conceptos que ya había formado con sus desengaños de la lealtad y nobleza de los hombres. Cabrera era cosa aparte. Conservaba de él Durán el recuerdo emotivo de una amistad entrañable, avalorada siempre por una mutua y discreta comprensión. Y acaso temía por él, por el efecto que en el amigo pudieran producir todos los prejuicios amontonados sobre la vida del poeta, y por adelantado sentía el dolor de un nuevo escepticismo posible.

Sin embargo, ya no tuvo Durán paciencia para comer con reposo. Su madre, viéndole tan desasosegado, y creyendo adivinar la causa, le preguntó:

—Será todo el campo un dolor, ¿verdad, hijo?

—¡Ah!, no es para tanto—disimuló él—. Los langostos, sí, hacen daño, pero no para desesperar. El trigo de la dehesa es una hermosura. ¡Que espigas, qué granazón, qué opulencia de tallos! ¡Con un poco de tiempo que nos dieseñ!...

—¡Si Dios quisiera!—esperanzó la madre—. No sabéis el trabajo que me cuesta pensar en lo que tenemos... El otro día pasó por ahí el prestamista... ¡Siempre que le veo me entran las zozobras! ¡Si Dios quisiera!...

Durán desvió discretamente la conversación y luego salió a la calle.

En el casino encontró a Cabrera rodeado de un coro de jóvenes. Los dos amigos se abrazaron efusivamente, haciendo sitio Cabrera a Durán a su lado. La conversación interrumpida se reanudó. Cabrera desleía un terrón de azúcar en la taza de café y contestaba con una sonrisa indulgente a las innumerables preguntas de la tertulia. Los señoritos villalucences, que no habían ido más allá de Madrid, no se satisfacian de oir las explicaciones de Cabrera, deslumbrados con el relato de cosas desconocidas. Preguntábanle insistentemente y pedían detalles y minucias de la vida de París que suponían sólo alegre y divertida. Alguno, recordando la lectura de las novelas decadentes, aludía a los espec-

táculos refinadamente lascivos, a las escenas galantes de los *cabarets*, a las aventuras fáciles con fáciles cortesanas, poniendo en sus interrogaciones un tono picaresco y de suficiencia.

Cabrera, sin dejar de sonreír, los iba desilusionando. Era cosa de novelistas plagiarios el suponer a Francia una nación compuesta sólo de elegantes *cocotes* y matrimonios divorciados. La mujer francesa no tenía, al revés de como la pintaban, nada de frívola y asequible a las galanterías donjuanescas que imaginaban los lechuguinos. Consciente de sus deberes, era culta y espiritual. Tal vez poseía, como ninguna otra, honrosas cualidades. Esa Francia, bulliciosa y cortesana, no existía más que en las páginas de la literatura importada. Con los sufrimientos de la guerra, habían adquirido los franceses un sentido noble y austero de la vida. La necesidad del ahorro había impuesto hábitos sencillos, costumbres laboriosas, una especie de higiene moral en que hasta el tiempo libre no se malgastaba como en España en diversiones degenerantes, sino en ejercicios físicos. Así, era raro ver en París un café abierto a las once de la noche.

Los jóvenes, defraudados en sus esperanzas, comenzaron a aburrirse y poco a poco fueron saliendo, uno tras otro, dejando solos a Durán y Cabrera.

—Bueno, querido, ¡cuánto he pensado en ti por esas tierras! En Suiza me enteré por carta de mi familia que te habías venido al pueblo. ¿Y qué tal aquí?

—¡Phs! Puedo decirte que continúo forastero... mi vida te la podría condensar en estos dos versos:

«A mis soledades voy,
de mis soledades vengo...»

Cabrera iba a contestar algo y calló, prestando atención a lo que pasaba. En el salón contiguo discutían don Amadeo, don Pablito y el Moro Vinagre. Hablaban de langosta, que era el tema constante de aquellos días. Sostenía don Pablito que obligarle a él a pagar un reparto para matar lo que no criaba, era cosa que sólo se veía en este desgraciado país. Es decir, que él no diría que quien había dispuesto eso mereciese cuatro tiros, pero que tampoco decía lo contrario.

Don Amadeo templaba con razones que parecían de peso.

—¡Es cosa de reírse!—se oyó a don Pablito—. Y lo más notable del caso es que el asunto está tan claro como tres y dos son cinco y nos quieren hacer tontos de remate. Yo te hago por ejemplo un daño que aprecian en cinco duros. Y si no te los pago, la ley me mete de hierros hasta el pescuezo y hace que te indemnice como es justísimo, y debidísimo, y racionalísimo, por supuesto. Pero se juntan Pedro, Juan, Francisco, etc... me hacen daños de doscientos duros y Pedro, Juan, Francisco, etc., se quedan tan tranquilos creyendo que no me deben nada. Y encima no se cansan de decirme: ¡modorro, modorro, modorro!

—¿Pero ellos quieren hacer ese daño?—preguntó el Moro Vinagre.

—¿Pues qué? ¿Lo evitan acaso?

—¡Nadie cría langostos por su gusto!

—No, lo que has de decir, es que les cuesta un disgusto matarlos ¡A ver qué belén ahora!

—¿Quieres que demos un paseo?—preguntó entonces desengañado Cabrera.

Salieron del casino, cogidos del brazo fraternalmente.

—Y tú, ¿qué opinas de todo esto, Alfonso?

—Yo no quiero opinar—contestó Durán—. Te diré: vivo al margen de todos los sucesos del pueblo. Las cosas resbalan por mí indiferentes. En una palabra: ¡voy perdiendo la fe en todo!

De aquí arrancó Durán para hacer a su amigo una historia de las vicisitudes que había atravesado desde que llegó a Villaluz y las que actualmente estaba atravesando sólo, triste, retraído y contrariado por sus amores.

—¿Y sabes lo que más me duele? La conciencia de haber sentido sobre mí la injusticia. ¡Nadie ha puesto sobre mi vida ese sentido generoso de la serenidad! Yo habré sido malo, pero dime, Enrique: ¿qué he hecho yo que no haya aprendido de los demás? ¿Por qué lo que es malo en mí no lo es en otros? Yo he querido muchas veces ser bueno, vivir en poeta, perdonar a todos y abrir mis brazos con efusión. ¿Quién ha comprendido la nobleza de mis esfuerzos? ¿Quién me ha alentado con un con-

sejo que no sea depresivo? ¿Quién me ha dicho a mí lealmente: redímete? ¿Sabes la idea que me da esta sociedad? La de una orden infamante. Para entrar en ella me exigió todo lo que di: espíritu, poesía, paz, todo lo bueno de mis costumbres y de mis hábitos primeros... Y dádome el espaldarazo la misma sociedad, me echa en cara que soy como ella quiso hacerme, a imagen y semejanza suya...

Cabrera sonrió comprensivo.

—No te dé pena—exclamó—. Esa es la ley de los valores, precisamente. Se contrastan así, por lo que los demás ponen en nosotros. En estas cosas, la indiferencia es lo peor. Cuando se discute un valor, se parte ya de un supuesto que afirma algo. Hay algo material o moral que nos preocupa para alegrarnos con la negación de ello. ¿Has visto tú que nos interese, ni para bien ni para mal, lo que nos es insignificante? En el contraste de los valores entran los amores propios, que se creen sustraídos de algo que nos envanece y que no es ya exclusivo. Si todos estuviéramos en la cumbre, no haría falta la educación de la sinceridad... Todo sería bueno para nosotros...

Dando luego de lado a estos incidentes, Cabrera empezó a relatar sus impresiones de viaje. Había ido a Suiza con el propósito de estudiar la instalación de una vaquería modelo. El quería hacer algo nuevo. No se conformaba con seguir explotando la ganadería, fiándolo todo al buen tiempo y a la buena voluntad del vaquero o del mayoral. Quería

salirse de los moldes rutinarios, ser en Villaluz algo más que un señorito rico y contribuir a hacer patria.

—Desengáñate. Gran parte de ese malestar social va íntimamente ligado a un problema de producción. Yo creo que antiguamente no había estas luchas, porque el pueblo vivía mejor. No queremos producir con economía. Encarecemos la vida con los medios deficientes de que nos valemos para sostenerla y fomentamos así la incuria y la ignorancia. A la postre todo es un desequilibrio entre las exigencias de la vida moderna y las fuentes de la producción, cenagosas ya con el légamo que han ido sedimentando tantos años de pereza...

Llegaron entonces a la plaza y, como hacía aún mucho calor para salir de paseo, optaron por dar unas vueltas bajo los soportales del Ayuntamiento. Durán desde allí observaba el mal estado de las calles que afluían a la plaza. Había numerosos hoyos desempedrados y de todas partes subía un vaho de humedades nocivas. Allí mismo, delante del Ayuntamiento, salpicaban los guijos desencajados restos de verduras, piltrafas y mandíbulas arrojadas a los perros desde los puestos de carne, y como prendido en las paredes, un olor a grasa de ovejas, a suciedad, a incuria, a abandono, a ausencia de autoridad...

—Y los países aquellos—preguntó—¿se sienten bien gobernados?

—En general, sí. La política al menos se entien-

de allí de otro modo. Precisamente coincidió mi estancia en Bruselas con las elecciones, y me llamó la atención el modo que tenían los partidos de hacer propaganda. Leías un manifiesto del partido liberal y decía, por ejemplo: «acordaos que por nosotros se hizo la ley A o el proyecto B». Leías el del partido católico y era otro memento de beneficios positivos. Nada de decir eso de si el candidato contrario es de este modo o del otro, y uno es mejor y el otro peor... ¡Lo mismo que aquí, donde no hay otra razón de partidos que don Fulano o don Beltrano, y en donde por si el jefe M. dejó de saludar al jefe N. hay ya motivos de crisis y perturbación de la vida nacional...

—En España—asintió Durán—es todo cuestión de vanidad personal. El problema de gobierno en España es más que nada un problema de higiene espiritual. Si preguntaras a un diputado por qué quería ser diputado, le pondrías en un apuro. Quita unos cuantos, y estaba por decirte que si a los diputados españoles les obligasen a estudiar siquiera una hora los problemas nacionales, habría que reclutarlos con la Guardia civil...

La conversación tomaba un giro demasiado importante y, los dos amigos salieron de los soportales. En la plaza, llena todavía de sol, picoteaban las palomas domésticas, que, al sonar el reloj, levantaron el vuelo agitado. Grandes bandadas de aviones chillaban en torno del campanario, y de lejos se oían los pregones de los vendedores ambulantes.

—¿Pues, tú ves?—dijo Cabrera—. Estas tardes así las he echado yo de menos en Berna. Precisamente te recordaba. Y te veía mirando esas palomas y copiando los romances de esos chiquillos. Te he dicho lo que has oído, y, sin embargo, no me encuentro a gusto si no es aquí.

Salieron al campo. Por el lado del poniente, el sol moribundo ponía una gradación de tintas escarlata en los cirrus sutiles del cielo. Toda la hoja, casi en sazón, amarilleaba trascendiendo ese aroma inconfundible de las espigas... Cruzáronse con una cuadrilla de segadores, que, con el palo del hato al hombro y la hoz en la mano parecían enarbolar banderas. Al paso, percibieron los dos amigos algunas exclamaciones que iban profiriendo contra los ricos. Unos a otros se señalaban a ambos lados de la carretera las manchas grises e inmensas de langostos que saltaban con un ruido de lluvia.

—¡Hombre! ¿Y Perlín?—recordó de pronto Cabrera.

—¡Pobre!—compadeció Durán—. ¡Está cada vez peor!

—¿Y sigue con sus ideas?

—¡Eso sí! Cada día está más exaltado...

—En verdad—dijo Cabrera—, que en parte lleva razón. Se impone una reforma, bien de la propiedad o de los tributos. Yo optaría por lo pronto por el impuesto progresivo...

Topáronse en esto con Núñez de la Enramada que volvía de paseo. Como oyó las últimas pala-

bras de Cabrera, preguntó a éste qué era eso del impuesto progresivo.

Cabrera y Durán echáronse a reír con cierta inteligencia. Núñez de la Enramada, sin mostrarse ofendido, les hizo saber el resultado de sus últimos exámenes. Había regresado el día anterior de la capital y le habían dado el tercer suspenso en francés. Lo contaba riendo, con un alarde de desaprensión que extrañó a los dos compañeros.

—¡Bah! ¡No se puede estudiar por libre! Y además, ¿a mí para qué me sirve eso? ¿Voy yo a hablar en francés con mis pastores y mis porqueros? ¡Qué tonterías! ¿Y voy yo a vivir tampoco de los libros? ¿Qué falta me hace a mí estudiar? ¿Y sobre todo, a mis años, con veintidós ya, qué me importa a mí ser o no bachiller?

Volvió a reír inocentemente. Luego, viendo que Durán y Cabrera iniciaban otra conversación, se despidió cimbreando su cuerpo juncal y taconeando al andar para estirar bien las piernas.

—Los acontecimientos—exclamó Cabrera—sorprenderán a estos dormidos...

—Ese todavía cree que estamos en la Arcadia feliz—contestó Durán—; pero volviendo a Perlín te digo que no hay quien pueda con él. ¿Sabes lo que dijo el otro día en un mitin que dió a los campesinos? Que cuando los langostos se comían las espigas las cabezas eran la mies de las hoces... Intervino la Policia y anda empapelado.

—¿Y los campesinos?

—Hablan de revolución y de justicia... ¿No has oído a esos segadores que hemos cruzado?

La campana vibró entonces en la serenidad del crepúsculo. Y no era la dulce voz que llenaba de unción religiosa los campos tranquilos, sino que parecía más bien un eco temeroso, un acento incomprensible y extraño que diese un grito de alerta a los corazones...

XVI

Tanto apremiaba la siega, por los estragos que hacía la langosta, que Durán, a toda prisa, mandó reclutar peones y los envió al rompimiento de la dehesa que llevaba en arriendo.

Salió él a verlos, ya bien mediada la mañana, y atravesó las vastas extensiones arenosas, cuyas pastos sedientos comenzaban a agostarse consumidos por la sequía. A uno y otro lado del camino, largos cordones de insectos, apelotonados, se desparramaban al saltar. Montones de ellos, encaramados sobre la corona abierta de los cañarejos, producían un ruido como de finas sierras trabajando incesantemente...

Cuando llegó al tajo hacía un calor insoportable. Grandes bocanadas de aire sofocante parecían salir de las entrañas de la tierra, que respiraba, flameando, por las puntas amarillentas del rastrojo. Los segadores, empapados de sudor, apuraban el agua hecha caldo en los barriles, volviendo luego a la brega inclemente de las hoces. No estaba el trigo en sazón, y auguraban los segadores el poco rendimiento de aquellas espigas prematuras, vaciadas ya

en parte por los dientes insaciables de la plaga.

—¡Mié usté, mié usté qué esgalazo!—ponderó el manijero.

Señalaba a Durán los tallos cortados, las ronchas carcomidas, los raquis de las espigas raídos de ráspulas como cabezas afeitadas y el aspecto de innumerables insectos repugnantes cabalgando sobre lo que quedaba en pie...

—¡Dígole que esto es una maldición y da grima!—añadió el manijero.

Los otros segadores, indiferentes a todo, empezaron luego a cantar, acompañándose con el rumor de las hoces. Bromeaban joviales y contaban chascarrillos obscenos, pidiendo su parecer a las espigadoras, que protestaban avergonzadas mirando a Durán...

Este callaba consternado. Contemplaba la destrucción irremediable del rompimiento, y de una sola ojeada abarcó las consecuencias terribles que esto traería a su casa. Sintiéndose congestionado, apeóse del caballo y buscó la sombra de las hacinas... El agua, salobre y tibia, no apagaba la resecación de sus labios, ni el cálido hervor de sus entrañas...

—¿Qué va a ser de nosotros?—se preguntó aterrado.

Calculaba los gastos que habían hecho para producir aquello: labores, estiércoles, simientes y mejoras. El esfuerzo que suponía sostener la esperanza, teniendo que pelear un año entero con gañanes in-

dolentes, con obreros de floja voluntad que trabajaban de mala gana y hacían cada vez más difíciles los éxitos de la agricultura... ¡Y después de todo esto ver que por culpas ajenas, por dejación de deberes de los que se decían la aristocracia social y las gentes de orden, se habían malogrado los sacrificios, el sudor y los dolores de su casa!

Y la cosa no tendría apelación. El administrador de la dehesa, en nombre del dueño, le diría que era sensible aquello, pero que él tendría que cobrar íntegro el precio del arrendamiento. Es decir; que ni la fuerza mayor, ni la conciencia de arruinar a una familia, influirían en el ánimo del propietario para una condonación generosa y justa. ¡La tierra! ¿Pero es que la tierra no había de llevar siquiera la condición equitativa de saneamiento? ¿Es que la mera propiedad de la tierra tenía por sí misma más atributos y más derechos que el trabajo y la inteligencia? Pensó Durán que estos rentistas de la tierra eran los peores usureros. Un usurero, al menos, aseguraba algo, daba el dinero, libre de contingencias. Por de pronto, el Estado garantizaba en su deuda un interés positivo... Pero el rentista de la tierra no aseguraba nada; daba sólo una probabilidad a cambio de un fruto cierto. Además, la ley señalaba al prestamista de dinero el límite de los intereses racionales, interviniendo en las exacciones abusivas, al paso que para los que prestaban tierras no había restricciones, ni leyes, ni nada, con los contratos a todo riesgo y ventura...

Fuera como fuera, la situación económica del poeta quedaba desbaratada ahora sin culpa suya. Representaba esto un retroceso muy grave en la vida que había empezado a discurrir por cauces sencillos y fecundos... ¿Quién impedía su bienestar? ¿El o los demás?

Un sentimiento de odio se posó de repente en su corazón, trayéndole ideas trágicas y perturbadoras. Efectivamente: ¡había que renovar todo esto, como decía Perlín, y que el fuego purificador de la tremenda justicia se extendiese por todo el haz de la tierra! ¡Si no gobernaban a los hombres ni la razón ni el deber, que la fuerza mayor del número destruyese a la otra fuerza organizada de los egoísmos!

—¡Cristo, Cristo!—exclamó.—¿Qué han hecho los hombres de tus doctrinas? Y si no creen en ellas, ¿por qué consientes que se llamen cristianos?

Un súbito temor paralizó sus ideas... Sonáronle sus propias palabras a irreverencia y, sobrecogido, fijó los ojos en el cielo. Bruñido el espacio, intensamente azul, expandía la serenidad, como el aliento de algo eterno, que daba una respuesta muda a las incomprensiones y miserias de la tierra. Durán, aquietado algo, y temeroso ya de sí mismo, rehuyó las propias incitaciones turbulentas y procuró dormirlas en la modorra soñolienta del paisaje...

Reinaba una calma chicha en el mar amarillo de la mies. Un sopor solemne invadía la campiña, y sólo las cigarras ponían un estridente estremecimiento en las flámulas crepitantes del bochorno.

Delante de Durán, los segadores, encorvados, avanzaban en fila, cimbreando en alto los rampojos. Detrás de ellos, las espigadoras, con la cabeza hundida en el rastrojal, pegado el cabello a las sienes por el sudor, mostraban las piernas desnudas, sangrantes y laceradas por los pajonazos hostiles...

Dieron todos de mano a la voz del manijero, y se agruparon junto a la hacina para comer. Sacaron de las horteras que colocaron sobre las mugrientas talegas, pan y aceitunas, tocino crudo, un pedazo de queso. Los más rumbosos mostraron un trozo de chorizo que se derretía en sus dedos y en sus labios. Una mujer deseó como una delicia un cuenco de gazpacho...

Callaba Durán viéndolos comer en silencio, y otra de las espigadoras se dirigió a él:

—Pues ustés, los señores que tienen algunas raíces, menos mal... ¿pero y mi marío, que tiene que dar doce fanegas de trigo, y lo que cojamos es nuestro capital entero?

—¡La labor es una ruina!—opinó un segador—. ¿Labraores de arriendo? ¡Labraores, no! ¡Ladraores, ladraores!

—¡Sacando el jornal!—dijo la mujer—... Pero este año es el acabóse!

—¡Como los langostos comieran ovejas en vez de espigas, veríamos cómo no quedaba ni uno!—opinó el manijero—. Pero pa lo que ellos siembran, ¿qué les importa?

Se enredaron entonces en una discusión de nom-

bres, y el manijero dió otra vez su opinión: «Don Amadeo no había matado, como ningún año los langostos; don Leandrito Rojo había mandado cuatro o cinco chiquillos a hacer el papel... Otros se habían ido a Madrid, huyendo del compromiso.

—¡Asina les prendieran un misto!—maldijo la espigadora.

Durán los escuchaba en silencio sintiendo la desesperanza de la vida. ¿Y esos eran los que estaban en las cumbres sociales, los selectos, los distinguidos y los considerados?

Los segadores, terminada la merienda, buscaron los aparejos de las caballerías para dormir la siesta. Se desperdigaron luego, amparándose a la sombra de las gavillas, y las espigadoras, cogiendo los barriles, caminaron a llenarlos en las fuentes. Quedó otra vez sólo Durán, entregado a tristes meditaciones... Los pasos del manijero, que nuevamente se acercaba, hiciéronle levantar la cabeza. El manijero traía un brazado de espigas que depositó a sus pies:

—Mié usté, señorito—exclamó—, ¡pa que se haga usté cargo de lo que es esta gente! ¡Mié usté lo que tienen en cuenta que están ganando mu buenos jornales y que en esta senara no sacará usté ni los gastos! ¡Dígole que no se puede naide fiar de naide!...

El manijero explicó que había visto a los segadores llenar las albardas y las talegas de granzas, cuando preparaban los camastros junto a las gavillas. A uno de ellos, mientras dormía, le había sacado aquello que presentaba.

—¡Arregístrelos usté y verá!—incitó el manijero. —Más ladrones que jeta! !Por onde quiera que van son sus ojos encendeores de yesca! ¡Y luego dicen de los señores! ¡Son mucho más decentes que ellos!

Seguía relatando el manijero, y Durán se levantó. Llevó sus pasos hacia los hatos y observó que los segadores dormían, roncando despreocupados. Sin hacer ruido se acercó Durán y, cuidadoso de que no despertasen, empezó a registrar las ropas, apareciendo entonces todo el acopio de estas innobles rapiñas. Gozándose en esta operación de tomarles la delantera a tiempo, Durán restituyó a las cargas lo robado.

Sintióse luego profundamente pesimista, y le pareció imposible esperar del mundo una regeneración verdadera. El mundo actual no estaba capacitado para merecer la paz ni la dicha. Una ola de materialismo envolvía la tierra... Pobres y ricos aparecían dotados sólo de instintos dañinos. No veía mas que ansias materiales, egoísmos, aspiraciones a ras de suelo...

Hurtó de repente Durán sus pensamientos a estas consideraciones, porque notó que unas nuevas palabras, llenas de duda y de irreverencia, iban a salir de sus labios... Fijóse otra vez en la campiña que retemblaba en el sopor asfixiante de la siesta. El cielo se había llenado de nubes blancas que se arremolinaban como montañas de algodón. Tomaban caprichosas formas, simulando fantásticos camellos con enormes jibas, leones de enmarañadas melenas,

cuádrigas de centauros emprendiendo vertiginosa carrera...

Temiendo la tormenta, Durán despidióse del manijero y emprendió el regreso. A lo largo del camino, polvo fugitivo, la soledad y el silencio del páramo vacío. En esta calma parecieron aquietarse los nervios y las ideas de Durán. El mismo sonrió, hallando algo caricaturesco en su situación económica de agricultor y de ganadero.

—¡Pues los segadores—pensó de improviso—buen chasco se van a llevar!

Se los imaginaba que, una vez terminado el trabajo, acudían ansiosos a cargar sus morrales, tan bien preparados de antemano. ¡Y aquí la estupefacción y el mirarse unos a otros viéndose burlados, sin saber por quién! ¡Sí, la cosa era chusca!

Y Durán no pudo reprimir una carcajada.

Pero instantáneamente quedó cortado. Se vió el propio Durán como un ratero, desvalijando los hatos de los segadores, en una operación tan innoble como la de ellos. Y se imaginó que Concha le había estado observando y que ahora, en silencio, le reprendía, como si aquel espionaje, esta carcajada y esta burla fuesen impropios del espíritu de un poeta...

XVII

Notaba Durán que desde la última entrevista que tuvo con Concha su carácter se iba haciendo más apacible y sencillo, sus ideas adquirían una mayor transparencia y el alma un sentido más noble y profundo de sus destinos.

—¿Por qué afanarse tanto en conseguir lo que tenemos dentro de nosotros mismos?

Recordaba él estas palabras de Concha, que le habían revelado los caminos internos de la serenidad. Empezaba a ser libre, a ser señor de sí mismo, despojándose de muchos prejuicios que le dominaban con sus pequeñas tiranías...

No hallaba ahora en sus sentimientos rincones de albergue para el odio. Ni aun pensando con las opiniones influenciadas por Perlín y con los agobios de las realidades de su vida económica, vencida y maltrecha por los poderosos, odiaba siquiera a éstos. Pensaba qne a los ricos debía él su civilización, sus gustos, sus refinamientos culturales, sus propios anhelos en lo que tenían de bellos y puros, que todo este mundo espiritual, formado de conceptos altísimos, de ideas estéticas y de estímulos caba-

llerescos, era una selección, una aristocracia moral que a los ricos exclusivamente se debía. Si él se consideraba superior a un campesino tosco y podía alardear de sentimientos más pulcros, era por la convivencia con los ricos, a cuyas influencias se debían las artes, el sentido de la belleza y las gloriosas conquistas del pensamiento científico. Fuesen los ricos como fuesen, la riqueza en sí, era un elemento de vida, un triunfo positivo y un caudal de energías acumuladas por la actividad humana.

Cuando discurría con estos pensamientos, le sorprendió Perlín. Entró como de costumbre, deslizándose sin ser apenas sentido, y, semejante a un fantasma, proyectó su sombra delante de Durán. Este, en vez de disgustarse como otras veces que le había asustado del mismo modo, se echó a reír resignadamente.

—¡Hasta en tus hábitos eres conspirador!—le dijo.

—¡No es esta época de conspiradores!—contestó sentándose Perlín—. ¡Me muero dos veces como el león de la fábula, y de las dos veces una es de asco! ¡Esclavos, esclavos! Los esclavos antiguos supieron rebelarse alguna vez, y Espartaco fué esclavo y tuvo dignidad; pero los esclavos de hoy no merecen compasión. Son doblemente esclavos: por merecimientos y por voluntad. ¡A lamer, como el perro, la mano del amo que castiga! ¡Que pongan a todos el anillo en los labios y el hierro candente en la espalda, y de feria en feria los subasten, como en las

puertas de Roma. Ellos reirán contentos, y a los azotes contestarán: «¡Tío, tío!», como los bufones de Shakespeare!

Era ya difícil sosegar a Perlín. Sus ojos, iluminados con un fuego fanático, dijérase que crepitaban como el temblor de una pira. Atropelladamente se fué explicando. Esperaba él que la clase media, arruinada ahora por los delitos indisciplinados de los ricos en el asunto de la langosta, se hubiese conmovido en un arranque de rebeldía. ¡Míseros labrantines que sólo sacaron a flote de la catástrofe la deuda de bárbaros arrendamientos, pobres señoritingos de potaje y yunta, hidalgos de pan llevar, todos eran esclavos! Recibían la desgracia con paciencia y se resignaban a seguir sonriendo humildes al señor.

—Tú mismo, Alfonso, a quien creí alguna vez independiente, tú eres también un esclavo—añadió.

—¿Por qué?

—¡Ah! ¡Yo esperaba de ti otra cosa en estas circunstancias!

—¿La revolución?—preguntó irónico Durán.

—¿Te burlas? ¡Pues, sí! ¡La revolución!

—¿Y qué íbamos a conseguir?—interrogó, ya serio, el poeta—. Yo no creo en la eficacia de las revoluciones súbitas. Tú llegas ahora y ves esta mesa desordenada y en un instante arreglas papeles y libros. De poco te servirá, si yo, que he de permanecer en la mesa, sigo siendo desordenado. Desengáñate: el orden ha de venir de algo sustancial en la conciencia del hombre...

—¿Abres tú las ostras por la persuasión?

—Mira, Perlín, ¿para qué queremos discutir? Conozco todos tus puntos de vista, y, ¿quieres que te diga lo que opino de todos ellos? Que ninguna de tus teorías ni de tus reformas me han convencido. Atacáis vosotros lo que llamáis un convencionalismo con otro convencionalismo igual. Por una sola vez, y para que no volvamos a estas controversias, que verdaderamente me aburren, te voy a decir la verdad de lo que sucede. Los ricos sienten a su alrededor una sociedad que los mira según su dinero. Nosotros sentimos la fascinación, el imán, la atracción de ese dinero. Tus campesinos más que nosotros mismos. Más, si cabe: la conducta de tus campesinos no es otra que debilitarnos a nosotros, los de la clase media, ante los poderosos. Mira un detalle: ¿qué somos tú y yo, que nos consideramos intelectuales, en el pueblo? ¿Nos miran tus campesinos más que a los ricos? ¿Has visto, por no ir más lejos, cómo reputan y adjudican los tratamientos? A ti, por ejemplo, que tienes un título, te llaman Perlín. Si acaso, te aplican el nombre en diminutivo. Es decir, que te regatean aquello a que tienes perfecto derecho. En cambio, a cualquier badulaque que tiene una dehesa le rodean de respetos, de consideraciones y de tratamientos ¡Don Fulano le llaman por hacerle superior a ti! Es una bagatela, un detalle ínfimo, que parece no dice nada, pero el empleo de los diminutivos frente a los dones es una especie de protesta contra el que se encumbra algo sin llegar a ser rico. En

realidad es la rebelión del pueblo, con sus teorías igualitarias, que no soporta una superioridad espiritual. La sabiduría, el talento, la cultura sin dinero son para el pueblo superioridades a medias, y de aquí el Fulanito, que es un término intermedio entre el Fulano a secas, que es lo común, y el don Fulano excelso, que es el del rico. Como ves, todo es materialismo, fuerza corporal, energías y capacidades que se pueden medir con medios celemines. Mira otro detalle: una de las cosas que más me asqueaban en el casino era el observar que a mí, por ejemplo, que pagaba mi servicio como el primero y daba más propinas que nadie, ningún conserje me honró nunca con sus preferencias. Y entraba don Leandro Rojo, que tiene fama justa de miserable, y hacía menos gasto que yo y no daba nunca una propina y le servían, sin embargo, el café primero que a mí. Es decir, que en la psicología del camarero no entraba, por lo visto, otra razón para sus preferencias que una esperanza vaga de mejor provecho, en caso *probable*, aunque fuera remoto; esto es: que don Leandro, *si quisiera*, por eso de ser más rico, podía dar más que yo. Ya ves, bastaba esa simple suposición acerca de la voluntad de don Leandro para que el camarero me considerase de antemano anulado y vencido por él. Pues bien; yo te digo ahora: ¿por qué afear tanto el proceder de los ricos, que no hacen más que seguir el camino que la sociedad les da expedito? ¿Por qué odiar sólo a ellos que se adaptan al medio, y no odiar al medio

mismo que los hace consustanciales con él? Si osl ricos adquieren el convencimiento de que sólo por el dinero son lo que son ante los demás, ¿por qué extrañarnos tanto de que se valgan de todos los medios para conservarlo, aumentarlo y no desprenderse de él? ¿Sabes lo que te digo, Perlín? Que el mundo, con sus pasiones, con sus hipocresías, con sus concupiscencias, con su denso materialismo, no merece la felicidad. ¿Y sabes, por último, lo que creo? Que mientras los hombres no reformen su propia contextura espiritual, ni teorías, ni la fuerza, ni la revolución, ni nada, salvarán al mundo...

Nunca había hablado tanto Durán, ni en tonos tan exaltados. Perlín le miraba con cierto aspecto de duda, pero no le contradecía. Marina, que desde el patio sintió a su hermano, acudió algo disgustada, y, como otras veces, les reprendió desde la puerta.

—¡Os vais a poner tontos! Mira, Perlín, ya te he dicho que no me gusta que habléis de esas cosas. La otra noche me soñé que estaba ardiendo esta casa y que eras tú quien la había prendido fuego.

Los dos jóvenes soltaron la carcajada.

—¿Prender fuego a tu casa?—dijo Perlín con tono bondadoso—. Tú no mereces eso, Marina. ¡Yo acudiría en todo caso a sofocar el incendio!...

Se quedó mirándola, y Marina se puso vivamente encarnada.

—Bueno; lo que digo es—añadió la joven, dando a sus palabras cierta jovialidad—que os dejéis de esas discusiones, con las que os ponéis demasia-

do serios. ¡Vaya unos pollos huraños! ¡Andad, salid a dar una vuelta! ¿No os cocéis aquí con este calor?

Salieron los tres y se encaminaron al huerto; pero hacía allí también una calina sofocante. No se movía una hoja, y los rosales de la vereda, con un verdor marchito, parecían pedir sedientos la frescura del riego. Cruzaban muy altas las golondrinas, y los cernícalos se sostenían como haciendo equilibrio en el aire.

Marina cogió unas ciruelas, que repartió a los jóvenes. Sentóse luego en el brocal de la alberca a refrescar las que ella se reservó, y al inclinarse dejaba ver el principio de sus piernas, que se dijera iban a estallar dentro de la ceñida media transparente. Vestía la joven una blusa limpísima y almidonada, y sobre su blancura dos claveles reventones simulaban un vivo cuajarón de sangre. De que lavó las frutas empezó a comerlas, salpicando sus dedos, llenos de gotas de agua, con una gracia inimitable.

—¿De modo—dijo Perlín, entornando los ojos azules con cierta vaguedad—que me crees capaz de prender fuego a tu casa?

—¡Qué sé yo!—contestó Marina, riéndose—. ¡Tan raro es todo eso de que habláis!

—Perlín parece un león—terció Durán—; pero se dejaría limar con gusto las uñas...

Miró Perlín al poeta fijamente, pero no le contradijo. Sonrió, en cambio, con una expresión apacible y volvió sus ojos a Marina, que cogió un cubo, lo llenó de agua en la alberca y empezó a ro-

ciar un tiesto de albahaca. Las hojas, sacudidas con la frescura, exhalaron una cálida fragancia. Cortó Marina varios tallos, y, aspirando el aroma con voluptuosidad, los repartió después a los jóvenes.

—Tomad: olor de verano; noches de San Juan y veladas de Santa Lucía. Es el olor de las ferias y de las mocitas festeras. Siempre que huelo la albahaca recuerdo la fiesta de Villacruces; la gaita y el tamboril y las mozas repartiendo en la plaza sus ramos mientras cantan un romance de amores...

La madre, llamando desde la entrada del huerto, interrumpió a Marina, y ésta corrió a sus voces con un aire juguetón y gentil...

Volvióse entonces Perlín a Durán todo demudado. Sus ojos infantiles habían adquirido el brillo misterioso y profundo de las exaltaciones.

—¡Escúpeme, Alfonso! ¡Aquí, aquí!—y se golpeaba el rostro, la frente, los ojos y los labios—. ¡Quiero liberarme! ¡Quiero ser puro! ¡Yo destrozaré entre mis manos la víbora dulce y el corazón que se deja morder por ella! ¡Tierra bendita, tierra triste! ¿Cómo pude yo olvidarte?—y empezó a besar el suelo, arrodillándose—. ¡Yo no puedo desposarme más que contigo! ¡Fuera esto! ¡Que no me roben tu amor, ni otro ensueño, ni otra juventud!

Sin dar tiempo a Durán para que comprendiese bien sus palabras, comenzó a andar Perlín por entre los rosales, y, llegando al patio, salióse de la casa. Quedó el poeta triste, desasosegado, con una impresión de agobio que no podía definir.

—¿Para qué viene a acongojarme?—se preguntó con un sentimiento de egoísmo.

Casi sentía rabia contra el estudiante, que así, con frecuencia, iba a dejarle en su soledad el poso melancólico de extrañas y absurdas ideas. ¿Qué derecho tenía Perlín a turbar su serenidad y a prender en su alma aquellas vagas tribulaciones?

—¡Marina!—llamó a su hermana, sintiendo miedo de estar solo.

Pero en vez de Marina apareció Cabrera en la entrada del huerto. Traía el aire grave y pensativo de siempre, y como oyese la voz de Durán, advirtió:

—Me parece que tu madre y tu hermana han salido, porque no he visto a nadie en casa y está todo a oscuras. Me dijo Perlín que estabas aquí. ¿Qué le ha pasado? Contestó a algunas preguntas mías de un modo distraído, y luego me volvió la espalda.

—¡Perlín está loco—afirmó Durán—; pero tiene la habilidad de destemplarme!

Contó lo sucedido a Cabrera, y éste, comprendiendo, sonrió con cierta tristeza.

—Bueno—exclamó—; dejemos ahora eso. ¿A que no sabes con quién acabo de hablar de ti?

Durán se encogió de hombros.

—¡Con don Guillermo! Saqué yo mismo la conversación, y le he dado un recorrido en toda regla. ¡Es un infeliz! No tiene otro pecado que el de haberse retrasado en nacer cuatro o cinco siglos... He visto también a Concha, e igualmente hemos hablado de ti.

—¿Sí?—preguntó intrigado Durán—. ¿Y qué te ha dicho?

—¡Vaya una mujer!—ponderó Cabrera—. Si los hombres fuésemos para el amor tan nobles como las mujeres la vida sería un paraíso...

—¿Pero qué te ha dicho?

—¿No te basta saber que te quiere? Más aún: ¿no te satisfaces con ver que te comprende?

—¿Y tú, qué has hablado tú?

—¿Yo? Nada. No creas que fuí con objeto de hacer tu panegírico para regalarte luego el oído. Fuí porque me aburría en el casino y no tenía ganas de pasear. ¿Te dije una vez que me hallaba aquí tan a gusto? ¡Pues te aseguro que me fastidia el pueblo entero y que deseo solo vivir aislado del público! Estuve esta tarde en el casino y oí hablar a don Amadeo, al Moro Vinagre y a toda la crema social del pueblo. Y salí desilusionado. ¡En todos sitios, la vanidad humana, la torpeza, la incompresión, la envidia, hasta la crueldad con nuestros semejantes, mostrándose a cada paso! ¡Y qué crueldad! Una crueldad dorada y estulta, como de sapitos hinchados que no pueden tener siquiera la fiereza del tigre y del león. Observando todo esto, he pensado que vivimos en un ambiente adecuado al ironista y nada más que a él. Sólo Pepe Corcho puede convivir tranquilo en este medio. Porque las bajezas humanas son hoy tan ridículas y pequeñas que sólo un temperamento ironista puede contemplarlas sin indignarse. Para el hombre serio, íntegro y austero

este ambiente es un semillero de disgustos y decepciones contra lo cual no puede siquiera protestar: primero, porque su voz no tendría eco ni resonancia, y segundo, porque es todo tan grotesco y estúpido que se escapa a la protesta. ¿Comprendes ya por qué he visitado a don Guillermo? Porque entre oír tantas estulticias, tantas banalidades, tantas hipocresías y tantas pobres crueldades preferí el trato de un hombre que en ese ambiente resulta ridículo, pero que en realidad vale mucho más, como hubiera preferido al mismo Perlín, a pesar de que está siempre fúnebre...

Cabrera cambió entonces de tono, y dando una palmada a Durán, le dijo sonriendo:

—Ese ambiente, sin embargo, te conviene a tí. Tú debieras volver como antes al casino y sobre todo a primera noche...

Durán, juzgando seguirle el buen humor, asintió con una carcajada.

—No lo tomes a broma... Verías ahora, cuando se encienden las luces, puestas en fila en la acera de la calle, una muestra de las grandezas humanas. Verías a nuestros jóvenes sentados alrededor de los veladores, tomando el fresco imaginario de la calle y abanicándose con los sombreros, ponderando el calor y el cansancio que traen del inmenso trabajo de pasear. Oirías despellejar al prójimo, morder todas las reputaciones, desnudar a todas las mujeres que pasan. Alguno te preguntaría qué opinas de su sastre, de sus corbatas y de sus calcetines calados. Te cantarían el *couplet* de moda, el tango argentino

y el trozo de la última opereta vienesa. Cuando les hablases de un asunto serio te abrirían la boca con un bostezo infinito y para no aburrirse volverían a las bromas sin gusto, a las agudezas sin ingenio, a los chistes sin jugo... Y después de todo esto, cuando volvieses a tu casa y pensaras que esos mismos son los que aspiran a dirigir por su posición y su vanidad los destinos del pueblo, de la provincia y de la patria y que se consideran la flor, la espuma, la *élite* de la sociedad, si eres sinceroy en tu espíritu queda algo ideal, te sonreirás de ti mismo y acabarás por encontrar todo naturalísimo, lógico y encantador como ellos...

Dicho esto Cabrera se despidió del poeta con la misma sonrisa indiferente y sutil que había tenido mientras hablaba. Durán quedó íntimamente regocijado. La fina agilidad de espíritu de su amigo había sido un soplo suave de gracia y de humorismo que evaporado había la tristeza y el ansia que le dejó Perlín. Había recobrado otra vez el poeta la dulce serenidad de sus ideas. La asociación de éstas trájole el recuerdo de Concha y la imagen pura se le representó confidenciando al amigo la seguridad del amor tan alto... Durán creía que esta revelación era una cosa nueva, un suceso extraordinario y magnífico, como si ahora, al saber por un nuevo testigo la afirmación de su amor, mirase con más confianza el porvenir y con más inteligencia atisbase las vislumbres de lo infinito en aquel cielo de verano que se llenaba de estrellas y de un silencio incomparable...

XVIII

La feria llenó de regocijo las calles de Villaluz. Aledaño a la plaza, delante de la puerta de la iglesia, un pequeño paseo, embaldosado, mostraba una hilera de acacias decrépitas por la sequedad y las mutilaciones de innumerables manos destructoras. Poblábase al anochecer de música y de algarabía. Comenzaban los fuegos artificiales y una iluminación fantástica colgaba de multicolores farolillos de papel...

Cuando llegó Durán ya la multitud inundaba este altozano. Subía de todo él ese clamor de la enorme oleada humana que se apretuja y revuelve y Durán se mareaba con aquella fragancia, diluída y sofocante, de múltiples aromas de verano: geranios, albahacas, toronjiles, mejoranas, madreselvas, vahos de perfumes artificiales: rosas, violetas, alelíes, nardos, mimosas, heliotropos, y ese olor, en fin, inconfundible y alegre, de ropa nueva, de trajes almidonados, de feria, de fiesta, de amor y de salud...

Paseaba Concha con sus amigas, y Durán, de propósito, contentóse con saludarla de lejos y cambiar con ella miradas inteligentes, que suplían a

maravilla las explicaciones que hubieran podido transmitirse con las palabras. Durán apetecía estos silencios, preñados de elocuencia. Casi le parecían el lenguaje propio de los enamorados. Estas miradas de Concha le producían una impresión idéntica a la que experimentaba con la música: un sentimiento sobre el que el alma propia ponía los sentidos divinos de su exclusiva interpretación. Las notas, al través de los diversos temperamentos, como la luz a través de diferentes prismas, adquirían variedad de intensidades y de matices. De la misma forma las sonrisas furtivas, el destello radiante de los dulces ojos de Concha, los percibía Durán, según su potencia sensitiva de poeta, y en la interpretación de estos mudos signos hallaba profundos y maravillosos secretos...

Más tarde, encendida ya el ansia de sus amores, acercóse al grupo donde paseaba la enamorada. Hacía algún tiempo que los dos no se preocupaban ya de mantener el discreto sigilo de aquella mutua inteligencia y casi se gozaban en exhibir el amor, como un timbre de gloria de sus almas. Concha vestía un traje claro y vaporoso y la primera salida estival había puesto en el cuidado de su elegancia todos los refinamientos de su buen gusto. Aparecía así con una belleza sugestiva e interesante, pulcra selección de esas cualidades que algo espiritual destaca de lo común... Cruzaron sólo breves palabras felices y citáronse para el baile, separándose a poco Durán, que poseído de íntimas sugestiones prefería

estar solo, divagar, poner en las lumbres de su corazón el sentido de su vida entera y saciarla allí de calor, de ternura, de esperanza y de deliquios.

Después de cenar, a la hora del baile, como Isabel por los achaques de don Guillermo a quien no querían dejar solo, no podía acompañar a Concha, los enamorados disfrutaron de entera libertad. Sentáronse, sin querer bailar, en uno de los divanes y se sumieron en una conversación íntima y reposada. No hablaba ahora Durán de sus planes, ni de sus esfuerzos, ni de sus esperanzas, preocupadas por diversas sombras de incertidumbre, sino sólo del amor presente, de aquella hora plácida en que las vidas querían únicamente embriagarse con el divino brebaje de la ilusión. Descifraba el poeta con cálidos acentos el símbolo del ensueño que era la liberación total del espíritu en ansias inmortales; el mundo interior que ya descubría, habiendo transpuesto barreras que parecían infranqueables y tras de las cuales este amor de Concha se mostraba con sus dulces encantos.

—¡Qué vida, Concha! La casita limpia, el murmullo íntimo, el aire saludable que tienen ciertos silencios y el aspecto de gentileza con que se viste todo, cuando el corazón nos dice que es voluntario y bueno. La música debe tener entonces un sentido mucho más inteligible, las flores, la luz, los propios paisajes espirituales tendrán una nueva y espléndida belleza. Podrá percibirse la sinfonía del color, del aroma, del gusto, porque el corazón será

por el amor un incomparable artista que posea el don de la sabiduría...

Concha escuchaba con íntimo deleite las palabras del poeta, perfumadas de gloria y de ilusión, y la luz del entusiasmo brillaba en su alma como un sol naciente que matizaba todo de resplandores dorados. También su corazón rebosaba optimismo y éste trascendía en recatados acentos de esperanza y de promesa, de fe y confianza en el soñado idilio de sus vidas. La música interpretó un pasaje de uno de nuestros modernos compositores, dulce, intenso, melodioso, y Durán, de pronto, se levantó:

—¿Ves, Concha, cómo la música tiene un sentido nuevo? Dispensa, pero no lo puedo remediar. Voy a dar aquí un espectáculo de sensiblería y no es discreto por ti... ¡Adiós!

Sin que Concha se explicase bien esto, Durán salióse del baile. Sentía trémulo y regocijado el corazón. Una alta y luminosa poesía le llenaba de claros pensamientos, de ideas buenas, de afectos delicados y sencillos. La plaza, ya en silencio, se inundaba de luna, a cuyo fulgor oscilaban con brillantes palideces las tiendas de lona de la feria. Lejos sonaba la música desgarrada del circo, con un aire de tristeza errante... Sin dirección fija empezó entonces a pasear las calles solitariasdel pueblo, encontrando en las plazuelas desiertas y en las viejas casonas un alma misteriosa y dulce que le daba compañía en el sosiego iluminado de la noche...

Después volvió al baile y, como observase que

Concha se había retirado, recogió a Marina para llevarla a casa. La velada prolongáronla los dos hermanos, sentados en el patio. Durán tarareaba aquella música lastimera que desde el circo parecía venir volando sobre los tejados y, por rehuir las tristes ideas que le suscitaba, pidió a su hermana que cantase algún aire de la tierra. Marina, complaciéndole, cantó dos romances viejos que vibraron con la monotonía lenta ydulcísima de la antigua pastoría. Música de princesas gentiles que se enamoran de pajecillos pulidos, de caballeros valientes que rescatan cristianas Moralindas y las llevan a luengas tierras en las grupas de sus caballos.

Marina interrumpió de pronto sus canciones y preguntó a su hermano:

—¿Y qué te ha parecido Concha esta noche?

—¡Que Concha es Concha!—respondió Durán.

—¿Pero qué quieres decir con eso?

—¡Que Concha es Concha! No sé que otras palabras puede haber para explicarte mi sensación de ella.

—Estaba guapísima, ¿verdad? ¡Yo puedo decirte que esta noche me ha impresionado de veras!

Y Marina explicó con cierto entusiasmo qué tenía Concha tan peculiar y tan suyo para llamar a todos la atención. Era una belleza especial, unahermosura propia que más que de las formas corporales parecía trascender de algo interno que ella no podía definir.

—Te digo que, cuando la veía esta noche sonreír, me sentía yo en cierto modo orgullosa de ser tu hermana. ¡Lástima que los demás!...

Marina, sin terminar la frase, quedó suspensa de algún abatimiento. Luego, suspirando, recordó los contratiempos de estas relaciones, y ya aquí, aunque muy discretamente, dió a entender a su hermano que la herida abierta en el amor propio de la familia aun respiraba por sus bocas un orgulloso dolor...

Durán cortó en seco estos comentarios, y Marina entonces, algo dolida, se retiró.

Quedó solo el poeta en el patio aspirando el fresco agradable de la noche. De propósito aventó los recuerdos melancólicos que le suscitaron las últimas palabras de su hermana, voluntarioso ahora de sostener aquel equilibrio solemne de su alma. Miró el cielo cuajado de estrellas y abismóse en majestuosos pensamientos. Todo parecía hablarle con un lenguaje elocuente y mudo. Las luces misteriosas simulaban hacerle señales de inteligencia y llamarle a la posesión de inmortales destinos.

Grande entonces, y el corazón tan ligero de peso como una pluma, levantóse Durán y entró en su despacho empezando a corregir las últimas pruebas de su novela. Gozábase ahora con una íntima vanidad en los aciertos que él mismo encontraba en aquella obra suya. Un sencillo perfume fluía de las páginas del libro y el sentido de una humilde poesía dábales un encanto ingenuo y suave...

¡Ah!, pensó entonces, de su misma vida podía él haber hecho la inmensa novela humana. Los caracteres hubieran destacado en ella su indiscutible verdad; grandes y buenos unos, pobres y pequeños

los otros, mediocres los más, toda la vida suya en lucha con los prejuicios, con la incomprensión, con la miseria humana que se goza en el mal que se nos hace. Sonrió Durán con cierto sentimiento bastardo. Tal como ahora se imaginaba estos tipos aparecían con un realismo tan grosero y vulgar que, en verlos así, sació su instinto de venganza...

—Y bien, ¿para qué?—pensó luego. Recordó lo que un día le dijo Cabrera y encontró todo tan pequeño y tan ruin que no merecía la atención de un espíritu serio.

Después de esto respiró más tranquilo. No sentía odio para nadie. En todas las conductas, aun en las de aquellos mismos que habían dado pruebas de no estimarle, hallaba un motivo de disculpa. Pensó que en realidad no eran malos. Eran nada más que corazones ciegos, corazones pobres y desvalidos que obedecían al imperio de una vida sin luz...

Cuando salió otra vez al patio ya se habían apagado todas las estrellas. Sólo el lucero del día, limpio, solitario y brillante, rutilaba en un cielo vago y blanquecino. Seguía presidiendo el silencio, roto sólo por el canto madrugador de los gallos... Una campanita, desde la torre de las Clarisas, le dió los buenos días con una vocecilla clara y humilde. Y en este silencio y en esta voz halló Durán la revelación de otro concepto de la sabiduría: que en el anhelo de vencerse a sí mismo estaba todo el secreto de la serenidad...

XIX

Núñez de la Enramada entró en el casino muy intrigado, y como viese a Cabrera discutiendo en el corro, le llamó aparte, y con la sonrisa ingenua y feliz de siempre, le preguntó:

—Oye, tú que eres íntimo de Durán y estarás enterado de sus cosas, ¿qué quiere decir *consommé?* He leído su novela y al llegar a esa palabra la he buscado en dos diccionarios diferentes y en ninguno la encuentro...

Cabrera soltó la carcajada y, sin dejar de reír, fué a contárselo a Pepe Corcho que aspiró una bocanada de humo del cigarro, la lanzó al aire, midió con una mirada de pies a cabeza a Núñez de la Enramada y, trazando con la mano nn signo estrafalario, le apostrofó:

—¡Definitivo!

Seguía en tanto la tertulia comentando la aparición de la novela de Durán. El notario como sabía que aquello mortificaba a la mayoría de los oyentes, subrayaba con acotaciones ponderativas las frases laudatorias de aquel artículo que leía en alta voz. El Moro Vinagre dormitaba como indiferente y don

Amadeo, haciéndose el distraído, ajustaba por lo bajo con el conserje la cuenta de gastos de la semana.

Terminado de leer el artículo, el Moro Vinagre abrió los ojos:

—Bueno—preguntó—, ¿y a ustedes no les parece que es un bombo exagerado?

—¡Hombre!—replicó el notario—no sé. Yo no he leído la novela, pero cuando ha llamado la atención, por algo será.

—¿La has leído tú, Cabrera?

—¡Yo sí!

—¿Y qué te parece?

—A mí me gusta. Tiene descripciones magníficas...

El Moro Vinagre calló con cierto gesto de contrariedad, pero no se atrevió a replicar a Cabrera.

—Pues para mí—exclamó Núñez de la Enramada—la novela es una soberana lata... ¡Cosas vivitas, cosas vivitas y no esas pamplinas de Durán!

—¡Vamos!—dijo Pepe Corcho—, ¡a ti que te den forraje!

—¿Cómo forraje?—pregnntó Núñez incomodado.

—Quiere decir cosas fuertes—replicó Cabrera—. Novelas crudas, verdecitas, con mucha especia picante...

—¡Eso, eso, y lo demás es música!—aprobó riendo Núñez de la Enramada.

—¡Ah!—volvió a hablar displicente el Moro Vinagre—. ¡Después de todo, eso es lo real de la vida!...

—¿El qué?—preguntó Pepe Corcho—. ¿Las novelas esas?

—¡Son más entretenidas!

—Para cierto público... Sancho Panza prefería, sin duda, el guiso de ajos a las ostras del Hauvre... Es cuestión de gustos, niño. A mí, en cambio, me parece que esas novelas están muy bien para horteras y pollos babosos...

—¿Ha leído usted muchas?

—Quizá más que tú y, si te digo la verdad, he estado tentado de pedir a sus autores que me devuelvan el dinero, porque me han estafado. Con una que leas has leído todas. ¿Quieres que te diga el argumento de todas esas novelas? Pues verás. Fulanita suele tener un novio a quien quiere mucho y otro pretendiente a quien no quiere nada. Por obedecer a la familia, en vez de casarse con el que ella quiere, se casa con el que no quiere. Y ya llevas diez capítulos de la novela. Los diez siguientes están dedicados a contarte que la pobre Fulanita es muy desgraciada, cosa que ya sabías tú, poque el autor te ha dicho antes que el marido es un idiota, imbécil, ramplón y antipático hasta dejarlo de sobra. Y viene luego un capítulo: Fulanita ve al antiguo novio que es bello, elegante, distinguido, caballero, etc., etc., y el antiguo novio cita a Fulanita que hace con que resiste, pero que en realidad no resiste nada. «¡Esta mujer, te dices, va a caer!» Lees otro capítulo: «¡Ah, pues no ha caído todavía! pero anda si cae o no cae...» Y en otro capítulo al fin

cae; ni por casualidad deja de caer ninguna. Y resulta que la pobre Fulanita que al casarse no tuvo valor de ser noble para con su novio y se puso su amor por montera, la pobrecita infeliz, tan dulce, tan mimosa, tan santa, se pone ahora por montera a su marido, a su familia y al Nuncio de su Santidad. Y resulta que, según el autor, esa es la Vida, el Amor y la Eternidad, todo con mayúscula y que para decirte eso te ha sacado cuatro o cinco pesetas y se queda tan satisfecho, creyéndose un genio literario. ¿Ves cómo yo me he leído todas esas novelas? Porque todas son iguales. Si quitas la caída, ¿qué queda?

—¡El resbalón!—dijo riendo Núñez de la Enramada.

—¡Mira, no me hagas chistes!, porque tú de eso, *¡piscis!*

—¿Cómo?

—*¡Piscis!* Apúntalo, si quieres, para buscarlo en el Diccionario...

Núñez de la Enramada estiró las piernas y se levantó malhumorado. Salió del casino mascullando un epíteto feo contra Pepe Corcho y para satisfacerse que al fin y al cabo no le importaba el mundo un comino, se arregló las dos varas de lazo de su corbata y tarareó, cogiendo el paso, un *couplet* ligerito, *¡piscis!* Pues lo tenía que buscar en el Diccionario francés, ¡maldita fuera su estampa! En la tertulia, en tanto, seguía discutiéndose, y ahora el Moro Vinagre y don Amadeo hablaban por lo bajo,

sonriendo ambos irónicamente... Pepe Corcho, que cogió al vuelo ciertas palabras, se encaró con ellos:

—¡Ajo!—exclamó—¡Sois como las viejas! ¡Si el mal que habéis hecho con vuestras lenguas se indemnizara cargándolo a vuestra vida, lo menos que os veía yo era convertidos en galeotes!...

—¡Eres muy soez, Pepe!—le replicó don Amadeo.

—Prefiero eso a la hipocresía como tú. Hablad claro y decid que os molesta que se distinga nadie que no sea del cotarro. A mí también me molesta, ¡qué trastajo!; pero no confundáis la magnesia con la gimnasia, ni a la envidia le déis otro nombre...

El Moro Vinagre se levantó como tocado por un resorte.

—¿Envidia yo? ¡Puf!—contestó con un supremo desdén—. ¡Vamos, hombre! ¡Ni que Durán hubiese descubierto el Nuevo Mundo! Hablábamos de lo orgulloso que está. Por lo demás, ¿qué?

El notario, cuyo fino espíritu zumbón soplaba fácil aquel día, terció como en son de paz:

—Sí que está orgulloso, y no sé por qué. Me explico que un hombre se envanezca de tener una dehesa, ¿pero de tener talento? El hombre que a los treinta años no tiene mil ovejas, carece de sentido común. Y después de todo, ¿qué ha hecho Durán? ¿Escribir cosas bonitas y discurrir mejor que un diputado rural? Y eso, ¿qué? Cualquier galgo tuyo que agacha las orejas y menea la cola cuando le

pasas la mano por el lomo tiene más talento que el mejor filósofo del mundo...

El Moro Vinagre calló, queriéndose tragar con los ojos al notario.

—Vamos a ver—preguntó éste a Pepe Corcho—¿Y tú, qué dices a eso?

—¿Yo? Te explicaré. En una ocasión que estuve en Madrid exhibían un cuadro en un escaparate de la Puerta del Sol. Figuraban tres cucañas. Por la primera subía un francés, y aunque no había llegado a escalar la punta, sus compatriotas le aplaudían desde abajo. Por la segunda subía un inglés, y todos los ingleses acudían a auparle para que no resbalara, pero en la última subía un español, y todos sus paisanos le tiraban de las piernas para que no subiera, y hasta había quien se daba de cachetes para tirar primero. Ahora lo que yo no sé decirte es si tiraban por envidia o porque no se rompiera el alma. Tú, Cabrera, ¿qué crees?

—Que estamos de anécdotas y allá va la mía. Tenía Guillermo II un sastre a quien distinguía con su confianza y a quien invitó una vez a una reunión en Palacio. Había allí grandes duques, títulos, príncipes de la milicia y grandes de la Corte. El sastre se aburría, porque nadie le decía nada. Y se le acercó Guillermo II y le preguntó qué le parecía la fiesta. —Bien, señor; pero observo que no toda la gente que hay es distinguida—. Tienes razón—le contestó Guillermo II—, no todos tenemos la fortuna de ser sastres...

Dicho esto, Cabrera salió del casino y se encaminó a casa de Durán. Enseñóle éste multitud de cartas y telegramas de felicitación, artículos de periódicos, opiniones de ilustres literatos y al final le dió cuenta de que la compañía dramática que actuaba en Villaluz desde la feria, leería aquella noche en el teatro, como intermedio de fiesta, dos o tres capítulos de la novela.

La primera intención de Cabrera fué decir a Durán que no consintiera eso; mas viéndole tan entusiasmado, limitóse a ponerle algunos reparos.

—¿Por qué dices eso?—preguntó el poeta.

—Por nada, sino que creo yo que el pueblo no está preparado ni educado para recibir esas lecturas.

—Tú—dijo con vehemencia Durán—sabes que en el casino discuten mi libro y no quieres decírmelo, pero yo también lo sé. Mas oye una cosa: los juicios adversos, las intenciones dañinas, al principio me molestaban; pero ahora te digo que sobre todo eso quiero yo poner el sentido de la comprensión. Además yo no he escrito para ese público inaccesible que se compone de media docena de socios del casino, que si leen algún libro es siempre prestado, y sobre la mesa del tresillo discuten hasta los más altos prestigios del mundo. Lo esencial para mí es mi propia vida, mi independencia, la confianza en mis medios y la esperanza de que el trabajo no ha de ser estéril... Por lo demás, que acosen mis vanidades, ¿qué importa? Todo eso es

pueril. Yo te digo como Perlín, que quiero purificarme de todo lo mísero y de todo lo pequeño.

Cabrera, sin querer contradecirle, se despidió. Tarde ya, se encendían las luces, y pudo observar en las esquinas los grandes cartelones, recién acabados de poner, que anunciaban la *función de gala en honor del insigne novelista hijo del pueblo*. Sonrió escéptico, compadeciendo a los pobres cómicos qne se morían de hambre en Villaluz desde la feria y así creían atraer a un público inadecuado al arte y a las emociones espirituales...

—¿Qué te parece a ti esto?—le preguntó, cruzándose con él Núñez de la Enramada.

—¿A mí? ¡Una cachupinada! Yo que Durán no me presto a eso...

—¿Pero irás al teatro?

—Tal vez...

—¡Sí, hombre! ¡Y poco que nos vamos a reír! Oye, entre paréntesis, ¿qué quiere decir *piscis?*

Cabrera se echó a reír y le miró irónico:

—¡Besugo!

Núñez de la Enramada se quedó sonriendo entre crédulo y desconfiado, y al fin se encogió de hombros y se estiró los puños de la camisa.

Llegó después la hora. Camino del teatro afluía una muchedumbre compacta. Señoritos, artesanos, labradores, campesinos, mozas endomingadas y gentiles damas que lucían todas las galas preparadas para estos actos. La sorpresa de Durán no tuvo límites al encontrar a Concha en la calle.

—¡Oh, pero tú!—exclamó acercándose—. ¿Te han dejado venir a esto?

—Y admírate, sin que nadie me haya hecho la menor objeción. ¿Querías tú que yo me perdiera una cosa así?

La satisfacción impregnaba las palabras de Concha, que parecía participar como de cosa propia del triunfo del amado.

—Mi padre ha leído tu libro, ¿sabes?—añadió—. Lo ha leído a hurtadillas y encerrándolo luego bajo siete llaves; pero yo, que le he estado expiando, he visto que unas veces reía y otras se limpiaba las lágrimas.

Entraron en el teatro, que llenaba ya la multitud curiosa. Hacía un calor sofocante. En todas partes se apretujaban para hacer sitio a los que iban llegando. Durán, acomodadas Concha y Marina, buscó la puerta de servicio y entró en el escenario. Polvo, sudor, ir y venir entre bastidores de damas y galanes que se pintarrajeaban los rostros con coloretes y albayalde.

Observaba Durán por los agujeros del telón. El Moro Vinagre, Pepe Corcho, Cabrera, don Amadeo, los genízaros de la guardia, el casino entero se había volcado en dos o tres filas de butacas. Núñez de la Enramada, con una camisa de cuadros, brillante y abullonada, sonreía a las muchachas y compadecía a no se sabía quién con su eterna expresión de hombre feliz.

Alzóse el telón. Los galanes, duques y marqueses

de levitas raídas, cortejaban versallescamente a las encopetadas princesas vestidas de percal. ¡Qué afán el de estos pobres cómicos por representar las obras más retumbantes! Las frases sonoras del teatro ampuloso de Echegaray sonaban con una entonación majestuosa ante el silencio del auditorio sobrecogido.

Durán reía de buen humor. Aquellas decoraciones, aquellas bambalinas, aquellos rojos estrados de damascos desvaídos, ponían en el escenario un grotesco oropel que hacía ridícula la grandeza trágica de los héroes. Finó el primer acto, y en seguida se hizo un total silencio. Hasta los abanicos dejaron de agitarse, suspensa toda la curiosidad de aquel primer actor, que, con la novela de Durán en la mano avanzó hasta las candilejas y dijo unas palabras a guisa de introducción de lectura. Comenzó ésta en el mismo ambiente de expectación y silencio, y de pronto, al mediar el capítulo, nadie supo explícarse aquello: sonó una voz imitando el maullido de un gato, un chillido de susto a continuación y en seguida un barullo inmenso de silbidos de ¡fueras!, de taconeos y de golpes, tal como si amenazara hundirse todo el teatro...

Durán veía todo a través de una nube de polvo. ¡Don Amadeo, el Moro Vinagre, los genízaros, hasta Pepe Corcho, reían a grandes carcajadas, y repicoteaban en el piso de tablas con los bastones! Núñez de la Enramada perneaba, enseñando en alto sus zapatitos de charol con una risa nerviosa y vo-

latinesca... El actor paró en seco y hubo de retirarse, porque aquello era un estruendo como de huracán o de tormenta. Durán observó que Concha reclinó la cabeza sobre el respaldo de la butaca delantera, y que Marina, auxiliada por Perlín, se levantó pálida, buscando la puerta de salida. Congestionado, lívido de asco y de repulsión, Durán no quiso oir las disculpas de los cómicos y por la puerta excusada salió a la calle uniéndose a Marina.

Bufaba Perlín todo descompuesto.

—¿Y ahora? ¿Puede quedarte ahora algún lazo que te ligue con esa gente? ¡Alégrate, Alfonso, porque ha llegado tu hora! ¡Jura tu pureza y tu redención!

Durán no estaba para filosofías incomprensibles y le dió rabia del mismo Perlín, teniendo que hacer un esfuerzo para no soltarle una inconveniencia. A toda prisa atravesaron las calles, como si el ridículo y el escándalo les fueran persiguiendo y avergonzando hasta que entraron en casa. Marina, sofocada y trémula, rompió a llorar en brazos de su madre.

—¡Mala entraña!—gritó rencorosa...

—¿Por qué?—preguntó Durán—. ¡Cállate! ¡Está bien merecido! ¡Es el castigo de mi vanidad! Pero ya pasó todo y ahora vamos a reír. ¡A reír todos de nosotros como los demás se han reído!

—¡Cómo se regodearán! ¡Que aproveche, hijitos!—, volvió a clamar Marina nerviosa.

Cabrera entró entonces. Venía tan ecuánime y

sereno como de costumbre, sin dejar de sonreír con aquella expresión imperturbable.

—¿Te has desconsolado, Marina? Pues haces mal. Malo es echar margaritas a puercos, pero los mochuelos aplaudiendo al canario resultan peor.

—¿Pero habéis visto qué escándalo? ¡Yo no me explico que cierta gente haga eso!

—¡Me dais la razón!—intervino Perlín—. ¡Odiados, Alfonso! ¡Ojo por ojo, y diente por diente!

—¡Bah!—contestó Cabrera—. La cosa no tiene importancia. Tú, Marina, dices que no te lo explicas. Yo sí. ¿No has visto tú nunca cómo el rebaño de ovejas levanta la cabeza con ojos de miedo cuando se acerca al rebaño algo que no es otra oveja?... La protesta a veces no es más que la psicología de los ceros. Los ceros de por sí no valen nada, y cuando una cifra positiva se les junta es muy natural que los ceros mismos se extrañen de que no sirven para otra cosa que para dar más valor a lo que se les une.

Durán callaba. Sentía pena, un hondo desaliento, un frío mortal que le entumecía el alma. Veía que muchas veces se malograban así las efusiones generosas, los estímulos nobles y los afectos cuando no les recibía la gracia saludable de la buena voluntad... Pero al fin, ¿qué importaba todo?

Sonrió, despidiendo a sus amigos, y procuró consolar a su hermana y a su madre que seguían profundamente indignadas. ¡No merecía la pena preocuparse de las pequeñas vanidades propias!

¡Había que levantar el corazón para que, al abatirlo el dolor, quedase aún tan alto que no le alcanzase el lodo que salpicaba el paso de las humanas miserias.

Con anhelos de esto, Durán salió al huerto y miró los luceros tranquilos que ponían en el espacio destellos diamantinos. El aliento de lo alto le confortó. Y una voz interior le dijo que la gloria era así. En la historia de los hombres, como en la de los pueblos, el tiempo iba sedimentando unas cosas para clarificar otras. Abajo quedaba el poso de las pasiones, de las envidias, de las bajezas, todo lo innoble, todo lo material. Hasta los goces del poder, de la fuerza y del dinero. A la posteridad pasaban sólo los ideales, los trabajos, los dolores, los sacrificios, todo eso que es la belleza de la vida y la savia de que se nutre el hombre para ser inmortal...

La revelación de esta sencilla verdad musitó en el corazón de Durán un divino cántico de esperanza. Y al sentirse con la conciencia más pura, pudo poner ahora sobre las miserias de la vida esa sonrisa serena que sólo alcanzan a tener los espíritus que han aprendido el secreto conjunto de la ironía y de la piedad...

XX

La familia esperaba con impaciencia el resultado de la gestión de tito Luis, como decía Marina. Residía este pariente en Sevilla, y había venido a Villaluz, llamado por Durán, para una misión, como decía en su carta, «importante y delicada». Procuraba el poeta poner freno a su inquietud que se alborotaba en la larga espera, y de propósito aducía a su madre y a su hermana temas indiferentes a la común preocupación. Marina, a su vez, quería dar muestras de un excelente humor, y sacando punta al lado ridículo de las cosas, hacía sonreír a la madre que simulaba resignarse a aquella juventud de sus hijos.

Tito Luis apareció, por fin, contoneando, al andar, su gruesa humanidad y, con el aire importante del que acaba de realizar una proeza, tomó asiento y desafió con los ojos la curiosidad de sus deudos.

—¿Qué?—preguntó nervioso Durán.

—¡Tened paciencia, y antes mandad traerme un vaso de agua para refrescar! ¡Josú, qué tío!—añadió con acento andaluz.

—¿Pero mal?

El tío Luis tendió solemne las manos.

—¡Calma, calma!, que no se ganó Zamora en una hora, ni el tío Luis es tan ligero de peso que haya podido atravesar esas indecentes calles sin que necesite cobrar alientos. Oye, niño: ¿en este pueblo no presupuestan nada para desperfectos de la vía pública? ¿O es que el alcalde y el secretario comen adoquines?

—¡Pues cobrar, bien cobran los repartos!—suspiró la madre de Durán.

Este desesperaba de aquella cachaza inexplicable del tío Luis que, sorbo a sorbo, apuró el vaso de agua que le presentó Marina. Limpióse con la misma parsimonia los mostachos, y al fin rompió:

—Pues llegué allí, y lo primero que encontré fué a una joven larguirucha, bastante fea por cierto, y con cara de pocos amigos, por más señas. —¿Don Guillermo Mendoza? —Aquí vive, sí, señor. —¿Me hace el favor de pasarle esta tarjeta?—Y tras un rato de espera, un señor que sale como una estampa antigua, y se me quita la gorra, y me hace una reverencia, y me guía a un saloncillo atiborrado de retratos y libros, y hace que me siente y que me cubra con innumerables rendibús. —¡Pues usted dirá! —me dice preparándose a oír, y allí tenéis al tito Luis sudando el quilo, sin saber cómo empezar. Vuelta por aquí, vuelta por allí, hasta que me dije: ¡Agua va!, y salga el sol por Antequera. —Vengo a pedir la mano de su hija Concha para mi sobrino Alfonso Durán—. Y el hombre que no me contesta

ni una palabra, y se levanta de la silla y da una voz a su hija. Viene ésta, más muerta que viva, me saluda, vuelve don Guillermo a cerrar la puerta y habla la momia: —Este caballero, don Luis Durán, viene a pedir tu mano para su sobrino Alfonso. ¿Qué dices tú? ¿Estás conforme?— La muchacha suda más que yo, y dice que sí. Y el hombre entonces, sin descomponer su rostro, ni sonreír siquiera, ¡Josú, qué tío!, que se dirige a mí: —Pues ya sabe usted la respuesta. Está usted complacido, y vea si en algo más puedo servirle—. Concha que sale, y yo no sé qué hacer: si tomarme la puerta, porque aquel tío no dice una palabra, o quedarme un rato más para decirle yo cuatro cositas. Y el hombre entonces, que empieza a hablar y no parece el mismo de antes, que me hace un panegírico de tí, niño, y que me dice que tu orgullo mismo ha ganado su voluntad, y que ese prurito de dignidad tuya te ha salvado. Que me hace mil elogios de tu libro y, por último, me dice que te ruegue que vayas a verle. ¿Qué, he desempeñado bien mi comisión? ¿Estás ya contento, Alfonso?

Durán abrazó a su tío entusiasmado. La madre lloraba conmovida y Marina, cuyos ojos resplandecían con el triunfo, tuvo un arranque de altivez:

—¡Pues yo ahora, en lugar tuyo, mandaba de paseo a don Guillermo! ¿No dice de orgullo? ¡Pues orgullo iba a tener hasta dejárselo de sobra! ¡Con palio había de venir don Guillermo y yo no había

de volver a poner los pies en aquella casa! ¡O Concha sólo, o nada!

—¿Qué sabes tú, niña?—aplacó el tío Luis—. Tú —añadió dirigiéndose al sobrino—a vestirte y a hacer lo que debes.

No deseaba otra cosa Durán. Rebosaba su corazón de alegría, y generosamente corria el velo de su piedad y de su olvido sobre los desengaños pasados. El perdón no era un sacrificio, era la necesidad de su propia alma que quería volar aligerada de todo el lastre de las miserias. Nervioso se vistió y, sin volver a la reunión de familia, salió de la casa. Parecían tener otro aspecto las calles del pueblo, Llenábalas el sol de los últimos días de verano, y en la sombra de las aceras sentábanse los vecinos con una familiaridad aldeana. Iban y venían las mozas aguadoras y por la panza de las cantarillas corrían las gotas, como bailando al paso gentil de las muchachas. Agua clara, limpieza, salud, tiestos de claveles en los balcones y ventanas, y por todas partes una luz de alegría, una luz de fiesta y de ventura...

Con estas impresiones entró en casa de Concha. Don Guillermo selló con un abrazo la renovación de los antiguos afectos. No se dijeron nada, como si ambos estuviesen temerosos de evocar una triste sombra... Concha, sentada bajo el emparrado del patio, se sorprendió de verle, poniéndose vivamente encarnada. Sentóse Durán a su lado y con los ojos se explicaron todo. Solos los dos, con las manos entrelazadas, callaban, mirándose como si las

palabras fuesen a romper el inefable encanto del silencio. La alegría del triunfo se reflejaba en el rostro plácido de Concha, transfigurado ahora con una augusta serenidad, en los ojos que se cerraban a veces como para aspirar el perfume delicioso de la propia alma, y en el ritmo de su regazo que se agitaba trémulo y cándido como un pajarillo. Durán sentía derretírsele el corazón. Cuando quería expresar su felicidad, desbordábase la ternura, y las palabras volvían atrás, gozoso el espíritu de su soberana elocuencia que no necesitaba de acentos ni de sonidos para hacerse inteligible.

Isabel llegó en esto e hizo que se sorprendía.

—¿Cómo estás, Durán?

—Bien, ¿y tú?

—Bien...

Fué un saludo corto y seco que parecía un agua de nieve en los corazones. El poeta notó la despegada cortesía del apellido. Marina, Concha, sus amigos íntimos Cabrera y Perlín, llamábanle siempre Alfonso. Alfonso era el nombre afectuoso que significaba la cálida intimidad confidencial de espíritus compañeros. Durán era el apelativo que explicaba sólo la relación de conocimiento, distanciando la confianza... Pensando esto, se encogió de hombros. Casi prefería esta conducta de Isabel a los convencionalismos hipócritas de una reconciliación, imposible siempre entre dos almas que se han despreciado... Concha, comprendiendo tal vez lo mismo, suspiró con cierta tristeza; mas si ello fué así, fué tam-

bién pasajero, porque volvió a sonreír encontrando bello e interesante cuanto le rodeaba. Era grata la sombra de los pámpanos que entoldaban el patio reflejando con la luz un verde oscuro brillante; era espléndida la variedad de tantas flores, y era el sol tan claro que parecía penetrar hasta las nieblas del pensamiento. Y, sobre todo, una voz maravillosa y dulce que le sonaba a música nunca oída, o a motivos de algo que ella había oído entre sueños, sin recordar cuándo ni cómo...

Durán se despidió, ebrio de ventura, y fué a buscar a Perlín que le recibió extrañado.

—Desde que llegaste a Villaluz, es la primera vez que, sin llamarte, vienes a mi casa—le dijo.

—Tú eres un buen amigo, y estoy siempre para ti cumplido. Oye una cosa: ¡me caso con Concha!

Perlín le miró con cierto desencanto mal disimulado.

—¡Uno menos!—exclamó abatido.

—¿Cómo uno menos?

—Yo creía en ti, Alfonso. Ahora te digo que voy perdiendo la fe en los hombres. Todo lo supeditan a su egoísmo, y del dolor ajeno no les importa nada.

—Pero dime, Perlín, ¿te pone triste mi dicha? ¿Estás tú triste? ¿Qué tienes? ¡Tú no me eres indiferente, Perlín! ¡Yo te digo que te quiero con un afecto fraterno!...

Perlín le sonrió entonces dulcemente, y sus ojos azules se llenaron de lágrimas.

—Lo sé... perdóname. El egoísta soy yo. ¡Ah,

Alfonso, si tú supieras! ¡Pero yo ahora te digo que quiero ser puro y que también te amo!... ¿Estás ya contento de mí?

Perlín decía esto con la humildad de un niño voluntarioso que quiere someterse dócil a la corrección. Durán sentía una amorosa lástima por el amigo y, por no entristecerle más, empezó a bromear burlándose de los dibujos que adornaban las paredes: caras que parecían patibularias, perfiles de revolucionarios rusos y de campesinos de barbas ásperas y enfurecidas.

—¿Cómo no vas a estar triste con esta compañía? ¡Así me explico que estos personajes te inspiren sólo ideas tétricas! Y estos libracos que ensombrecen el pensamiento. ¿Qué te importa a ti de todo esto? ¿Tú crees que el mundo merece que los espíritus buenos como tú sufran por él? Yo te daría sólo libros de versos, lecturas de idilios y nada más.

Perlín entonces, abrió un cajón de la mesa y sacó un montón de cuartillas.

—¿Crees tú—dijo con cierta vehemencia—que el arte plácido me es indiferente? ¡Yo también he hecho mis versos! Sólo a ti confío este secreto de mi vida. Mi corazón está aquí: —Y leyó la dedicatoria: —*A la novia imposible:*

«De noche, cuando pongo la sien en la almohada
y hacia otros mundos quiere mi espíritu volver,
camino mucho... ¡mucho!... al fin de la jornada
la sombra de mi madre se pierde entre la nada
y tú de nuevo vuelves en mi alma a aparecer...»

—¡Pero esos versos no son tuyos!—exclamó Durán.

—Son el motivo de mi poema. Un poema íntimo que has de leer otro día. Hoy no. Hoy quiero ser contigo agradable hasta lo último, para que seas más dichoso.

—Oye, Perlín—advirtió Durán—, ¿y por qué no eres siempre así?

El estudiante se le acercó al oír esto rápidamente, y cogiéndole como otras veces los brazos, respondió:

—Y dime, ¿me han hablado siempre como ahora tú? ¿Quién me ha dicho como tú, mi corazón es leal para ti? ¿Qué mal he hecho yo mayor que otros para merecer este castigo de mi vida?

En sus ojos infantiles se posó ahora como otras veces una sombra trágica. Ardían sus mejillas con dos rosetones rojos y por sus cabellos alborotados dijérase que fluía el fuego de los malignos pensamientos.

—¡Vete ya—exclamó luego—, y déjame! ¡Porque quiero olvidar todo y no saber otra cosa sino mi propio dolor! ¿A qué vienes a turbar mi tristeza? ¿De qué me sirve a mí tu cariño? ¡Goza tú tu egoísmo y déjame a mí ser puro! ¡Te odio también, porque vienes a decirme qne eres feliz!

Durán, como en otras ocasiones, comprendió que era inútil ya sosegar a Perlín. Lamentó no haber sabido mantener la apacibilidad del estudiante, y salió angustiado de la casa. Y era una sensación la

que llevaba, imposible de definir; mezcla de lástima y de remordimiento, de anhelo y de ternura, pero augusta y serena al fin, tal como si el contacto de la tristeza ajena moderase con un equilibrio saludable la alegría desbordada de sus amores.

XXI

Aquella misma noche vinieron a avisar a Durán para que acudiese rápidamente a casa de Perlín. Cuando entró en la morada del estudiante, le precedía ya por el zaguán un sacerdote que, apresuradamente, se revistió de roquete y penetró en la alcoba.

Tendido Perlín, con los ojos vidriosos, fijos y abiertos, apenas daba señales de vida. Respondía con una especie de gruñido a las preguntas que le hacían Cabrera y Pepe Corcho, que encontró allí Durán, y respiraba fatigosamente, cubierto el rostro de un sudor copioso.

—¿Pero qué es esto?—preguntó consternado Durán.

—¡Ha tenido un vómito de sangre!—respondió gimoteando la tía de Perlín—. Acabábamos de cenar y de pronto cayó sobre la mesa. ¡Ha llenado el mantel, los vasos, los muebles!...

La tía Florinda parecía más bien lamentar los desperfectos de su comedor que el trágico suceso del sobrino.

—¡Siempre lo dije yo!—añadió destemplada—,

¡que esto tenía que acabar mal! ¡Esos papeluchos le habían puesto loco! ¡Lástima de dinero gastado en darle aquellos estudios!...

Luego templó un poco la acritud de su voz y acercóse al sobrino:

—¿No te encuentras mejor?

Perlín respondió con un sonido gutural ininteligible.

—¿Qué dices?—demandó la tía.

—¡Que me dejéis en paz!—articuló ahora claramente Perlín. Hizo una mueca de fastidio, y dando media vuelta volvió la espalda a todos los presentes.

El sacerdote, entonces, requirió del sacristán el hisopo, hizo unas cuantas aspersiones y empezó a salmodiar con un acento monótono e interminable.

—¡Nicolasillo!—dijo Pepe Corcho al sacristán—. ¡Este *elijan* se pierde!

Perlín, como indiferente a todo lo que le rodeaba, guardaba un absoluto mutismo ante las preguntas que ahora le hacía en latín el sacerdote. Sacó de entre la cama una mano que puso encima del embozo de la sábana, y parecía tener sólo empeño en estirar las arrugas de la colcha.

De pronto, reparó en Durán, y su rostro se iluminó con una sonrisa apacible. Fijóse también en el sacerdote que con el libro abierto seguía bisbiseando nuevos salmos, y en los ojos desencajados se reflejó una expresión de terror.

—¿Pero es esto verdad, Alfonso?

Durán, conmovido, abatió la cabeza y, sin res-

ponder nada, estrechó la mano pálida que arañaba las sábanas con insistencia.

—¡Tengo miedo! — exclamó entonces lúgubre Perlín—. ¡La sombra, la duda, el misterio!... ¿Dónde está la verdad?

Abrió más los ojos espantados, y su cuerpo todo se conmovió con una sacudida nerviosa. Su mirada ya vagó fría e indiferente un instante, y después quedó suspensa de algo invisible y misterioso que le atraía. El sacerdote preparó a toda prisa las estopas, y cuando terminaba las unciones, todo era un silencio fúnebre y un velo de muerte sobre la juventud...

Salieron todos de la alcoba con el estupor retratado en los semblantes. La tía Florinda gimoteaba sin lágrimas, y ninguno intentó siquiera consolarla. Pepe Corcho, por primera vez en su vida, tenía un aspecto grave, y Cabrera, con la cabeza baja, meditaba algún tema importante.

Llovía cuando salieron. Los guijos de la calle, limpios y relucientes, reflejaban con vivos destellos la luz de las bombillas eléctricas alineadas con simetría. Había un olor vago y triste de humedad, de tierra mojada, de acres emanaciones calizas de las paredes blanqueadas recientemente... Sin decir tampoco una palabra, se despidieron, y Durán, camino de su casa, halló la sensación de la vida amarga y borrosa...

Fué al día siguiente un entierro inolvidable. Una procesión de paraguas, que, bajo la lluvia, simu-

laban bailar una danza macabra y absurda y una impresión indefinible en aquel cementerio de pardos tapiales humedecidos. Durán se ahogaba. Sentía una angustia infinita oprimirle el espíritu entero y una soledad inmensa entre aquella compañía de señores enlutados y de campesinos, que clamoreaban lástimas sacudiendo los pies, llenos del barro del camino.

Solo salió del cementerio y empezó a vagar por las eras. Pegada a las tapias del Camposanto, una pareja de bueyes, surco orriba y surco abajo, rompía con el arado la corteza de la tierra que descubría sus senos oscuros. Y el gañán, indiferente a todo, lanzaba una copla, cuya alegría juvenil simulaba un insulto a los corazones.

Durán sintió abrírsele toda la vida en una ternuro inenarrable.

—¡Perlín—exclamó—, dulce amigo mío! ¿Qué ves ahora? ¿Estás triste todavía?

Pensó con cierta envidia en el destino de esta juventud. La muerte ésta había traído a sus pensamientos una austeridad luminosa. Veía ahora toda la vida con un aspecto efímero y liviano. El contacto con la muerte revestía sus ideas de una serena majestad, descubriendo el sentido noble y fecundo de las cosas. Pensó si después de todo no era más ideal aquella vida truncada que anheló la pureza que aquellas otras vidas, vacías de significación y de belleza que se burlaron de él.

Núñez de la Enramada, acercándose, le distrajo de sus pensamientos.

—Después de todo ha sido un bien para él —opinó, aludiendo a Perlín—. ¡Era ya una ruina! Y para el pueblo igualmente es un bien...

Durán se quedó mirándole asombrado.

—¡Sí, hombre, es lo que dice don Amadeo! Estaba loco, y como tenía esas ideas..., pues era un peligro para nosotros.

Pepe Corcho se acercó también y Núñez de la Enramada, entonces, temiendo tal vez ser objeto de algún desahogo del cínico, se despidió apresuradamente. Pepe Corcho cogió a Durán del brazo y cobijándose bajo su paraguas, emprendieron el regreso al pueblo.

—¿Ves cuánta gente?—dijo Pepe Corcho—. Ponía las manos en la lumbre que han venido sólo a cerciorarse de si queda bien enterrado.

—¡A Perlín no le comprendieron!—contestó Durán—. Perlín era inofensivo. Con todas sus cosas, sólo fué un idealista, que persiguió la justicia.

—Con esta gente es predicar en desierto. Para ellos estamos en el mejor de los mundos, y el que no se consuela es porque no quiere. En fin, me beberé dos cervezas a la salud de Perlín, que debe ser dichoso. El a lo menos los perdió de vista. El día que yo me muera ocurrirá lo mismo; pero yo lo he hecho constar así en mi testamento, que va dirigido a unos cuantos. Que me muero a gusto por no tener resignación para aguantarles más tiempo...

Pepe Corcho se echó a reír y, como llegaban frente al casino, separóse de Durán.

La visita a Concha confortó después al poeta, trayéndole un equilibrio de espíritu dulce y reposado. Era la misma salita, llena de cálida intimidad en este día vaporoso, al igual que en aquellos de invierno, que transcurrían las horas apacibles al calor de la camilla. El mismo reloj, acompasando con el tic-tac del péndulo el murmullo de las conversaciones y el propio don Cuillermo, con su perilla lacia, entregado a graves lecturas de discretos libros.

Sin embargo, Durán seguía meditando con la gravedad adquirida por sus ideas. El amor mismo tenía ahora para él una significación más elevada. No era sólo la fuente del deleite, sino la voluntad alegre de llenar en la vida generosos destinos. El aspecto material de las cosas se ennoblecía así con una nueva interpretación ideal. Y éste era el sentido nuevo de la felicidad: el deseo de que la propia grandeza, como la antigua Némesis, ponderase con el codo de su justa medida lo mismo los goces que los dolores humanos.

XXII

Pepe Corcho se acercó al Moro Vinagre, que dormitaba, y le tocó suavemente en el hombro.

—Escucha—le dijo—. Si me dieses el encargo de pagar la contribución, y aprovechando tu buena fe, o tu ignorancia, te dijera que los talones tuyos importaban diez duros, no importando nada más que cinco, y con esos cinco que te sobraban pagase yo los talones míos, ¿qué pensarías de mí? Que era un estafador, que te robaba cinco duros, ¿no es verdad? Pues aplica el cuento, querido. Si en el reparto de utilidades tú pagas veinte, debiendo pagar cuarenta, y consientes que los otros veinte te los paguemos los vecinos del pueblo, ¿qué haces tú con nosotros?

El Moro Vinagre abrió los ojos estupefacto, miró insistentemente a Pepe Corcho, y al fin forzó la sonrisa.

—¡Bueno, hay que tomarlo como cosas tuyas, porque si no era cosa de matarle.

Pepe Corcho, sin descomponer su aire importante, escupió los trozos de tabaco que había aspirado de la colilla, metió las manos en los bolsillos

de la americana y se fué a don Amadeo, a quien, palabra por palabra, expuso lo mismo que al Moro Vinagre.

El político acarició su barba y miró asombrado a los genízaros, que aún no se habían indignado.

—¡Pepe!—exclamó con un arranque soberbio—. ¡Me tienes ya harto de tantas groserías!

Don Pablito chillaba en tanto como si lo matasen. Había cogido por su cuenta a Cabrera y se empeñaba en demostrarle, como tres y dos son cinco, que aquél reparto no tenía el diablo por dónde desecharlo. De aquí arrancó, para afirmar por centésima vez, que España era un país que no tenía remedio...

Don Amadeo explicaba ahora a los genízaros la injusticia que entrañaba atacar sólo a las clases adineradas del pueblo, cuando todos tenían por qué callar. En el pueblo había diez comerciantes y pagaba matrícula sólo uno. Lo mismo sucedía con los demás gremios; todos ocultaban cuanto podían, rehuyendo las cargas y los tributos.

—Pero de eso, hijo mío—dijo don Pablito—, ¿quién tiene la culpa? ¿No estás tú encargado del poder y, por lo tanto, de la recta administración de los bienes e intereses del Estado? ¡Si esos no pagan lo que deben será porque tú quieras taparlos! Esto es, que si las tapas tú te haces cómplice con ellos. Además, el que Pedro, Juan, Francisco, etc., oculten uno, o dos, o medio, no quita para que si tú ocultas, hagas también una defraudación. Y esto es

lo irritante del caso: que unos no pagan lo que deben y otros pagan lo que deben ellos y lo que deben los demás...

Don Pablito volvió a hacer un gesto incomprensible. ¡Era cosa de reírse! El venía pagando desde hacía más de diez años la contribución de unas tierras imaginarias. Unas tierras que no tenían otra realidad que el apunte del amillaramiento. ¡Y aquí de la justicia! Demostraba, como tres y dos son cinco, que esas tierras eran un ente de razón: pero la Hacienda no admitía bajas. Y una de dos: o pagaba la contribución de esas tierras o le embargaban las que en realidad tenía para pagarla... ¿Y éste era país? ¿Esta era Hacienda? ¿Esta era Administrrción?

—¡Pues eso lo pagas porque tú quieres!—afirmó Pepe Corcho.

Don Pablito le miró airado, creyendo que se burlaba.

—¡Sí, hombre! Te llamas al *Cojo de la Galiana*, que tiene lo que lleva puesto, le das dos pesetas, le haces escritura de esas tierras imaginarias, las amillara a su nombre y cuando venga el recaudador que le embargue esas tierras o le tire de los pantalones. Es el procedimiento que ha empleado nuestro pomposo juez municipal, con todos sus pujos de moralidad y de respeto a la ley, para amillarar al alguacil las dos yuntas que él tiene.

Don Pablito se quedó como el que ve visiones.

—¿Pero es posible? ¿Y esto se hace en un país

que presume de civilizado y por gentes que a boca llena se llaman defensores del orden?

Todos se echaron a reír, compadeciendo a don Pablito.

—¡Anda, hijo—le aconsejó Pepe Corcho—, dí a tu mujer que te compre un babero y te mande a la escuela! El orden no se sabe ya a qué género pertenece. Tan desfigurado está, que es cosa de romperse la cabeza para ver qué quiere decir eso. ¿Qué pensarías tú si Diego Corrientes se vistiera de guardia civil? Pues échate la cuenta que no ves más que tricornios. Mira un ejemplo de orden: entre estos cuatro o cinco señores tienen más riqueza que todos los vecinos del pueblo juntos. ¿Hay quién discuta esto? Pues ahora han echado el reparto y resulta que sumando las cuotas de estos señores no pagan ni la décima del total... ¿Quién me encuentra el orden?

Y Pepe Corcho tiró de papel y lápiz y se fué a Cabrera a demostrarle con números sus argumentos. Llegó en esto Núñez de la Enramada y topando a los dos, que reían intrigados, preguntó curioso:

—¿De qué se trata?

—De una consulta que he hecho ya a varios y ninguno me ha sabido responder—contestó Pepe Corcho—. Vamos a ver: si me dieses el encargo de pagar la contribución y aprovechando tu buena fe, o tu ignorancia, te dijera que los talones tuyos importaban diez duros, no importando nada más que

cinco, y con esos cinco que te sobraban pagase yo los talones míos, ¿qué pensarias de mí?...

Núñez de la Enramada no le dejó acabar.

—Pues nada, porque yo no le daría a usted nunca ese encargo, no fuera a darle la tentación de hacer eso...

Núñez rió con ingenuidad, celebrando su propia ocurrencia, y como estropeó la gracia a Pepe Corcho, éste le miró descompuesto.

—Mira, niño, no sé si te lo he dicho ya en otra ocasión. Tú, cuando no dices alguna necedad, puedes exclamar como Tito: «¡Hoy he perdido el día!»

No fué posible ya encauzar las discusiones por el lado serio, porque todos reían, excepto don Pablito, que, paseando de largo a largo el camino, mascullaba en un monólogo sus desilusiones.

¡Ya se explicaba él por qué no se podía vivir! ¡Por qué los espíritus íntegros tenían que morirse de asco o echar todo a risa! ¡Pero eso ocurriría sólo en Villaluz! En otras partes habría siquiera más discreción, siquiera más pudor, siquiera menos frescura... ¡Oh! ¡Hacía bien Durán en largarse de aquel pueblo tan... tan... tan...!

Don Pablito acertó por fin con el calificativo: *¡borrego!* ¡Justo! Era la palabra propia: *borrego y modorro* por añadidura. ¡A ver qué belén ahora!

El Moro Vinagre, que cogió al vuelo ciertas palabras de don Pablito, preguntó a Cabrera:

—Oye, ¿pero es cierto eso?

—¿El qué?

—Que se va Durán del pueblo.

—Sí. Se casa y se va...

—Tiene ese buen gusto—opinó Pepe Corcho—. En cualquier parte estará mejor que entre nosotros. ¡Porque cuidado que se necesita estómago para vivir aquí entre gargajos, moscas, filósofos mudos y mudos de Filosofía como pueblan este indecente feudo! ¿Y cuándo se va?

Cabrera respondió encogiéndose de hombros y salió del casino murrio y pensativo. La huída del poeta le descorazonaba y entristecía, como si una culpa común le hiciese también partícipe del remordimiento. Esta separación parecía significar la derrota de algo noble y sencillo por el cúmulo de innumerables pasiones confabuladas.

Creía interpretar bien los pensamientos del poeta. Este le había explicado cómo su vida futura no había de tener significación adecuada en aquel pueblo que nunca le había comprendido. La sombra del pasado sería siempre una sombra real, que empañaría la claridad de la vida pura que él quería vivir. ¡No era posible olvidar! Sobre las afrentas y la humillación podía la buena voluntad ajena pasar la esponja de la gracia; pero sólo el recuerdo era una nueva iujuria que sometía ya la vida a una dependencia de inferioridad. No esperaba él, por otra parte, la efusión del desagravio. Antes bien juzgaba que la vanidad humana no se resignaría nunca a

confesar sus desaciertos y a poner en las relaciones la convivencia leal de la mutua estimación.

En el fondo aplaudió Cabrera a su amigo. Era bello aquel gesto de rebeldía y aquel prurito de salvaje dignidad. El propio Cabrera no admitía tampoco esa subordinación de los valores positivos a los intereses ya acomodados. ¿Qué era él, después de todo, en el pueblo? Otro ser aislado, otro extranjero en su patria, otro espíritu incomprendido, contra el que se coaligaban las vanidades para anularle. ¡Y valía él más que todos aquellos espíritus comineros, señoritos analfabetos, que por haber heredado media docena de dehesas monopolizaban las prerrogativas del poder, de la autoridad, del gobierno y dirección de los pueblos. Seres inútiles e incapaces, a quienes sólo acompañaban la soberbia y el fracaso, ineptos para hacer, pero aferrados a la obstinación de no permitir que nadie tampoco hiciera. ¡Y no era esto vanidad suya, no! La humildad no la consideraba Cabrera en el sentido de que hemos de considerarnos infériores a todos, sino en el deseo de considerar los propios méritos, no para gala y oropel del nombre, sino ordenados a producir un bien en la vida.

Luego él mismo se aburrió de pensar. Le fastidiaba muy pronto todo y la vida, en verdad, no merecía otra cosa que saborearla lo más agradablemente posible. En realidad, tampoco se consideraba él un espíritu disciplinado para actividades constantes. Tenía todo para él un significado de parsi-

monia, de buen tono, sin estridencias, sin excitaciones, sin premuras, sin impaciencias. Un sentido de buena voluntad, sí; pero esperando a la sombra del reposo, más bien que con el afán de salir a buscar las satisfacciones.

Cabrera dirigióse a casa de Durán, a quien no encontró. La madre empezó a lamentarse al verle de su constante preocupación reciente.

—¿Pero ha visto usted, Cabrera, qué injusticia han hecho con nosotros en el reparto? ¡Ya ve usted, cuando mi hijo no ha sido nunca político y en la vida se ha metido en esas andanzas! ¡Qué le vamos a hacer! ¡Menos mal que Alfonso ha tenido suerte por otro lado en Madrid!

La madre de Durán suspiró con abatida resignación y Cabrera no se atrevió a contestarla.

—¿Han dejado ustedes la dehesa, no?—preguntó desviando la conversación.

—¿Qué íbamos a hacer? El, como usted sabrá, se va sin que nadie le quite eso de la cabeza, y nosotras, mujeres solas, no podemos... Además, no tienen cuenta ninguna esos arrendamientos. De tal forma se están poniendo las cosas que es imposible vivir. Todo se traduce en pérdidas y cuando los frutos llegan a casa, vienen ya tan escatimados, que no hay solución. Hay que dejarlo todo y arreglarse con lo poco o mucho que se tenga seguro.

Cabrera se despidió, juzgando que Durán estaría en casa de Concha y tardaría en volver. Así era en efecto. Desde que se reanudó la armonía entre las

dos familias, Durán no se hacía sin estar al lado de Concha.

Había expuesto él la firme resolución que había adoptado, y aunque don Guillermo, en principio, no la aprobó, hubo al fin de convencerse ante la vehemencia del poeta, que, aunque muy discretamente, descorría el velo de sus interioridades. Quería él, como el peregrino, ya que había llegado al oasis, sacudir hasta el polvo de las sandalias para no recordar siquiera los dolores del camino. Y para volar más libre se había desligado de todos los intereses materiales que quedaban en el pueblo. Había renunciado él a todo lo suyo y había conseguido que Concha renunciase también a la herencia materna. Nadie pudo hacerle desistir de este empeño ni flaquear su voluntad de emprender aquel rumbo de su porvenir.

Explicaba ahora a Concha que si el propósito de ausentarse no fuera firme, le hubiera decidido el último desencanto que le probaba cómo no se le perdonaba el querer ser independiente y abrigar altas aspiraciones. ¡Aquel odioso reparto, que se cebaba en él como en una víctima de odios incomprensibles, con la pobre intención de herirle y hacerle sentir la sensación de otras voluntades más poderosas que la suya...

—Créeme—le dijo a Concha—, no sé a veces si arrepentirme de no haber hecho mal. Porque una torpe psicología parece que no tiene otro principio que el de respetar a lo que se teme. Lo bueno es

inofensivo, y en vez de despertar la consideración de las gentes, despierta sólo la burla y el menosprecio. Tal vez tenía razón aquel que dijo que no tenía ningún enemigo, porque no habia hecho un favor a nadie.

—¿Te pesa el bien?—dijo Concha—. ¡Dichoso aquel que puede hacer de su corazón una flor, que deja en las manos que la deshojan la venganza de su perfume!..

Durán se quedó mirando a Concha, asombrado de aquella alta filosofía.

—Te lo he oído a ti mismo, cuando me aconsejabas en circunstancias análogas a las tuyas.

El poeta comprendió que Concha decía verdad y sonrió esclareciendo su espíritu...

Un jilguerillo en esto voló sobre el emparrado y se posó cantando sobre la copa de un limonero. Y observó entonces Durán que de los tejados próximos acudió una bandada de gorriones, piando en tumulto a picarle furiosos, y que el jilguero levantó su vuelo y desgranó en el aire una escala de trinos...

XXIII

Esperaban al tren que, según anunció un mozo, traía cerca de dos horas de retraso... Por la estación desierta corría un aire impregnado de alquitrán y de emanaciones de hulla, y Concha y Durán salieron de la empalizada, paseando por las cercanías...

El sol muriente ponía en la tarde de otoño una temperatura suave, una pálida luz que se perfumaba entre la hierba lustrosa de las dulces colinas. Durán llamó la atención a Concha desde aquella altiplanicie que les servía de mirador. Todo verde, tenía esa dulzura blanda de los paisajes norteños y ese encanto fragante de las antiguas pastorelas. Allá lejos alzaban de frente dos cordilleras las vértebras rocosas de sus espinazos y se arropaban en azules gasas, como en una vestidura diáfana y sutil.

Veía Durán la cinta gris de la carretera, el puente que parecía completar el arco bajo la tersa superficie de aquel remanso, y, río abajo, la huerta de Perlín, bordeada de álamos negros que entrelazaban sus copas tupidas.

El recuerdo de aquel afecto perdido enterneció el espíritu de Durán.

—¡Perlín—murmuró en sí mismo—, dulce amigo mío, tú sabes que yo estoy también triste como tú!

Se le entraba ahora en el alma aquella tierra entrañable y comunicativa, a la que amaba tanto. Como si una voz solemne le llamase; le parecía que todas las cosas cobraban vida y se agrupaban cariñosas en torno de él. Le contagiaba aquella dulzura vaga de la hierba, aquella suavidad, aquélla recóndita poesía de los campos queridos que ungían su despedida de tristes nostalgias.

He ahí sus sueños de poeta: la casa de campo, las tardes virgilianas, las memorias saudosas de la niñez. En aquel cerro, un año presenció la fiesta de las espigas. Segó juncia y se bañó en las linfas transparentes del río. Paso por paso sabía toda el área de las cañadas, donde se vió ahora como antaño salir de la escuela y comer en los meses de abril acerones matizados de rojo... Una mañana de mayo tenían las calles del pueblo un palio de sol y un cántico litúrgico que pasó, dorado y resplandeciente, entre nubes de incienso y entre aromas de mastranzos, de salvia, de romero y de mejoranas...

Un carro, chirriando en la carretera, distrájole de sus pensamientos. Sonaba el *dolondón* de los bueyes acompasando el paso dormilón, y en la tibieza del crepúsculo vibró la voz del gañán con un romance muy lento...

Durán sintió desgarrársele el alma y subirle toda la vida a los ojos llenos de lágrimas. Sin darse cuenta de lo que hacía, se descubrió religioso y

arrodillándose besó repetidas veces la tierra... Despedía, lleno de efusión, a los campos, a la belleza, al sol que se hundía, tiñendo el poniente de espléndidas luminarias...

—¡Tierra bendita, tierra mía, tú sabes lo que yo te amo!

Rompió el éxtasis la voz de Concha, que puso una conmovida ternura en el corazón atribulado. Sonó esta voz a amor fragante, a dulce compañía y Durán sonrió, extrañándose de sí mismo...

El tren llegó. Llegó como un monstruo negro en la noche, y Concha y Durán se acomodaron en una de las ventanillas... Arrancó luego, sorbiéndose los vientos y esparciendo de vez en cuando su roja cabellera de chispas. Encuadrados en la luz que salía del departamento, Concha y Durán veían deslizarse sus siluetas como dos sombras que volasen rasantes por los campos...

El tren pitó subiendo una cuesta. Allá de lejos se veía entonces difusamente Villaluz y ascendía de toda ella el reflejo de su iluminación como una tenue nubecilla, como un polvillo blanco diluído en la atmósfera...

Súbitamente se volvió a entristecer Durán, pero ahora con una sensación que él no podía explicarse. Aquellos resplandores que parecían un vapor luminoso se le imaginaron ahora la fosforescencia de materias pútridas de la ciénaga. Una inmensa ciénaga, donde infinidad de sapitos estultos, sapitos dorados, cantaban triunfantes sobre las aovas que

fecundaba el tarquín, formado por la incomprensión, por la vanidad, por las bajezas y los errores, hasta por el polvo brillante de una riqueza estéril y egoísta.

Deseó por esto que el tren corriese más y volase a la luz clara, a la verdad, a la pureza...

Concha apoyó entonces dulcemente sus brazos en el hombro del poeta.

—¡Mira, Alfonso—advirtió—, se ha corrido una estrella!

Durán sonrió en silencio y miró el trozo de cielo que señalaba la mano de Concha. Se había poblado el espacio de miles de puntos diamantinos...

—Di, Alfonso—preguntó Concha—, y ¿por qué será eso?

—¿Qué es lo que quieres saber?

—¡Esa estrella que se ha corrido!

—Te lo diré en poeta: Es un alma de luz que sale a nuestro encuentro.

Durán acarició a Concha con los ojos, y de pronto volvió a exclamar:

—¿Quieres que nos tiremos del tren?

—¿Y eso?

—Para vagar solos por ahí a pleno campo, a plena noche. Para salir nosotros también al encuentro de las estrellas...!

Concha, comprendiéndole, se apoyó con más fuerza en sus hombros. Sintióse ahora Durán orgulloso de sostener este peso y esta confianza. Era todo una sensación inefable... Se vió al lado de

Concha con una grandeza que parecía soñada, libre, puro, lleno de serenidad...

Volvió a mirar el cielo y alma adentro percibió como una revelación la sinceridad de aquel mundo tan elevado que era una armonía incomparable y la sinceridad interior que era la conformidad del pensamiento con la propia conciencia. Y en esta claridad, en este equilibrio, en esta lealtad para consigo mismo, halló Durán el sentido del bien...

Campanario (Badajoz), 1921.

FIN

NOVELAS DEL MISMO AUTOR

Lo que está en el corazón.

La sangre de la raza (segunda edición).

Los humildes senderos.

LS
R 4574c
292215
Author Reyes Huertas, Antonio
Title La ciénaga.
NAME OF BORROWER.
DATE.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU